REGAL DE LA KERMESSE

LÉRIDA 1921.

LEYENDAS DE D. JOSÉ ZORRILLA

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/leyendasdedjosez01zorr

LEYENDAS

DE

D. JOSÉ ZORRILLA

TOMO I

MADRID, MCMI
MANUEL PEDRO DELGADO,
EDITOR

ACC. 2013-510
pH PQ 6575. L43
1901X
V. 1

Esta obra es propiedad de su editor, el cual ha hecho el depósito marcado por la ley, ante la que perseguirá toda reproducción del texto ó de sus ilustraciones.

MADRID, 1901. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra.»

ESTA OBRA SE PUBLICA BAJO LA DIRECCIÓN ARTÍSTICA DE DON JOSÉ RAMÓN MÉLIDA, DE LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO ILUSTRADA POR LOS LAUREADOS ARTISTAS ESPAÑOLES FERRANT (D. ALEJANDRO), JIMÉNEZ ARANDA (D. JOSÉ), MAURA (D. BARTOLOMÉ), MÉLIDA (D. ARTURO), PLA (D. CECILIO), SALA (D. EMILIO), SIMONET (D. ENRIQUE), SOROLLA (D. JOAQUÍN), UNCETA (D. MARCELINO), URRABIETA VIERGE (D. DANIEL), CON UN PRÓLOGO DE D. JACINTO OCTAVIO PICÓN, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

REPRODUCCIONES EN COLOR, DE C. ANGERER Y GOESCHL, DE VIENA TIRADAS EN COLOR, DE A. LAHURE, DE PARÍS REPRODUCCIONES EN PLANCHA DE COBRE, DE P. DUJARDIN, DE PARÍS FOTOGRABADOS EN ZINC, DE LAPORTA HERMANOS, DE MADRID LITOGRAFÍAS, DE JULIÁN PALACIOS, DE MADRID PAPEL COUCHÉ, FABRICACIÓN ESPECIAL, DE LOS SUCESORES DE TORRAS, DE BARCELONA TRABAJO TIPOGRÁFICO, DE «SUCESORES DE RIVADENEYRA», DE MADRID

SEÑOR:

Una de las glorias españolas más legítimas del siglo XIX es el insigne poeta D. José Zorrilla, viva encarnación del romanticismo, trovador sin par de las tradiciones y leyendas en que palpitan el brío indomable y la gentileza de nuestra raza, cuyos altos hechos representa y simboliza V. M.

Comenzó á brillar aquel poderoso genio bajo el reinado de vuestra preclara abuela Doña Isabel II; alcanzó sus postreros

triunfos cuando regía los destinos de España vuestro inolvidable padre Don Alfonso XII, de grata memoria; fué coronado en Granada con el laurel de Apolo, y se apagó para siempre cuando alboreaba vuestra preciosa vida. A V. M., por lo tanto, debe ser dedicada esta obra; á V. M. corresponde el homenaje que en su augusta Persona vengo á rendir á la Patria con la publicación de estas Leyendas, ilustradas por eminentes artistas españoles.

Dígnese V. M. aceptarlo, y así quedarán consagradas estas páginas como digno monumento levantado á la Poesía y al Arte del siglo XIX en los comienzos del siglo XX, que ofrece con el reinado de V. M. días prósperos en que se renueven las antiguas glorias.

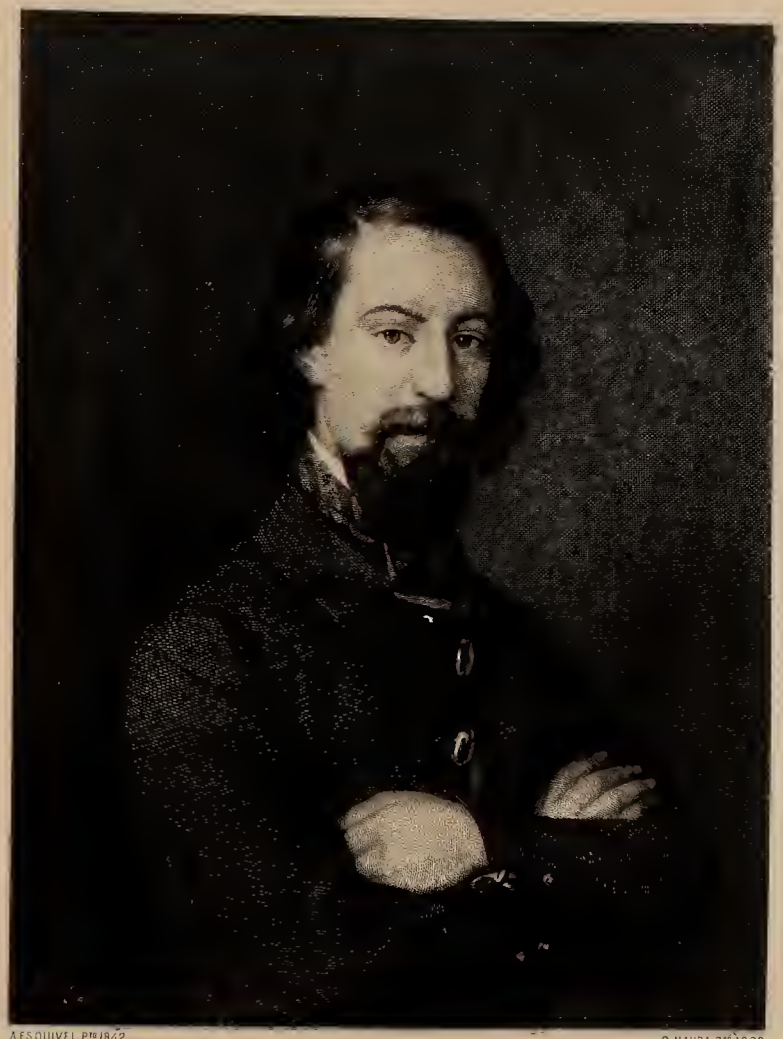
Madrid 15 de Marzo de 1901.

A. L. RR. P. de V. M.

Manuel P. Delgado.

RETRATO DE D. JOSÉ ZORRILLA, PINTADO EN 1842 POR D. ANTONIO M.ª ESQUIVEL Y EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL. GRABADO POR D. BARTOLOMÉ MAURA.

RETRATO DE D. JOSÉ ZORRILLA, PINTADO
EN 1842 POR D. ANTONIO M.ª ESQUIVEL Y
EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.
GRABADO POR D. BARTOLOMÉ MAURA.



A. ESQUIVEL, Pto 1842 — B. MAURA, Gdo 1900

José Zorrilla

PRÓLOGO

PRÓLOGO

En una edición de todas las obras escritas por Don José Zorrilla, desde sus primeras composiciones, tan espontáneas y brillantes como incorrectas y desordenadas, hasta las que procuró pensar con relativo cuidado en la edad madura, estaría justificada una introducción donde se estudiasen detenidamente la época y la personalidad del poeta: en estos dos volúmenes, donde sólo se publican sus leyendas escogidas, no es indispensable, ni siquiera conveniente, labor tan detallada.

Su vida hecha está por él mismo en los *Recuerdos del tiempo viejo;* y aunque al trazarlos le flaqueara en algún punto la memoria, ó la fantasía, tirana de sus demás facultades, abultase de buena fe algunos episodios, nadie tiene derecho á presentar los lances de su existencia sino como él los refirió. Creamos, pues, cuanto allí nos dice, porque sus aventuras y acciones, ya ciertas en todas sus partes, ya sinceramente exageradas, le pintan y retratan fielmente. Pudo Zorrilla, que se dió á conocer en 1837 y escribió en 1882 los *Recuerdos*, olvidar ú omitir cosas que por él narradas ofrecieran indudable interés; pudo decir otras sin concederles la importancia que realmente tuvieron; de fijo adolecen aquellas páginas de cierto carácter demasiado personal, cuando, sin perder su índole de memorias, debieran contribuir á la pintura de la época; pero tales como son bastan para que por ellas se conozca al literato y al hombre.

Hay escritores en cuya producción influyen la esfera donde nacen, las necesidades de la lucha por el pan ó por la gloria, las amistades que tienen, la indiferencia ante que se estrellan ó la protección que les encumbra, el amor que á unos llena de luz el pensamiento y á otros el corazón de acíbar: y los hay también en quienes el fruto del trabajo no es dulce ó amargo, jugoso ó árido, según las circunstancias que les rodean, sino que depende casi exclusivamente de la índole de sus facultades, las cuales aparecen tan definidas y son tan vigorosas, que, sobreponiéndose á todo agente exterior, imprimen por sí solas sello á la creación artística. En la labor de éstos es muy difícil determinar la parte que corresponde á la tradición literaria, al estudio de los modelos y al medio social; porque la tradición no la conocieron tan á fondo que se penetrasen de su espíritu, á los modelos no rindieron más culto que el fugitivo entusiasmo del momento en que los leían, y á la influencia del medio permanecieron sordos ó se mostraron rebeldes.

Á esta clase de poetas pertenece Zorrilla. Su fuerza no está en ideas que subyuguen ni en sentimientos que conmuevan, sino en la exactitud pasmosa con que reproduce lo que ve, en la potencia imaginativa con que lo embellece, en el sentido artístico con que restaura lo pasado y en la pompa exuberante con que adorna lo que sueña. Sus versos no agitan el alma como los de Musset, Enrique Heine ó Leopardi; cuando triunfa es al narrar y al describir: Zorrilla representa mejor que nadie esa fase de la literatura en que el arte de la palabra invade el terreno de la pintura: las figuras que crea, los lugares que copia se hacen visibles, quedando impresos en la memoria como recuerdos encantadores de algo que nos cautivó con su hechizo, no en las páginas del libro, sino en la misma contemplación de la Naturaleza.

Se le ha llamado el último romántico español, é indudablemente lo ha sido, si por romanticismo se entiende la protesta contra el seudo clasicismo francés del siglo XVIII, ya enterrado cuando él comenzó á escribir; romántico es también por su amor á la libertad de las formas de expresión, por participar de la violencia con que sus contemporáneos más insignes sacaban de quicio las pasiones, fomentando la insurrección contra todo yugo impuesto á los impulsos humanos, y, finalmente, por aquella sombra de tristeza, más ó menos sincera, según el temperamento de cada cual, que caracterizaba á la nueva escuela. Pero el romanticismo de Zorrilla, y esto dibuja principalmente su carácter, está en haber aprovechado la libertad con que, formando parte de la hueste revolucionaria, podía escribir, para erigirse en cantor entusiasta de los antiguos ideales y de las añejas costumbres españolas. De aquí su inmensa popularidad, pues no hubo

quien con justicia pudiera rechazarle: los adoradores de la tradición le ensalzaron como representante de un pasado que en todo consideraban glorioso; los partidarios de las ideas avanzadas le aceptaron, no por lo que decía, sino por el modo de decirlo, cediendo ante la magia de su estilo, sin caer en la cuenta de que poetizar desmedidamente lo tradicional es el mayor obstáculo que puede oponerse al progreso de los tiempos, porque es más fácil al pensamiento del vulgo aferrarse á lo que conoce, que discurrir sobre lo que le conviene.

Basta lo dicho para dejar sentado que ni las condiciones en que se desenvolvió la vida de Zorrilla, ni las ideas dominantes en su época contribuyeron á crear su personalidad literaria tanto como á primera vista parece. Antes al contrario, su temperamento caprichoso, su fantasía naturalmente exaltada lo arrollaron todo, de suerte que ni fué lo que se habían propuesto los que intentaron dirigir su educación, ni en sus obras llegó á reflejar fielmente los caracteres distintivos de la atmósfera intelectual de su tiempo.

Hijo de un magistrado absolutista, de aquellos para quienes el principio de autoridad era fundamento primordial de la vida, nace Zorrilla en Valladolid en 1817, y allí primero, después en Burgos y Sevilla, donde sucesivamente desempeñó su padre altos puestos, pasa los años de la infancia; á los nueve le traen á Madrid á ingresar en el Seminario de Nobles, dirigido por jesuítas; desde muchacho—él mismo lo confiesa (1)—adquiere la mala costumbre de descuidar lo principal por lo accesorio, y, negligente en los estudios serios de la filosofía y las ciencias exactas, se dedica al dibujo, á la esgrima y á las bellas letras, leyendo á escondidas á Walter Scott, Chateaubriand y Fenimore Cooper; representa comedias, imita á los cómicos, y á los doce años escribe los primeros versos. Desterrado su padre de Madrid en 1832, y acaso no conforme, dadas sus ideas, con la poca rigidez que debía de reinar en colegio donde había teatro, le saca del Seminario al año siguiente y le envía á la Universidad de Toledo para que estudie leyes bajo la vigilancia de un prebendado pariente suyo, tan poco versado en letras que confundía al autor de *Nuestra Señora de París* con Hugues de San Víctor, teólogo del siglo XII.

Pronto se enteró el canónigo de que, en lugar de aprender lo que son las *justæ nuptiæ* ó la *capitis deminutio*, el estudiante se dedicaba á corretear por calles y plazas visitando monumentos, dibujando ruinas ó haciendo largas escapatorias á la vega para que campesinos y aldeanos le contaran tradiciones y

---

(1) *Recuerdos del tiempo viejo,* tomo I, pág. 19.

consejas, que, aun mutiladas y borrosas, le parecían mucho más interesantes que las leyes de Justiniano y los comentarios de Gregorio López. Disgustado su padre, le envió al año siguiente á Valladolid, bajo la guarda de un procurador de aquella chancillería; pero lo que no logró el canónigo, menos lo consiguió el golilla. El futuro autor de *Don Juan Tenorio* había ya trabado amistad con madrileños como Pedro de Madrazo y Miguel de los Santos Álvarez, tenía por ídolos á Hartzenbusch y á García Gutiérrez, y en desprecio de códigos y pragmáticas devoraba los dramas de Casimiro Delavigne, las novelas de Alejandro Dumas y las poesías de Espronceda.

Declara Zorrilla que ganó aquel segundo curso por favor, y cuenta luego que, al despedirle su padre para que en la misma ciudad de Valladolid estudiara el tercero, le amenazó, si no se graduaba pronto de bachiller á claustro pleno, con ponerle unas polainas y mandarle á cavar sus viñas. Negóse poco después á seguir estudiando leyes, y al enterarse su padre, que vivía retirado en Lerma, ordenó al procurador que, metiéndole en una galera y recomendado al mayoral, le pusiese en camino de aquel pueblo, donde le ataría corto; pero él apenas emprendida la jornada, aprovechando un descuido del conductor, montó en una yegua que no era suya, dió la vuelta á Valladolid, vendió la bestia, y ajustando pasaje en otra mensajería, tomó la carretera de Madrid. De esta suerte, como héroe de novela picaresca, lo cuenta, dando á entender que robó el animal y se aprovechó del precio. No tuvo presente, al escribir los *Recuerdos*, que en una de sus biografías, la única autorizada por él, se dice que la yegua era de un primo suyo, y no que la vendió, sino que montado en ella vino á Madrid. Quitarle la yegua á un pariente era sin duda menor calaverada que robársela á un desconocido: pareciéndole esto más novelesco y *bohemio*, no vaciló en atribuírselo, demostrando así con cuánta facilidad y ligereza se dejaba seducir, hasta de viejo, por lo que aun en propio perjuicio sirviese para hacer extraordinario y fuera de lo común el relato de sus aventuras. Los hombres de imaginación sinceramente desordenada se retratan con estos detalles mejor que pudiese hacerlo el más perspicaz observador.

Nadie ignora cómo se dió á conocer Zorrilla en Madrid el día del entierro de Larra.

Era éste el primer suicida á cuyos restos se daba sepultura en sagrado: fué lugar de la escena uno de los cementerios que hay en las afueras de la puerta de Fuencarral. Habíanse ya leído ante el féretro varias composiciones en loor del muerto, y pronunciado un discurso Don Mariano Roca de Togores, luego Marqués de Molíns; íbase á meter el ataúd en el nicho, cuando, empujado por

un amigo, púsose Zorrilla en primer término, y con aquella voz clara, dulce, de penetrante timbre, que sabía modular con hábiles y sonoras cadencias de deliciosa languidez no exenta de vigor, leyó los versos que le hicieron célebre en un momento. La gloria hubiese de seguro llegado para él, andando el tiempo, porque sus dotes poéticas no podían menos de procurársela, mas en aquel día un cúmulo de circunstancias se la otorgó ruidosa y repentinamente. Su extrema juventud, su figura simpática, el desaliño en el vestir con que sin afectación mostraba no estar mimado por la fortuna, lo anormal de la ocasión, hasta lo desapacible de la tarde y lo melancólico de la hora, sobre todo el ambiente de vago y fúnebre sentimentalismo que, ensombreciendo los ánimos, caracterizaba la época, dieron á la endeble é incoherente composición de Zorrilla ese encanto misterioso que pone en las obras de los hombres, antes que su propia intención, la atmósfera y el punto en que se producen. En el cementerio mismo, al borde del sepulcro de Larra, y á la vuelta en las calles, felicitaron á Zorrilla los escritores más ilustres, y tanto como del crítico enterrado se habló de él aquella noche en las tertulias literarias.

Las redacciones de diarios y semanarios á que antes llamó en vano, solicitaron su colaboración: entonces comenzó á publicar composiciones de poca ó ninguna originalidad, remedos endebles de los grandes poetas que le cautivaban.

Á este primer período de la vida de Zorrilla corresponde la muchedumbre de *orientales*, *dudas*, *plegarias* y *meditaciones*, donde la abundancia de imágenes, la fluidez de la versificación y hasta la sonora agrupación de las palabras, encubren la poquedad de las ideas: si no hubiese escrito más, no tendría hoy tan justa fama.

Lo que en este orden de trabajo produjo es suficiente á persuadirnos de que no pertenecía á la raza de los líricos de primera magnitud, quienes, al cantar lo que piensan ó sienten, interpretan como por adivinación privilegiada las creencias, las dudas y los sentimientos de la humanidad entera: hasta se puede asegurar que hay poetas de segundo orden muy superiores á él en lo que se refiere á la elevación de miras, las aspiraciones, el vigor y la sensibilidad.

Sin tendencia propia, sin orientación fija, atraído versátilmente por lo último que le impresionaba, pretendía seguir á Byron, á Víctor Hugo, á Espronceda, quedando siempre muy por bajo de la esfera á que éstos llegaron. La osadía de pensamiento, la alteza de propósito, el secreto de expresar una impresión ó un estado del alma eran dones negados á su musa, incapaz de volar tan alto ni de bucear tan hondo. Y si alguna vez, por aquellos mismos años, quiso parecerse

á determinados poetas antiguos, no lo consiguió tampoco, asimilándose de ellos lo censurable ó lo meramente externo: de Calderón la obscuridad conceptuosa, de Fr. Luis de León la apariencia de dulzura que pudiera traer consigo el hecho de escoger determinadas combinaciones métricas. Indudablemente, lo que escribió á raíz de su ruidosa aparición en el mundo literario no era el anuncio de uno de esos grandes líricos que se inmortalizan haciéndose eco de las pasiones y los sentimientos humanos, ó, por lo menos, reflejando con rasgos enérgicos la propia personalidad. Sus composiciones no eran nuevas por el asunto, ni interesantes por el desarrollo: la forma de sus pensamientos adolecía casi siempre de hinchazón, y en sus versos la facilidad y la soltura, verdaderamente pasmosas, estaban ahogadas por una incorrección grandísima. Se puede asegurar que las revistas y semanarios de aquel tiempo contienen firmas, hoy olvidadas, que eclipsaban la suya: ésta, sin embargo, prevaleció con razón sobre casi todas. Un género distinto del que cultivó en un principio había de dar á Zorrilla fama imperecedera.

Entre aquel abigarrado y heterogéneo conjunto de poesías dedicadas *á una tórtola*, *á Napoleón*, *á la Virgen* y *á una noche de orgía*, fué intercalando otras ligadas por cierta homogeneidad de pesamiento: ya eran meramente descriptivas de lugares y monumentos; ya evocaban por la contemplación mental de lo que ven los ojos el encanto misterioso que se desprende de lo pasado: en ellas revelaba Zorrilla intuición privilegiada para fingirse y transmitir con apariencia de verdad la vida de otras épocas, y extraordinaria potencia imaginativa para reconstruir lo que ha devorado el tiempo.

Así comenzó á componer leyendas, es decir, fragmentos de historia poetizada, episodios perpetuados en la memoria del vulgo por la pluma de cronistas de pueblos ó genealogistas de familias ilustres, aventuras y lances transmitidos de unas á otras edades por la tradición oral, consejas referidas junto al hogar; en una palabra, todo aquello que considerado, tal vez erróneamente, como demasiado menudo para entrar en los fastos de la verdadera historia, sirve, no obstante, para darnos idea completa de la índole de los hombres y del sentido de los acontecimientos. Y empezó á triunfar Zorrilla, porque, cual si á su conjuro se restaurasen las ruinas y resucitaran los muertos, surgieron en estas narraciones ciudades pobladas de sus antiguos moradores, alcázares habitados por sus señores, barrios donde hervían las turbas villanescas, aldeas de pobres pecheros, castillos guarnecidos de mesnadas, monasterios llenos de monjes consagrados á la oración y el estudio, reyes en quienes se confundieron la tiranía y la justicia, curas y prelados que gobernaban las conciencias, guerreros y menestrales que

con las armas ó el trabajo contribuían á dilatar las fronteras ó enriquecer las villas; en una palabra, todos los elementos interesantísimos de la antigua sociedad española, protagonistas y coro del drama glorioso de nuestra nacionalidad.

Ciertamente el caso es digno de estudio: aquel poeta cuyos primeros ensayos le mostraron incapaz de conmovernos con sus ideas y sus sentimientos, porque no acertaba á darles energía ni color; el falto de originalidad y vehemencia para interesarnos con lo propio, tenía, sin embargo, amplitud de entendimiento y rica diversidad de facultades para comprender y expresar algo mucho más intrincado y complejo que el alma individual: el carácter de un pueblo. Sin entrar ahora á poner en claro el fenómeno, es indudable que sus leyendas describen nuestras costumbres antiguas con rasgos tan pintorescos y tal atractivo novelesco, que el ánimo se complace y el patriotismo se exalta en ellas ante la visión de hechos, aventuras y tipos no acaso todo lo reales ni verosímiles que exige el respeto á la verdad; pero, en cambio, impregnados siempre de algo castizo, peculiar á la Patria, entrevisto y amado desde los primeros libros que hojeamos en la niñez, emanación de ese espíritu místico en religión, naturalista en arte y levantisco en política que forma el fondo del espíritu de nuestra raza. No pueden compararse obras aisladas con géneros enteros; mas teniendo en cuenta la desproporción entre lo colectivo y lo individual, es dable afirmar sin exageración que el españolismo de las leyendas de Zorrilla deja en el ánimo impresión, si no tan intensa, semejante á la producida por el *Romancero*, las novelas picarescas y las comedias del siglo XVII. En estos tesoros de observación y poesía salta á la vista que la fe, el patriotismo y el culto del honor son las virtudes generadoras de la vieja España, las cuales al exagerarse ó pervertirse originan también nuestros grandes errores: el fanatismo que sofoca la razón, el desconocimiento de lo extraño que engendra la ignorancia, la vanidad que desprecia el trabajo. Estas culpas y aquellas excelencias, transformadas de mil modos é infiltradas de mil maneras en generaciones sucesivas, imprimen sello particular á las distintas clases sociales, desarrollan juntas y confundidas causas de grandeza y decadencia, de alto valor moral y de inevitable ruina: no de otro modo pueden considerarse el orgullo que desdeña la sumisión, la lealtad que desciende hasta la bajeza, la honra que peca de cruel, el espíritu caballeresco que se trueca en aventurero, la piedad que se convierte en hipocresía, el exceso en la propia estimación propenso á toda indisciplina; finalmente, cuanto es necesario ó propicio para que aparezcan los tipos y los caracteres que son ya el reflejo del medio que los produjo, ya la protesta viva contra lo que les rodea.

Diríase que en aquellos siglos las creencias, las leyes, las jerarquías, clasifican

y encasillan á los hombres en estados y oficios que les aislan y apartan; mas como sus necesidades y afectos les impulsan á buscarse, poniéndoles en contacto, lo que la Naturaleza pide y la conciencia sanciona choca contra lo que imponen usos y costumbres, dando margen á conflictos, luchas y rivalidades en que la rudeza de los tiempos extrema los movimientos del ánimo, dejando al valor y la fuerza la decisión de las contiendas. Las situaciones que de esto se originan en el orden público son asuntos de Estado, pactos, conjuraciones, levantamientos y guerras: se desarrollan en el escenario de la política ó en los campos de batalla y los estudia el historiador: las que pertenecen al orden privado se ventilan en las casas y en las calles, son dramas individuales ó de familia, adquieren tinte novelesco por las condiciones de la vida, y de ellas se apodera, primero el vulgo, que las refiere y comenta; después el poeta, que les da forma artística adornándolas según sus facultades, pero dejando siempre que prevalezcan en la narración el espíritu y los sentimientos de la época. Tales son las leyendas: migajas de la historia, relato de casos particulares, pequeñeces de lo grande y grandezas de lo pequeño. Son sus actores desde las colosales figuras creadoras de la nacionalidad, reyes y caudillos, hasta la multitud anónima de la plebe, pícaros y ganapanes: en ellas campean, con su séquito de osadías y desfallecimientos, la fe, la lealtad, el heroísmo, la ambición, la codicia, sobre todo el amor, y tienen por fondo aquellas venerables ciudades cuajadas de palacios y templos donde el arte á manos llenas reunió maravillas que en lo futuro pregonaran la magnificencia de los poderosos y la devoción de los creyentes.

Claro está que la leyenda es género secundario: ni por su índole ni por sus dimensiones se presta á hondas observaciones psicológicas, ni al completo desarrollo de situaciones y caracteres: todo ha de quedar en ella supeditado á difícil concisión y enérgica sobriedad: debe ser á manera de anécdota referida con arte, más amena que profunda, antes interesante que lógica; mezclándose en su estructura y medios de expresión el atractivo de lo real y el encanto de lo imaginado: exigencias por las cuales requiere aptitudes determinadas no concedidas á muchos poetas, pues en los más de éstos el desorden de la fantasía penosamente se somete á encerrar en poco trecho lo que se presta á ser amplificado y diluído con aparatosa brillantez en largas tiradas de versos pomposos.

Zorrilla, dotado de aquellas facultades, salva estos escollos que aquí someramente se indican, y escribe leyendas tan hermosas que muchas de ellas se pueden citar como modelos. Escoge los asuntos, casi siempre bien, de entre el rico depósito de tradiciones literarias y populares que perpetúan rasgos característicos de clases sociales ó tipos de poderosa individualidad; describe los lugares de la

acción con gráfica energía, y aunque algunas veces peque de minucioso y se deleite detallando como pintor flamenco, otras consigue la ilusión de la realidad con las amplias pinceladas propias de la escuela española, cuyos seguros trazos infunden á los personajes calor y vida: hace que éstos hablen de modo adecuado á sus afectos, con palabras, giros y modismos que, sin llegar á constituir el estilo rigurosamente fiel de la época á que pertenecen, les prestan por lo menos la apariencia artística de antigüedad y color bastante para trasladar la imaginación del lector al tiempo en que se les supone: y, por último, trata las escenas con tal vigor plástico que consigue, primero, impresionar fuertemente, y luego, dejar grabado en el pensamiento lo que narra. En lo referente á la forma externa, escribe dominando la métrica, ajustando cada combinación á la índole de las ideas con tal alarde de verbosidad y fluidez, que basta repetir la lectura de algunos pasajes para retenerlos y recordarlos tan sin esfuerzo como salieron de su pluma: no siempre es correcto; pero en cambio nunca deja de ser dulce, apasionado, enérgico, brillante; y, sobre todo, posee el secreto de imprimir á la versificación una sonoridad y riqueza rítmica tan intensas que halagan y hechizan el oído con el encanto propio de la música.

Luego de conocido en Madrid por sus primeras poesías y leyendas, empezó á tratarse é intimar con literatos notables, de los cuales unos habían llegado al apogeo de su gloria y otros estaban en camino de lograrlo: hízose amigo de Hartzenbusch, Bretón, Ventura de la Vega, Gil y Zárate, Donoso Cortés, García Gutiérrez, Campoamor, Espronceda, Villalta, José María Díaz, Rubí, Mesonero Romanos y los Madrazo; frecuentó el cafetín de la calle del Príncipe llamado el *Parnasillo*, y el de *Solito*, donde aquellos ingenios se reunían formando bandos opuestos; y asistió á las tertulias literarias del Liceo, de los Duques de Villahermosa y de Rivas, del Marqués de Molíns, de Nocedal y de Escosura, donde muchas veces leyó las composiciones que habían de insertar *El Artista*, *El Porvenir* ó *El Español*, y que después reunía en tomos el editor Delgado, padre del que hoy, publicando éstos, enaltece la memoria del poeta.

Zorrilla se dedicó también á escribir para la escena; y era natural que lo hiciese: primero, aunque la consideración parezca prosaica, porque el teatro, entonces como ahora, producía más dinero que el libro; segundo, por ser lógico que quien sabía inspirar interés y crear caracteres en las leyendas, desplegase iguales cualidades en dramas y comedias. Graciosamente refiere él mismo que yendo, una mañana, de muy mal humor porque no tenía dinero, á casa de García Gutiérrez, el cual también andaba apurado, convinieron escribir juntos,

en plazo brevísimo, el drama *Juan Dandolo*, representado luego en el teatro del Príncipe. Gustó la obra, y animado por el triunfo, hizo solo, *Cada cual con su razón*, en seguida *Aventuras de una noche*, y después la parte primera de *El Zapatero y el Rey*, cuyo éxito menciona y comenta, en los *Recuerdos del tiempo viejo*, diciendo: «Desde aquella noche quedé, como un mal médico con título y facultades para matar, por el dramaturgo más flamante de la romántica escuela, capaz de asesinar y de volver locos en la escena á cuantos reyes cayeran al alcance de mi pluma. Dios me lo perdone; pero así empecé yo el primer año de mi carrera artística, con asombro de la crítica, atropello del buen gusto y comienzo de la descabellada escuela de los espectros y asesinatos históricos, bautizados con el nombre de dramas románticos.»

Severo es el juicio que de sí formula Zorrilla como poeta dramático; pero la prueba de que tenía condiciones de tal, sobre todo de las que en aquellos días se exigían, es que el público se deleitaba con sus obras, las cuales daban tan lisonjeros resultados á las empresas, que la del teatro de la Cruz le señaló un sueldo, con la condición de que no escribiese para el Príncipe. La segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, puesta en el primero de estos coliseos, produjo, en treinta y tantas representaciones, 20.000 duros, con lo cual se explica que su autor siguiese por el camino emprendido y que, después de habérselas con Don Pedro *el Cruel* y su hermano el de Trastamara, se atreviera con Sancho García, con Don Jaime *el Conquistador*, á quien hizo protagonista de *El Excomulgado;* con Don Sancho *el Mayor*, de Navarra, que figura en *La gran comedia del caballo del rey Don Sancho;* con Wamba, á quien llama *El Rey loco;* con Don Rodrigo en *El puñal del Godo*, y con cuantos monarcas, héroes y aventureros tuvieran en su existencia algo cierto ó dudoso, pero extraordinario y tremendo, que le permitiese cimentar una acción interesante y un par de situaciones pavorosas, de las que entonces tenían el privilegio de enloquecer á los jóvenes de largas melenas y á las damiselas que, bebiendo vinagre para estar pálidas, llamaban tiranos á los padres, aunque fuesen la dulzura misma. Realmente, si el arte dramático consistiera no más que en sobrecoger el ánimo del espectador, poniéndole ante los ojos conflictos horrendos, imposibles de resolver sino con muertes á mano airada, sacrificios heroicos y crueles venganzas, habría que reconocer y proclamar á Zorrilla como dramaturgo de soberano poder, pues aun sus obras menos afortunadas están llenas de rasgos donde el esfuerzo humano se acerca á la grandeza trágica. Lo violento y terrible, que por ser en la vida excepcional debe serlo también en la escena, es fundamento de sus dramas. Nadie es allí bueno ni malo tibiamente ó á medias, sino con una

energía tal, tan de cuerpo entero, que los hombres dejan de serlo para convertirse en prodigios de virtud ó raros ejemplos de perversidad: aman ó aborrecen para siempre, sin que nada modifique ó tuerza sus sentimientos; la variedad confusa que hay en el fondo del alma, la complejidad de nuestro sér, las influencias claras ó escondidas que á todos nos hacen sufrir, titubear, contradecirnos, acercándonos unas veces á la perfección moral soñada por el espíritu y otras lanzándonos al crimen, en una palabra, todo lo que constituye lucha interna es cosa desconocida en las obras de Zorrilla, donde no campean más que los instintos, ni tienen atractivo artístico más que los hechos. Nadie busque en ellas ese encanto producto de la observación que analiza, de la sagacidad que sorprende ó de la intuición que adivina los impulsos y móviles de la naturaleza humana: todo es puramente imaginativo ó está revestido de caracteres anormales y tintas recargadas: el frenesí, la desesperación, la ceguedad, la ira, son cosa corriente, y cuando hay algo sencillo, natural, apacible, él lo desvirtúa y falsea hasta que los afectos se agigantan y los hombres se matan, acabando con catástrofe lo que comenzó como idilio. Amores bien logrados, bodas tranquilas, hijos legítimos, personajes fenecidos de muerte natural, apenas hay en las producciones de este poeta, que, deseando sublimar cuanto llevaba al teatro, confundía lamentablemente lo fenomenal con lo grandioso.

Sus facultades eran, sin embargo, tan poderosas, que aplicadas al teatro habían de producir algunas obras de indiscutible valor. Entre ellas deben citarse: *El Zapatero y el Rey*, por el interés vivísimo que la acción despierta y el ambiente caballeresco que la circunda; *El puñal del Godo*, por la armonía que existe entre la negrura del asunto y la sombría inspiración que lo expresa; *Traidor inconfeso y mártir*, cuyos personajes, aun poseídos de hondos y contrarios afectos, no sólo están muy lejos de convertirse por la exageración en figuras arbitrariamente creadas y movidas, sino que conservan su índole propia y son verdaderos caracteres, sobre los cuales descuella el protagonista, aquel misterioso *Gabriel de Espinosa*, rey ó impostor, víctima de su ambición ó de su estrella, pero de fijo uno de los engendros más hermosamente dramáticos que han pisado la escena española en el siglo XIX.

Don Juan Tenorio merecería capítulo aparte; mas ni su análisis es propio de este trabajo, consagrado particularmente á las *Leyendas*, ni cabe lo que sugiere en los reducidos moldes de un prólogo. Digamos solamente que, inferior por todos conceptos á *El burlador de Sevilla*, y á pesar de los enormes yerros que lo empequeñecen y afean, tiene importancia extraordinaria, pues en él está fijado, á lo menos para la fantasía popular, el tipo tradicional en nuestra litera-

tura, del malvado redimido por el amor. Pero ¿acierta el vulgo? ¿se salva *Don Juan* por el amor mismo? Firmemente creemos que no. Quien triunfa de la maldad y la perversión no es *Doña Inés*, sino el ideal religioso que purifica el alma pecadora á costa de la vida y, lo que es más triste, á costa del amor. El público, que ha hecho del *Tenorio* su drama favorito, no alcanza todo lo que su oculto sentido encierra. Contemplando á *Don Juan* llevado al cielo por mano de *Doña Inés*, piensa que asiste al más sublime triunfo de la pasión, cuando lo que allí, en realidad, ocurre es que el amor humano para purificarse necesita dejar de ser, morir, transformándose en amor divino. *Don Juan* no se redime porque ama, sino porque cree: su maldad no es perdonada porque ceda ante la perfección moral ni ante la belleza corporal de *Doña Inés*, sino porque ésta con sus plegarias la disipa: no es el amor mismo quien abre las puertas del cielo al seductor y homicida, sino el regreso de su propio espíritu á la fe: lo que parece triunfo de la mujer es victoria de la devoción: el amor prevalecería si *Don Juan* y *Doña Inés* lograran su dicha viviendo, y hasta tuvieran, prosaicamente, muchos hijos, según acontece á los enamorados de los cuentos infantiles: mas, ¿cómo se puede afirmar que triunfa la pasión si ambos amantes mueren sin lograrse, y sólo se unen donde ya el amor es imposible? Á poco de meditar sobre ella se comprende que esta obra, en cuya superficie palpita el ansia de vida con inusitada vehemencia, procede de aquella inspiración amarga y tenebrosa que, condenando lo que hace más grata la existencia en la tierra, llama pecado á lo que es alma del mundo, y estorba ó imposibilita el cumplimiento de los destinos humanos. Podrá considerarse á *Don Juan Tenorio* como símbolo del amor, cuya potencia bienhechora se sobrepone á toda culpa; pero *Doña Inés de Ulloa* no es la mujer enamorada y amante que realiza el milagro de convertir al malo en bueno, sino la personificación del ascetismo estéril, implacable enemigo de la Naturaleza.

En no menor proporción que *Don Juan Tenorio*, contribuyeron á la fama de Zorrilla los *Cantos del trovador*, cuyo éxito fué tan grande que todavía, cuando se quiere enaltecer al poeta, éste es el título que preferentemente se cita entre los de todas sus obras. Forman el conjunto de los *Cantos* seis leyendas: unas de pura imaginativa, como *La Pasionaria* y *Las píldoras de Salomón*, están inspiradas en cierto vago y triste sentimentalismo que les roba vigor, pero, en cambio, contienen trozos descriptivos de primer orden y fragmentos líricos de gran mérito, por ejemplo el de *Las nubes;* otras, como *La princesa Doña Luz* y *Margarita la Tornera*, proceden de la tradición histórica ó literaria. Sírvenles de continua-

ción *Las vigilias del estío*, nueva serie de narraciones entre reales y fantásticas, á las cuales, para completar la cuenta de lo que produjo en este género, hay que añadir *El desafío del diablo*, *El testigo de bronce* y *La azucena silvestre*, en que, tratando á su modo asuntos conocidos, interpretó las glorias, los afectos y hasta las supersticiones de nuestro pueblo.

El año 1852 publicó en París el libro donde con más intensidad se reflejan sus dotes poéticas, la *enorme leyenda* — así la califica él mismo — que tituló *Granada*, *poema oriental*, sin duda para que no se le atribuyese la ambiciosa tentativa de escribir un poema épico. Es efectivamente leyenda, y la más larga que brotó de su pluma. Para ella se preparó estudiando algo el árabe y enterándose de los acontecimientos del período en que la acción se cumple. No hay, sin embargo, la menor falta de respeto á su memoria en sospechar que no debió de insistir en el conocimiento de aquel idioma, ni pasó de somera su investigación. Algunas generalidades sobre las creencias y costumbres musulmanas, el conocimiento de lo que significaban los nombres de lugares y personas, principalmente de mujeres, á los que procuró conservar sabor arábigo, y la lectura de historias referentes á la moribunda monarquía granadina y su lucha con los Reyes Católicos le bastaron, si no para imprimir al conjunto carácter de sobria y artística restauración arqueológica que aumentase su mérito, á lo menos para envolverlo en cierta atmósfera de orientalismo soñador empapado de poesía. Entre lo que proyectaba crear Zorrilla y sus facultades existía tan grande paridad, era la índole del trabajo tan armónica con las aptitudes de quien iba á realizarlo, que el resultado fué lo que lógicamente tenía que ser: un eslabonamiento de escenas y cuadros donde la historia queda ofuscada por la fantasía, brillando ésta con resplandor vivísimo. Allí se suceden las descripciones de aventuras maravillosas y episodios reales, formando variada y vistosa urdimbre de sueños y encantamientos, zambras y asaltos, conspiraciones y fiestas, rasgos de heroísmo y abominables venganzas: luchan los moros, aún más que contra el valor de los caudillos de la reconquista, contra su propia molicie, sus discordias intestinas y el fatal presagio que pesa sobre sus últimos reyes; pelean los españoles, tanto ó más que por el engrandecimiento de la Patria, por la gloria de la fe; adquiere la contienda por su ferocidad caracteres de guerra civil; sobrepónese de cuando en cuando á estos horrores el espíritu caballeresco de ambas razas, y por cima del derramamiento de sangre y lágrimas, como desquite de la Naturaleza y para deleite de quien lee, se alza poderoso y triunfante el amor, á cuya supre-

macía se rinden moros y cristianos en dulces trovas y apasionados cantares.

Pero los fragmentos más hermosos son las invocaciones á Granada y las pinturas de lances ó paisajes en que la maravilla y el prodigio le permiten traspasar las lindes de lo real, adornándolo todo con las galas que su inventiva le sugiere. Al expresar la admiración que siente por la ciudad de la Alhambra y el propósito de cantar sus alabanzas, se exalta como si cumpliese una misión sagrada, y hasta los arranques de espontánea soberbia que se le escapan son disculpables porque están tocados de grandeza. Luego, durante el curso de la narración, al describir las cámaras subterráneas ocultas en los cimientos de las torres, á que acuden los reyes para consultar su horóscopo; los jardines en cuyos estanques se miran de noche, alumbradas por lámparas de oro, las princesas enloquecidas de amor; las selvas encantadas, donde á horas misteriosas surgen del fondo de los lagos genios sobrenaturales, en toda ocasión y momento propicios á entretejer lo real con lo soñado, es cuando con mayor imperio nos embelesa y cautiva. Entonces sus tiradas de versos, ya semejan apuntes de sobrio y severo trazo que con pocas líneas dan idea completa de la forma, ya manchas de color que encantan la vista por el vigor y armonía de los tonos, ya grandes cuadros, no compuestos con la paciente frialdad del estudio, sino sorprendidos en el tumulto mismo de la vida. Allí consigue de las palabras cuanto por su índole pueden dar: dibujan y coloran, matizan y esmaltan, esculpen y cincelan; unas traen entre sus sílabas impresión de aromas; otras, vibración de sonidos; las desinencias se entrelazan rítmicamente; los metros, en vez de dificultar la expresión se le amoldan sumisos, adquieren fuerza plástica las imágenes, y aunque concluída la lectura todo se desvanezca sin dejar huella en el espíritu, como meteoro luminoso que brilla un punto en el espacio y se apaga, la emoción que produce es intensa y no por fugaz menos legítima la belleza creada. Cuando se cierra el libro, las figuras y lances del poema se borran de la memoria faltos de consistencia; las impresiones recibidas son meramente físicas, como si los sentidos fuesen atraídos y halagados por algo á que el ánimo permaneciera descuidado ó ajeno: de las páginas parecen desprenderse lasitud de días ardorosos, fragancia de jardines encantados, claror misterioso de noches estrelladas. Pero lo íntimamente humano no interesa; ni la pasión estalla, ni el pensamiento engendra, ni la idea concibe; lo que deslumbra los ojos no llega al corazón; es poesía infecunda, semejante á beldad estéril, mas de tan soberana hermosura que basta para nuestro deleite, el cual á veces, transformada por su propia

magnitud la sensación en sentimiento, sumerge el espíritu en esa especie de melancolía sin nombre que es plegaria muda arrancada al alma del artista por la contemplación de la Naturaleza.

En 1855 marchó Zorrilla á América: estuvo en Cuba, en Méjico, donde el emperador Maximiliano le confirió algún cargo oficial, y volvió á España en 1866. Aún vivían muchos de los que le vieron surgir, formarse y brillar en el campo de las letras; pero, como rara vez juzga bien al hombre la generación á que pertenece, no faltó quien le regatease la gloria conquistada: en cambio, el elemento joven, á pesar de ser entonces eminentemente liberal la juventud, y quizá por esto mismo, recibió en palmas al poeta de la tradición. El autor de estas líneas recuerda haber asistido, siendo casi niño, á alguna de las lecturas que por entonces dió Zorrilla en el teatro de la Zarzuela, con ocasión de las cuales se vió que los literatos de la misma edad que tenía el poeta, á fuerza de restricciones y distingos, no le hacían justicia; en tanto que los muchachos y principiantes, convirtiéndose en heraldos de su fama, andaban más cerca de apreciar lo que valía.

Cuanto escribió desde su regreso de América puede, sin embargo, considerarse inferior á lo que antes produjo; pues aunque algo ganara en corrección y nada perdiera como versificador, fué en él, indudablemente, debilitándose aquel espíritu tradicional y legendario que anima los trabajos de la primera mitad de su vida. La mayor parte de lo que publicó desde su vuelta pertenece á ese orden de composiciones que, por obedecer á circunstancias pasajeras, exigencias sociales y compromisos, coartan ó amenguan la inspiración. Ni las poesías reunidas en el *Álbum de un loco*, entre las cuales las hay bellísimas, dirigidas á soberanos y magnates; ni las que forman *Los ecos de las montañas*, escritas para una casa editorial de Barcelona, con el pie forzado de aprovechar láminas grabadas con distinto objeto; ni aquellas otras que leyó en los viajes á las provincias de Levante, tienen ya el vigor castizo, el caliente vaho de los terruños castellanos, la pátina artificiosa, pero habilísima y hasta sincera, que dió á sus primeras obras el prestigio propio de cuanto en la esfera del arte refleja la índole y las costumbres de un pueblo.

Cuando en 1848 murió Don Alberto Lista, la Academia Española, de la cual formaban parte Bretón de los Herreros, el Marqués de Molíns, Ventura de la Vega, Gil y Zárate, Ochoa, Pacheco, Alcalá Galiano y Don Juan Nicasio Gallego, eligió por unanimidad para ocupar la plaza de aquel insigne maestro á Zorrilla, que entonces tenía treinta y un años y estaba en el apogeo de su gloria; pero él dejó expirar el plazo reglamentario sin aceptar, y se declaró

de nuevo la vacante. Electo por segunda vez en 1882, verificóse su recepción en 1885. Presentó el discurso en verso, caso en verdad raro, pero no nuevo, pues Campoamor había escrito en la misma forma la necrología de González Brabo, y en el siglo XVIII un fraile de retórica estrafalaria y pedante, llamado Juan de la Concepción, hizo también en verso su discurso de entrada.

Desde que volvió de América hasta su muerte, durante un espacio de veintisiete años, Zorrilla disfrutó una popularidad mezclada de respeto, acaso por nadie conseguida si se exceptúa á Lope de Vega. Sus contemporáneos, los pocos que quedaban de la época del romanticismo, se vieron obligados á reconocer y confesar sus prodigiosas facultades; la juventud literaria, aun animada por tendencias diferentes de las que él personificaba, ensalzó con entusiasmo su nombre; los gobiernos, aquí tan desdeñosos para quien permanece alejado de la política, le favorecieron y honraron; una parte de la nobleza le amparó en los días de amargura; el pueblo, aunque como todos los poderosos peca de ingrato, le mostró ciega admiración haciendo del *Tenorio* su drama predilecto, y España entera llamó á Zorrilla su poeta nacional. Como á Víctor Hugo en Francia, se le hizo la apoteosis en vida, y con laurel de oro, recogido entre las arenas del Darro, se le coronó en aquella sin igual Granada que él había cantado en versos inmortales.

Ya indicamos que, al componer sus leyendas Zorrilla, se inspiró en el rico depósito de nuestras tradiciones literarias y populares, las cuales circundan de ambiente caballeresco y poético la sociedad española de los siglos pasados. Casi ninguno de los asuntos que trató es hijo exclusivo de su fantasía: están tomados, los históricos, de crónicas antiguas; los amorosos, de novelas ó romances; los religiosos, de vidas de santos y libros de piedad; aquellos que le granjearon más gloria, como los de *Margarita la Tornera* y *A buen juez, mejor testigo*, son precisamente los de argumento más popular y vulgarizado.

Menéndez y Pelayo, á quien es tan grato como forzoso consultar para salir de dudas en cuanto se refiere á nuestra historia literaria, porque no hay en ella época, personaje, ni materia que no haya estudiado, declara que el milagro en que está fundada *Margarita la Tornera*, utilizado por Lope para escribir su comedia *La buena guarda*, aparece ya en un libro de Cesáreo de Heisterbach, monje cisterciense muerto en 1245; dice que se halla después entre las *Historias latinas* compiladas por Thomas Wright, en repertorios para uso de predicadores, como el de Juan Hervet, escritor del siglo XV, y finalmente

versificado en muchas colecciones de milagros de la Virgen. En España figura primero en las *Cantigas* (1); luego en cierto libro de devoción, de donde, á petición de *una dama de estos reinos*, que no nombra, lo tomó Lope para escribir *La buena guarda;* y está también en el *Quijote* de Avellaneda, ocupando varios capítulos, contado á modo de novela corta con el título de *Los felices amantes*. De allí cree Menéndez y Pelayo que lo copió Zorrilla, añadiendo que, «aunque expurgado de todo pormenor poco limpio, el cuento resulta mucho más profano que en la comedia de Lope y que en la suave y exquisita *Légende de sœur Béatrix*, que en 1837 publicó el delicioso cuentista Carlos Nodier, tomando el argumento, según confiesa, del dominico polaco Bzovio, continuador de Baronio». Todavía con menos sentido poético hizo Arolas su *Beatriz la Portera*, tratando el asunto como el citado Cesáreo de Heisterbach.

Análoga investigación á ésta de los antecedentes de *Margarita la Tornera*, aunque no siempre tan completa, puede hacerse respecto de la mayor parte de las leyendas de Zorrilla. Intentémoslo en lo referente á las contenidas en esta edición.

El capitán Montoya, el tipo del calavera y libertino, á quien castiga el cielo por sus pecados haciéndole creer que ha muerto y que asiste á sus propios funerales, dándose cuenta de ello, es también antiguo en nuestra literatura.

La primera obra donde aparece está citada por Cervantes en el escrutinio de la biblioteca de Don Quijote. Cuando el barbero saca el *Don Olivante de Laura*, dice el cura: «El autor de ese libro fué el mismo que compuso á *Jardín de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero ó, por decir mejor, menos mentiroso.» Su título es *Jardín de flores curiosas;* lo escribió Antonio de Torquemada, y fué impreso por primera vez en Salamanca, año de 1570. Es una colección de apariciones de fantasmas, brujerías, encantamientos, hechizos y casos prodigiosos *fuera de la orden común y natural*, todo ello dispuesto en forma de diálogos, donde resplandecen la credulidad y la superstición, llevadas á su mayor grado de insensatez. Allí refiere Torquemada el *caso notable que sucedió á un caballero en un monasterio de monjas*. La aventura es la misma de *El capitán Montova:* «Y fué, que este caballero, siendo muy rico y muy principal, trataba amores con una monja, la cual, para poderse ver con él, le dijo que hiciese unas

(1) Cantiga núm. 93, t. 1, edición de la Academia.

llaves conformes á las que tenían las puertas de la iglesia, y que ella también haría de manera que por un torno que había para el servicio de la sacristía y otras cosas, pudiese salir, donde ambos podrían cumplir sus ilícitos y abominables deseos: el caballero, muy contento de lo que estaba ordenado, hizo hacer dos llaves, una para una puerta que estaba en un portal grande de la iglesia, y otra para la puerta de la mesma iglesia, y porque el monasterio estaba algo lejos del pueblo, él se fué al medio de una noche que hacía muy escura, en un caballo, sin llevar ninguna compañía, por que su negocio fuese más secreto. Y dejando arrendado el caballo en cierta parte conveniente, se fué al monasterio, y en abriendo la primera puerta vió que la de la iglesia estaba abierta, y que dentro había muy gran claridad y resplandor de hachas y velas encendidas, y que sonaban voces como de personas que estaban cantando y haciendo el oficio de un difunto: él se espantó y se llegó á ver lo que era, y mirando á todas partes vió la iglesia llena de frailes y clérigos, que eran los que estaban cantando aquellas obsequias, y en medio de sí tenían un túmulo muy alto, cubierto de luto, y alrededor de él estaba muy gran cantidad de cera que ardía, y así mesmo los frailes y clérigos y otras muchas personas que con ellos estaban, tenían en las manos sus velas encendidas, y de lo que mayor espanto recibió fué de que no conocía á ninguno, y después de haber estado un buen rato mirando, llegóse cerca de uno de los clérigos y preguntóle que quién era aquel difunto por quien se hacían aquellas honras, y el clérigo le respondió que se había muerto un caballero que se llamaba, nombrando el mesmo nombre que él tenía, y que le estaban haciendo el entierro: el caballero se rió, respondiéndole: «Ese caballero vivo es, y así vos os engañáis.» El clérigo le tornó á decir: «Más engañado estáis vos, porque cierto él es muerto y está aquí para sepultarse»; y con esto tornó á su canto. El caballero, muy confuso de lo que le había dicho, se llegó á otro, al cual hizo la mesma pregunta, y le respondió lo mesmo, afirmándolo tan de veras, que le hizo quedar muy espantado, y sin esperar más se salió de la iglesia, y cabalgando en su caballo se comenzó á volver para su casa, y no hubo dado la vuelta, cuando dos mastines muy grandes y muy negros le comenzaron á acompañar uno de una parte y otro de la otra, y por mucho que hizo y los amenazó con la espada, no quisieron partirse de él hasta que llegó á su puerta, donde se apeó y entró dentro; y saliendo sus criados y servidores, que le estaban esperando, se maravillaron de verle venir tan demudado y la color tan perdida, entendiendo que le había acaecido alguna cosa; se lo preguntaron, persuadiéndole con grande instancia á que se lo dijese. El caballero se lo fué contando todo particularmente, hasta

entrar en su cámara, donde, acabando de decir todo lo que había pasado, entraron los dos mastines negros, y dando asalto en él le hicieron pedazos y le quitaron la vida, sin que pudiese ser socorrido: y así salió verdad lo de las obsequias que en vida le estaban haciendo.» Á esta espeluznante narración contesta otro de los personajes que intervienen en el diálogo: «Ese pagó lo que merecia su pecado, y así había Dios de permitir que fuesen castigados todos los que intentan de violar los monasterios, tan en ofensa de su servicio; y yo no podré juzgar de lo que habéis dicho, sino que Dios soltó la mano á dos demonios, que eran esos dos mastines, dando lugar á que tan cruelmente castigasen una maldad tan grande y que también lo merecía, y también podrían ser verdaderamente mastines que, guiados por los demonios, viniesen á hacer aquella obra y lo despedazasen, siendo permitido por la majestad divina; y por ventura aquellas fantasmas que vió que en hábitos de frailes y clérigos estaban celebrando sus obsequias, fué para que, conociendo su grave yerro y delito, se arrepintiese y pidiese perdón de él; y lo mesmo fué lo de la compañía que los mastines hasta su casa le hicieron.»

Esta espantable relación debió de inspirar á Lope—según da á entender Menéndez y Pelayo (1)—la peregrina idea de hacer que en la comedia *El vaso de elección San Pablo*, el apóstol de los gentiles, que es el protagonista de la obra, presencie su propio entierro «cual otro estudiante Lisardo ó capitán Montoya».

En las *Soledades de la vida y desengaños del mundo* que el doctor Cristóbal Lozano publicó bajo el nombre de su sobrino Don Gaspar, obra de la cual se hicieron muchas ediciones (2), está descrito el mismo estupendo milagro: allí la monja enamorada se llama *Teodora*, y su seductor es *Lisardo, el estudiante de Córdoba*, á quien Espronceda, enamorado de su audacia y bizarría, imitó en *El estudiante de Salamanca*.

Para concluir con los antecesores de *El capitán Montoya*, es necesario mencionar que la calle del Bonetillo, en Madrid, toma nombre de una tradición muy parecida á la de aquel galanteador de religiosas (3), y, finalmente, que

---

(1) *Obras de Lope de Vega*, edición de la Academia Española, t. III. Madrid, 1893.

(2) La primera, según D. C. A. de la Barrera, se titula *Los monjes de Guadalupe. Soledades de la vida y desengaños del mundo.* (*Novelas y comedias ejemplares*, compuesto por el licenciado Don Gaspar Lozano. Madrid, 1658, 4.º)

(3) Fernández de los Ríos, en su *Guía de Madrid*, refiere, tomándolo de un libro de cierto señor Capmany, que no es el autor de la *Filosofía de la elocuencia*, que en el siglo XVI había en el barrio de Santa Cruz un clérigo llamado Don Juan Henríquez, «hombre intrépido y pendenciero, frecuente en las ca-

en una obra de propaganda religiosa del siglo XVIII (1), y en dos romances anónimos (2) menos que medianos inspirados sin duda por el libro de Don Cristóbal Lozano, aparece reproducida la historia de *Lisardo el Estudiante*, idéntica á la del personaje popularizado por Espronceda y Zorrilla.

Tanto como abundan los antecedentes de *El capitán Montoya*, escasean los de *Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan.*

No recordamos argumento de obra teatral ó novelesca ni tradición popular de donde se pueda decir que está su asunto tomado directamente; pero basta fijarse en él para comprender que no es fruto de la inspiración de un poeta contemporáneo nuestro, sino relación de un caso sucedido ó imaginado en época lejana. Lo brutal de la venganza que allí realiza el protagonista, dimana de aquel altísimo pero erróneo concepto del honor que sirve de base á tantos dramas del siglo XVII, donde la energía de los caracteres, el interés de la acción y la belleza del lenguaje hacen olvidar lo falso y monstruoso de las ideas. El astuto ensañamiento de *Ruy Pérez;* la premeditada crueldad con que sacrifica despiadadamente al inocente y al culpable, repugnan á la conciencia tanto como la razonada barbarie con que el *Don Lope* de *El médico de su honra* ordena que hagan á su mujer una sangría suelta, ó la ira reflexiva con que el *Don Gutierre* de *A secreto agravio, secreta venganza*, abrasa á la suya entre las llamas de un incendio. Aún más repulsiva que la conducta de estos dos celosos es la de *Ruy Pérez*, el cual viola á la esposa de su ofensor, se hace ó finge fraile, infunde en él sospechas, las aviva por largo tiempo, luego le oculta en lugar conveniente, valido de su estado religioso confiesa á la infeliz dirigiéndola

---

sas de juego y de un genio conspirador, pero muy relacionado con el príncipe Carlos de Austria, hijo de Felipe II, al que daba malos consejos contra su padre, ó al menos había sospechas de ello, motivo porque el cardenal Espinosa le prohibió visitar al Príncipe.» Volvía Henríquez una noche á su casa cuando encontró un entierro; sobre el féretro llevaban un cáliz y un bonete; acercóse á preguntar de quién era, y le contestaron que de Juan Henríquez: asombrado el clérigo, repitió cuatro veces la pregunta, y otras tantas le repitieron que era su propio entierro: corrió á su casa, y encontró una mesa cubierta con paño negro y cuatro blandoncillos encendidos: preguntó á los vecinos quién era el difunto, y se encontró con que huían de él, creyéndole aparecido. Á la mañana siguiente fué á Santa Cruz y le enseñaron el libro en que constaba su partida de defunción y la provisión de su plaza en la parroquia. Al volver á su casa encontró la puerta clavada, y lo que era peor, estaba esperándole un familiar del Santo Oficio, que le llevó á los calabozos de la Inquisición de Toledo. En el tejado de la casa apareció sobre un palo un bonete encarnado, del cual tomó su nombre la calle del Bonetillo.

(1) *Luz de la fe y de la ley: entretenimiento cristiano entre Desiderio y Electo, en diálogo y estilo parabólico para enseñanza de ignorantes en la doctrina cristiana*, por Fray Jaime Barón y Arín. Fol.º Barcelona, 1762.

(2) *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, t. XVI; II del *Romancero* de Don Agustín Durán, romances números 1271 y 1272, págs. 264 y 266.

preguntas solapadas, logra que declare con apariencias de culpa lo que fué crimen perpetrado por él mismo, y cuando el marido sale del escondite y la mata, suelta una carcajada y le dice: «*Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan.*»

Indudablemente hay en tales caracteres belleza artística, porque ésta existe casi siempre en el dolor humano cuando es tan grande que puede llegar á semejantes extremos. El mal es á veces hermoso; y más si, como aquí, toma origen de cierta elevación de sentimientos que por ocultos caminos se bastardean y pervierten; pero este linaje de honor sañudo y rencoroso, con los rasgos calderonianos que ofrece en la leyenda de que hablamos, supone una aberración del sentido moral, si explicable dados los prejuicios de la sociedad española de los Austrias, incompatible de todo punto con las ideas modernas. En esta consideración principalmente, en el intenso sabor de época que tienen los afectos y hechos descritos, y en la circunstancia de haber tomado Zorrilla repetidas veces de libros antiguos asuntos análogos, nos apoyamos para creer que tampoco éste fué ideado por él. Sus orígenes, á pesar de la estructura y los tipos eminentemente dramáticos que intervienen en la acción, no deben de radicar en obra escrita para el teatro, por no consentirlo el criminal empleo que en ella se hace del sacramento de la confesión; se hallarán más probablemente en algún *fabliau* francés, en alguna novela trágica imitada de las del Bandello, en romances de cordel ó en novelistas de segundo y tercer orden del siglo XVII, hoy con razón apenas leídos, porque su ridículo culteranismo hace insoportables aun las aventuras que, descritas lisa y llanamente, pudieran causar legítima impresión artística.

Príncipe y Rey es el largo relato de una aventura de Enrique IV, empezada siendo heredero del trono y concluída cuando ya es en Castilla soberano.

Del curso de la leyenda no se puede colegir si la *Doña Inés* á quien Zorrilla presenta primero enamorada y correspondida del Monarca, luego cruelmente abandonada, es Doña Catalina de Sandoval, Doña Guiomar de Castro ó alguna otra de las damas que, según los cronistas de aquel tiempo, tuvieron *pendencias de amores* con Don Enrique. Sea ella quien fuere, ni lo que pasa entre los amantes despierta interés, ni los lances están bien enlazados, ni aparece claro y justificado aquel terrorífico episodio en que el marido de la favorita corta á una hermana de ésta la cabeza. No debió de poner el poeta gran cuidado en planear la narración, que parece ideada para intercalar en ella uno de los trozos descriptivos más hermosos que brotaron de su pluma: el *Paso de armas de Don Beltrán de la Cueva.*

Todos los historiadores de la villa de Madrid hablan de este alarde de valor y gentileza cuando tratan de la fundación de San Jerónimo el Real.

Diego Enríquez del Castillo, capellán y cronista de Enrique IV, refiere la venida á Castilla de una embajada del Duque de Bretaña para pedir confederación y alianza (1). «Entretanto—dice—que se daba conclusión en la demanda que traía, mandó (el Rey) que fuese hecha gran fiesta; ó por que mejor se mostrase la pujanza de su grande Estado, quiso que se hiciese en una casa suya de bosque, que se dice El Pardo, lugar muy deleitoso y dispuesto, así por la espesura de los montes que alrededor avía, como por los muchos animales que dentro del sitio estaban, que es á dos leguas de Madrid.

»Allí fué aderezada la fiesta muy ricamente, así de atavíos de casa, como de grandes aparadores, en que avía más de veinte mil marcos dorados.

. . . . . .

La fiesta duró cuatro días: el primero se hizo una fiesta de justa de veinte caballeros, diez de cada parte, todos con muy ricos paramentos y atavíos; iba precio de una pieza de brocado y otras dos de terciopelo carmesí para los que mejor lo hiciesen. El segundo día corrieron todos á caballo, é después un juego de cañas, en que avía cient caballeros, cincuenta por cincuenta, los más principales nobles y hijos de grandes que avía en la Corte, todos con jaeces dorados y grandes atavíos de sus personas. El tercero día fué una señalada montería, donde se mataron muchos é diversos animales bravos é peligrosos así á caballo como á pie.

. . . . . .

»El quarto día fué como el Rey tenía entonce por su mayordomo un caballero que se llamaba Beltrán de la Cueva, antiguo hidalgo de los más generosos de Ubeda, persona muy acepta á él, tanto que ninguno de los privados pasados hasta allí tuvo tan grande privanza ni tanta parte en la voluntad del Rey como él solo; é no sin cabsa: que ciertamente avía en él tantas partes de bondad que le hacían merecedor de tanta bondad y prosperidad é bien andanza que le vino. Era grande servidor, é sin enojo para el Rey, y magnífico en sus cosas, cortés é gracioso con todos; hacía liberalmente con los que á él se encomendaban. Era grande gastador, festejeador é gran honrador de los buenos; gran cabalgador de la jineta, gran montero é cazador, costoso en los atavíos de su persona, franco é dadivoso. É como ya oviese alcanzado estado de grand

---

(1) *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, t. LXX; III de *Crónicas*, cap. XXIV, pág. 113.

señor é corazón para ello, acordó que para la torna del Rey y de la Reyna é Embajador con los otros señores á Madrid se hiciese un Paso en el medio del camino, cerca de la villa, en aquesta guisa. Estaba puesta una tela barreada en derredor, de madera, con sus puertas, por donde avían de entrar los que venían del Pardo; en cuya guarda estaban ciertos salvajes, que no consentían entrar á los caballeros é gentiles hombres que llevasen damas de la rienda, sin que prometiesen de hacer con él seis carreras, é si no quisiesen justar, que dexasen el guante derecho. Estaba junto, cabe la tela, un arco de madera bien entallado, donde avía muchas letras de oro muy bien obradas, é avía tal postura, que cada caballero que quebrase tres lanzas iba al arco é tomaba una letra con que comenzase el nombre de su amiga. Avía asimesmo fechos cadahalsos altos, uno para que comiesen é mirasen el Rey y la Reyna con sus damas y el Embaxador; otro para los grandes señores, é otro para los jueces de la justicia.

. . . . . .

»Y como aquel Paso fué cosa señalada, queriendo el Rey honrar su Mayordomo é favorecer su fiesta, mandó allí hacer un Monasterio de la Orden de Sant Jerónimo, que se llama agora Sant Jerónimo del Paso.»

De esta interesante y pintoresca descripción se inspiraron para dar noticia del suceso, primero el admirable prosista Fr. José de Sigüenza en su *Historia de la Orden de San Jerónimo* (1); después Gil González Dávila en el *Teatro de las grandezas de la villa de Madrid* (2); luego Jerónimo de Quintana en su obra titulada *A la muy antigua, noble y coronada villa de Madrid; Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza* (3); y, finalmente, cuantos en épocas posteriores han escrito libros acerca de la capital de España.

Dados los caracteres de aquellas magníficas fiestas, era natural que su descripción se reprodujese é imitara por los aficionados á lo caballeresco. En los años del delirio romántico, cuando el éxito de *El Trovador* puso en moda los amores, raptos, desafíos y batallas entre gentes que vestían greba y gramalla, no había poeta que creyera verdaderamente serlo si no pintaba justas en palenque cerrado ó torneo, á cuyo final aparecía un guerrero misterioso que, venciendo á todos sus adversarios, sin jamás quitarse el yelmo, se marchaba por donde había venido. Zorrilla, siguiendo la costumbre de entonces y dotado de

(1) Madrid, 1600. Imprenta Real, segunda parte, lib. III, cap. XX.
(2) Madrid, 1623. Por Tomás Justi, pág. 237.
(3) Madrid, folio, 1629. Imprenta del Reyno, lib. III, cap. XXXIX.

facultades excepcionales para crear cuadros semejantes, debió de idear la leyenda *Príncipe y Rey*, con objeto de introducir en ella los bellísimos romances que forman *El paso de armas de Don Beltrán de la Cueva.*

La tradición que da origen á *El escultor y el Duque* está citada en las biografías que del Torrigiano escribieron Palomino (1) y Ceán Bermúdez (2). El primero refiere la tremenda desventura del Torrigiano, sin querer nombrar al magnate que tuvo la culpa de su muerte *porque era español y porque no cumplió con las leyes de gran señor, ni aun de caballero.* El segundo, tratando de atenuar el hecho, dice que fué el Duque de Arcos. Ambos tomaron el episodio de Vasari, que al hablar de Torrigiano lo refiere de esta suerte (3):

«Después, trasladado de Inglaterra á España, hizo muchas obras esparcidas en distintos lugares, y que son muy estimadas: entre otras hizo un crucifijo de barro, que es la más admirable cosa que hay en toda España; y en las afueras de la ciudad de Sevilla, en un monasterio de monjes de San Jerónimo, hizo otro crucifijo y un San Jerónimo en penitencia con su león; en la cara de aquel Santo retrató á un viejo criado de Botti, comerciante florentino establecido en España, y una Nuestra Señora con el Niño, tan bella, que fué la causa de que hiciese otra igual para el Duque de Arcos, el cual, para conseguirla, hizo tantas promesas al Torrigiano, que éste pensó hacerse rico para siempre. Terminada la obra, le dió el Duque tantas de aquellas monedas que llaman maravedises, y que valen poco ó nada, que el Torrigiano mandó con ellas dos personas cargadas á su casa, lo que le confirmó mayormente su opinión de haberse hecho riquísimo. Pero habiendo hecho contar y ver á un amigo suyo florentino aquellas monedas, se encontró con que no llegaban á 30 ducados de moneda italiana. Por esta razón, y creyéndose burlado, fué lleno de cólera adonde tenía la figura que había hecho para el Duque, estropeándola toda. Por esto, creyéndose ofendido el español, acusó de hereje al Torrigiano, que fué preso, interrogado diariamente, y mandado de un inquisidor á otro, siendo, finalmente, juzgado acreedor de gravísima pena, la cual no se pudo ejecutar, porque el Torrigiano, á causa de esto, cayó en tan gran melancolía, que estuvo muchos

---

(1) *El Museo Pictórico* y *Escala Óptica*, por Don Antonio Palomino de Castro. Tomo III. *El* (*Parnaso Español pintoresco laureado,* con las vidas de los pintores y escultores eminentes, pág. 353.) Madrid, tres tomos en folio. Sancha, 1795.

(2) *Diccionario Histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España,* por Don Juan Agustín Ceán Bermúdez, t. V, Madrid. Ibarrra, 1800.

(3) *Vite de più eccellenti pittori, scultori e architetti*, scritte da Giorgio Vasari. Milán, 1809, t. VII, página 303.

días sin comer, y fué debilitándose poco á poco, hasta concluir la vida: con no comer se libró de la deshonra en que hubiera caído de ser condenado á muerte, como se temía.» Ceán Bermúdez, aun poniendo singular empeño en dejar limpia de toda sospecha la memoria del Duque de Arcos, declara que «de haber roto la estatua hay tradición por una mano excelente, asida á un pecho, que dicen que fué de la Virgen, y anda vaciada entre los profesores con el nombre de *la mano de la teta*». Añade, sin embargo, que no puede persuadirse á que por ta causa fuera preso Torrigiano, «sino por el exceso de cólera con que se haya comportado en la casa, y á presencia de un personaje tan respetable como el Duque de Arcos».

En mi humilde opinión, la anécdota referida por Vasari no es inverosímil, ni parece ideada por capricho. El pago en maravedises pudo ser broma de mal gusto, imaginada por un gran señor para burlarse de un artista, acción no impropia de aquellos tiempos, en que si es verdad que había nobles ilustrados, no lo es menos que se ponía en tela de juicio si la Pintura y la Escultura son artes liberales: conocido el carácter irascible de Torrigiano, no es absurdo suponer que destrozase la imagen de la Virgen; y admitido esto, las circunstancias de ser extranjero el artista y venir de Inglaterra, tierra de herejes, son más que bastantes para creer que el Duque por despecho y la Inquisición por el criminal exceso de celo á que estaba acostumbrada, pudieron considerar como tremendo sacrilegio el acto de Torrigiano al destruir la escultura, y hasta deleitarse con la esperanza de quemarle vivo. En cambio, la pasión inspirada al Duque por la mujer del artista parece recurso imaginado por el poeta para dar interés á la leyenda.

Para verdades el tiempo, y para justicias Dios, está inspirada en la tradición que da origen al nombre de la calle de la Cabeza en Madrid.

Á principios del siglo XVII, cierto cura rico que en ella vivía fué degollado por un mozo criado suyo, el cual, luego de robarle, emigró á Portugal, donde permaneció algunos años. Cuando supuso que nadie se acordaría del crimen, volvió á la corte y comenzó á darse buen trato. Un día compró en el Rastro una cabeza de carnero, y, tapándola con la capa, echó á andar hacia su posada. Notó un alguacil que el hidalgo dejaba tras sí un reguero de sangre, y, dándole el alto para que se detuviese, le mandó enseñar lo que ocultaba. Quiso el criminal escapar; pero, arremolinándose los curiosos, le cortaron el paso; tuvo que obedecer, y al desembozarse temblando, sacó de bajo la capa, con espanto ajeno y terror propio, no la recién comprada cabeza de carnero, sino la del cura, pavorosa y terrible, como si acabara de separarla de su tronco. Ahorcaron al cria-

do en la plaza Mayor, y Felipe III mandó colocar en la fachada de la casa donde se cometió el crimen una cabeza de piedra, que dió nombre á la calle (1).

Al escribir la leyenda, Zorrilla sustituyó el delito inspirado por la codicia con una venganza motivada por los celos. Dos amigos pretenden á una mujer, que se casa con aquel á quien prefiere: el despreciado mata alevosamente al elegido, y al cabo de algunos años consigue que la viuda, ignorante de su maldad, y consolada, le acepte por esposo. Celébrase la boda; el marido sale á comprar una cabeza de ternera para guisarla él mismo y servirla en el convite con que agasaja á sus amigos, y al volver á su casa llevándola bajo la capa, le sucede exactamente lo mismo que al asesino del cura.

Si hace falta gran dosis de simplicidad para creer tan estupendo milagro, no es necesaria menos para aceptar el que sirve de base al argumento de *Las dos Rosas*, que, á juzgar por su índole, parece proceder de alguno de los muchísimos libros publicados en España y fuera de ella durante los siglos XVI y XVII para espanto de gente sencilla, y en los cuales hallaban los predicadores infinitos ejemplos de toda clase de culpas y escarmiento á todo linaje de pecados. En estas obras abundan los casos de pacto infernal, superstición unas veces admitida y otras rechazada por la Iglesia, pero recurso constantemente aprovechado por clérigos vulgares y novelistas ramplones. Las circunstancias que dan origen al pacto infernal varían desde lo cómico hasta lo trágico, según el ingenio de quien las discurre; mas en lo esencial se diferencian poco. Casi siempre se trata de un hombre desordenadamente codicioso ó enamorado que, para lograr lo que desea, hace llamamiento al diablo. Éste se le presenta en seguida, le propone la celebración de un contrato, obligándole á veces á firmar con su propia sangre, y luego le concede por tiempo determinado, á manos llenas, cuanto era objeto de sus ansias. Á la terminación del plazo por el cual se pactó, el demonio, con ó sin previo aviso, según está de humor, se presenta de nuevo al contratante y se lo lleva al infierno; aunque también suele ocurrir que, ya enseñándole una reliquia, ya rociándole con agua bendita, el pecador ahuyenta al enemigo malo, le estafa sin escrúpulo de conciencia y se queda dispuesto á reincidir en su vicio.

No sucede esto en *Las dos Rosas*. Allí la última escena es verdaderamente terrible, y está descrita con extraordinario vigor. Del asunto de esta leyenda, como del de *Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan*, nos atrevemos á decir que es impropio de un poeta del siglo XIX, y que Zorrilla debió de inspirarse al escribirla en algún *fabliau* francés, acaso en alguna novela trá-

(1) Fernández de los Ríos, *Guía de Madrid*.

gica imitada de las del Bandello ó en alguna comedia devota ó libro ya olvidado, de igual suerte que tomó *La Princesa Doña Luz* en *Los Reyes Nuevos de Toledo*, del empalagoso Lozano, y *Margarita la Tornera* en *La Buena Guarda*, del gran Lope.

Á buen juez, mejor testigo, tiene sus orígenes en dos de los más antiguos monumentos del habla castellana: las *Cantigas*, de Alfonso *el Sabio*, y el libro *Castigos é documentos,* del rey Don Sancho.

La cantiga LIX refiere que en cierto monasterio había una hermosísima monja, la cual, prendada de un galán, resolvió escaparse con él; pero siendo muy devota de la Virgen, no quiso poner por obra su proyecto ni gozar su amor sin despedirse de ella. Fué, pues, á postrarse ante su altar y lloró copiosamente. Al levantarse se aproximó á un crucifijo que allí cerca estaba, y entonces Jesucristo, separando del madero la mano, la pegó una tremenda bofetada, dejándole impresa la señal del clavo en la cara para toda su vida (1).

En los *Castigos é documentos* no está referido el caso con tanta sobriedad, pero en cambio presenta rasgos de más intenso realismo, si tal palabra puede aplicarse á un milagro. Allí la Virgen, cuando ve que la monja está á punto de marcharse, «comienza á dar grandes voces é á decir: «¿Para dó vas, mezquina »de muger? ¿Dejas á mí é al mío fijo por el diablo é desprecias la oracion que »me solias facer?» Á estas voces que la imagen de Santa María daba, saltó el Crucifijo de la cruz en tierra, é comenzó á ir corriendo por medio de la iglesia en pos de la monja, levando los clavos en los pies é en las manos con que estaba pegado en la cruz; é antes que la monja osase salir por el postigo, alzó el Crucifijo la mano derecha é diole muy grand golpe con el clavo en la mejilla, en guisa que toda la manzana del clavo se metió por la una mejilla é sacogela por la otra. De esta ferida que el Crucifijo le dió, cayó en tierra la monja por muerta, é así yogó fasta otro día en la mañana, que nunca entró en su acuerdo. Et en esta guisa se partió la mala obra que ella queria facer, que non se fizo; é el Crucifijo, desque este golpe hobo fecho, tornose á la cruz, bien eomo antes estaba, salvo ende el brazo derecho con que dió la ferida, que siempre lo tovo en aquel estado en que lo tenia cuando la ferida le dió, é hoy dia lo tiene asi por testimonio de lo que fizo, é el elavo con que dió la ferida fincó en las quijadas de la monja» (2).

---

(1) *Cantigas de Santa María*, de Don Alfonso *el Sabio*. Edición de la Academia Española, tomo I, página 86.

(2) *Castigos é documentos*, del rey Don Sancho. *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, tomo LI, página 131.

De lo que acabamos de copiar procede seguramente *A buen juez, mejor testigo*, la mejor leyenda de las contenidas en estos dos tomos, y quizá de cuantas escribió su autor; el cual, dando prueba de exquisito sentido artístico, no aprovechó del mencionado relato sino aquellos rasgos en que la intervención de lo sobrenatural tiene indudable grandeza; es decir, la doble acción de hablar el Cristo y separar la mano de la cruz. Lo que sigue en la fábula del siglo XIV prolongando la escena hasta hacerla fatigosa, y amontonando detalles que pueden parecer poco serios, ha sido cercenado con indiscutible acierto. Para dar lugar al milagro, Zorrilla, en vez de la fuga de la monja, situación parecidísima á la de *Margarita la Tornera,* ideó un cuento de amores. *Diego Martínez* seduce á *Inés de Vargas;* cuando ésta le pide que remedie su honor perdido, él contesta que se marcha á Flandes por un año, pero que se casará con ella al volver de la guerra. *Inés*, no satisfecha con la palabra así empeñada, le exige juramento ante el Cristo de la Vega. El galán jura, parte á Flandes, vuelve de capitán pasados tres años, y al encontrarse con la pobre muchacha, á quien engañó vilmente, finge no conocerla. *Inés* le cita ante el juez *Don Pedro Ruiz de Alarcón*, y el juicio se verifica con tales caracteres de naturalidad en lo que es humano, y tan hermosa sobriedad en la intervención de lo divino, que produce asombroso y conmovedor efecto.

Pregunta *Don Pedro* á *Diego Martínez:*

—¿Conocéis á esta muchacha?
—Há tres años, salvo error.
—¿Hicísteisla juramento
De ser su marido?
—No.
—¿Juráis no haberlo jurado?
—Sí juro.
—Pues id con Dios.
—¡Miente!—exclamó Inés llorando
De despecho y de rubor.
—Mujer, ¡piensa lo que dices!
—Digo que miente: juró.
—¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—Capitán, idos con Dios,
Y dispensad que, acusado,
Dudara de vuestro honor.—
Tornó Martínez la espalda
Con brusca satisfacción,
É Inés, que lo vió partirse,
Resuelta y firme gritó:
—¡Llamadle! Tengo un testigo.

Llamadle otra vez, señor!
Volvió el capitán don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcón,
La multitud aquietóse,
Y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razón.
—¿Quién?
—Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó,
Mirándonos desde arriba.
—¿Estaba en algún balcón?
—No; que estaba en un suplicio
Donde há tiempo que expiró.
—¿Luego es muerto?
—No, que vive.
—Estáis loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?
—El Cristo de la Vega,
Á cuya faz perjuró.—
Pusiéronse en pie los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:
—La ley es ley para todos:
Tu testigo es el mejor;
Mas, para tales testigos,
No hay más tribunal que Dios.
Haremos..... lo que sepamos.
Escribano: al caer el sol,
Al Cristo que está en la Vega
Tomaréis declaración.

Por orden del juez bajan á la Vega el perjuro *Diego Martínez*, la pobre *Inés*, su padre y el pueblo todo, presente á la tremenda apelación.

Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los pies alzados del suelo
Poco menos de una vara.
Hacia la severa imagen
Un notario se adelanta,

De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
Á un lado tiene á Martínez,
Á otro lado á Inés de Vargas;
Detrás al Gobernador,
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusación entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta:
—*Jesús, Hijo de María,*
Ante nos esta mañana
Citado como testigo
Por boca de Inés de Vargas:
¿Juráis ser cierto que un día,
A vuestras plantas divinas,
Juró á Inés, Diego Martínez
Por su mujer desposarla?
Asida á un *brazo desnudo*
Una *mano atarazada,*
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y, allá en los aires, ¡Sí JURO!,
Clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen santa.....
Los labios tenía abiertos,
Y una mano deslavada.
. . . . . .

Nada falta ni sobra: lo externamente artístico, lo que se ve con los ojos, tiene forma y color; las cosas bulto, las personas vida; lo que ha de herir el sentimiento está dicho con aquellas palabras que mejor pueden expresarlo. La severa gravedad de las preguntas; la terrible concisión de las repuestas; las pocas y firmes pinceladas que bastan á retratar la ansiedad del auditorio; el rasgo inesperado con que el juez, á un tiempo piadoso y justiciero, manda que se tome declaración á la imagen; la forma entre curialesca y devota con que el escribano lo hace; finalmente, el sencillo y pavoroso milagro mediante el cual resplandece la verdad, crean primero la ilusión completa del suceso, y después producen ese estupor que asalta el ánimo cuando se le presenta lo prodigioso con aspecto verosímil y lo imposible revestido con los caracteres de lo real. Jamás escribió nada Zorrilla con tan vigorosa sencillez, y pocas veces en la poesía castellana adquirió una ficción popular tamaña grandeza. La impresión que causa el final de la leyenda, como la que se siente ante el Cristo de Velázquez, agita con igual fuerza el alma del creyente y del incrédulo; porque arranca de aquella sobe-

rana facultad de percibir y crear la belleza donde tienen su punto de reposo y hallan su hora de deleite todas las contradicciones del espíritu humano.

La Sorpresa de Zahara es un episodio de las luchas que precedieron á la conquista de Granada. Fué desastroso para los cristianos, y de él hablan nuestros cronistas é historiadores Hernando del Pulgar (1), el bachiller Andrés Bernáldez, cura de los Palacios (2), Zurita (3), Mariana (4), Mármol (5) y otros. Pero, á juzgar por la exactitud con que Zorrilla aprovecha ciertos detalles, primero lo tempestuoso de la noche en que sufrió asalto la plaza, y luego los tristes vaticinios con que el pueblo moro comentó la crueldad de su rey, debió de inspirarse en la *Historia de la dominación de los Árabes en España*, de Conde, que refiere el caso de esta suerte: «Entrado el año de ochocientos ochenta y seis (6), como tuviese noticia (el rey Abul Hacen) del descuido de los cristianos en la frontera, allegó su escogida caballería y fué con gran diligencia sobre Zahara, fortaleza que está entre Ronda y Sidonia y la tenían los cristianos bien defendida. Llegó á ella una noche obscura, tempestuosa y de lluvias y grandes huracanes; toda la naturaleza se oponía á este improviso rompimiento; pero pudo más el ánimo y recia condición de Abul Hacen que las saludables reconvenciones y consejos de sus valíes, y que la aciaga y amenazadora faz del cielo. Acometió con bárbaro ardimiento á las puertas de la fortaleza, y escaló por diferentes partes sus bien torreados muros. Los cristianos, atemorizados y sin saber adónde más debían acudir, no pudieron resistir el ímpetu de los muslimes; gran parte de ellos fueron muertos á filo de espada, y los demás, cautivos, fueron llevados en triunfo á Granada. El rey Abul Hacen mandó fortificar el pueblo, dejó en él buena guarnicion y se volvió á Granada muy satisfecho y contento del venturoso fin de su empresa. Acudieron los Xeques y Alfakíes de la ciudad, y toda la nobleza, á dar al Rey la enhorabuena de su conquista, y se dice que el Xeque Macer, anciano Alfakí, dijo con mucho valor al salir del Alcázar: «Las ruinas de este pueblo caerán sobre nuestras cabezas; ojalá

---

(1) *Crónica de los muy altos y muy poderosos don Fernando é doña Isabel.* Parte tercera. *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, tomo LXX, pág. 366.

(2) *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, cap. LI. *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, tomo LXX, pág. 605.

(3) *Anales de Aragón.* Zaragoza: Lanaja, 1610. Tomo IV, cap. XLII, pág. 313.

(4) *Historia de España*, libro XXV. Madrid: folio; Ibarra, 1780. Tomo II, págs. 544 y 545.

(5) *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada.* Folio. Málaga, 1600. Libro I, capítulo XII, folio 14.

(6) Al publicar Zorrilla por primera vez esta leyenda en *El Español* con el subtítulo *Romance de 1481*, rectificó el error de Conde, que da como verificado el suceso cinco años antes.

»mienta yo; que el ánimo me da que el fin y acabamiento de nuestro señorío »en España es ya llegado» (1).

Tales son, hasta donde ha podido inquirir mi diligencia, los antecedentes de estas leyendas.

En ellas hemos visto que, ya procedan de la vida de un personaje real ó imaginado, de un suceso histórico ó de una obra literaria, hay en todas algo que les es común, cierto reflejo del alma nacional, cuyas virtudes y errores copian ó interpretan con rasgos que tan pronto retratan fielmente lo verdadero, como embellecen lo falso.

Según acabamos de ver, y pudiéramos seguir demostrando, Zorrilla no ideó los asuntos de sus composiciones, sino que los tomó del fondo común de nuestras glorias históricas ó literarias: por donde, si la originalidad consistiese en la prioridad de la creación, no podría llamársele original; pero á nadie se le ha ocurrido regatearle esta condición, porque la originalidad artística no consiste en la invención propiamente dicha, sino en el carácter propio de los modos de expresión, que abarcan desde la tendencia impresa al pensamiento, hasta la forma en que se exterioriza. No importa que los argumentos de las leyendas de Zorrilla estén tomados de pasajes de crónicas, libros devotos ó romances vulgares: con todo eso, que era de quien quería aprovecharlo, hizo él algo que no consiguieron otros: reconstruir, restaurar en la imaginación del pueblo una España tradicional que, si no es rigurosamente verdadera, es, en cambio, espléndidamente artística. Este instinto, propicio á percibir lo bello al través de los tiempos, y su prodigioso manejo del lenguaje, forman la personalidad de Zorrilla. Nadie sintió como él la grandeza ó la melancolía que, aun despoblados y ruinosos, inspiran los alcázares y palacios donde formaron nido las águilas de nuestros escudos; nadie como él comunicó al espíritu el medroso misterio que envuelve los cruceros de los templos, donde desde el oro hasta la piedra todas las cosas contribuyen á exaltar la fe del creyente; ni percibió nadie la piedad humilde representada por las pobres ermitas perdidas entre los peñascales de las sierras; nadie pintó mejor aquellas muchedumbres turbulentas de soldados y estudiantes, clérigos y aventureros, palaciegos y golillas, para quienes el rey, la religión y el amor eran causa constante á desplegar valor y bizarría; ningún otro poeta dibujó con tan lisonjera delicadeza los tipos de mujer que en el claustro ó en el siglo daban el pensamiento á Dios y el albedrío al amante.

---

(1) Conde. Tomo III, cap. XXXIV, pág. 210.

De esta fácil aptitud para sentir y reflejar lo pasado, nace en Zorrilla el amarlo con exceso. Tradicional y sagrado, castizo y bueno, llegan para él á ser sinónimos: lo viejo le parece siempre preferible á lo moderno, y esta inconsiderada apoteosis de lo antiguo imprime á la totalidad de lo que produjo un sello absolutista y místico, ajeno y contradictorio á su época; en una palabra, profundamente reaccionario. Sus elementos poéticos son la soberana voluntad del rey, la sumisión del vasallo, la fuerza de las armas, la devoción supersticiosa, el milagro absurdo, cuanto estaba herido de muerte por la razón y la historia cuando comenzó á escribir. Él mismo lo dijo: «Me he hecho aplaudir por la Milicia nacional en dramas absolutistas como los del rey Don Pedro y Don Sancho; he hecho comprar y leer mis poesías religiosas á la generación que degolló á los frailes, vendió sus conventos y quitó las campanas de las iglesias; he dado un impulso casi reaccionario á la poesía de mi tiempo; no he cantado más que la tradición y el pasado; no he escrito una sola letra al progreso ni á los adelantos de la revolución; no hay en mis libros ni una sola aspiración al porvenir (1).»

Todo ello es cierto; sin embargo, su popularidad fué grande y su gloria es justa. Los partidarios de lo tradicional le aclamaron porque favorecía sus ideas: los amantes del progreso no quisieron ver en él más que al artista (2).

Los tres grandes poetas de la España de entonces son: Quintana, que en-

---

(1) *Recuerdos del tiempo viejo,* tomo I, pág. 232.

(2) En periódicos, al día, según era necesario dar al público noticia de sus triunfos, se ha escrito mucho sobre Zorrilla: en libros, poco. La Biografía y el Prólogo hechos, respectivamente, por Ildefonso de Ovejas y Pastor Díaz para la edición de las obras del poeta publicada en París en 1864, más bien que verdaderos estudios críticos, son panegíricos entusiastas. Zorrilla y sus obras están comprendidos con mayor clarividencia de la época y del hombre, y juzgados con criterio original y moderno, en el Prólogo que puso Don Isidoro Fernández Flórez al drama *Traidor, inconfeso y mártir* en los *Autores Dramáticos Contemporáneos*, Madrid, 1881-82, t. II. Sus brillantes páginas forman una semblanza que da exacta idea del poeta y del carácter de su tiempo. Merece también citarse el hermoso capítulo que le consagra en su *Historia de la Literatura Española Contemporánea*, t. I, Madrid, 1891, el Sr. Blanco y García.

Finalmente, con la publicación de estas LEYENDAS ha coincidido la de unos artículos de mi querido y venerado maestro Don Juan Valera en *La Ilustración Española*, acerca de *La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX*. Allí, aunque en poco espacio, están puestas en claro las contradicciones del espíritu de Zorrilla, elogiadas según merecen sus facultades descriptivas y su sentimiento de la Naturaleza, y, en una palabra, analizado su fértil y confuso temperamento literario. Don Juan Valera, sin que le ciegue la admiración que unas veces siente leyendo al poeta, y sin perder la serenidad por lo que las ideas de éste difieren de las suyas propias, ya envolviendo los juicios en el más delicado *humorismo*, ya formulándolos con aquella nitidez de expresión que le es peculiar, fija de un modo definitivo los méritos del autor de *Don Juan Tenorio* y el lugar que le corresponde en la historia de nuestra lírica contemporánea. Sólo el alto sentido crítico de Valera y su estilo impecable podían, en tan pocos párrafos, dar cabal idea de la personalidad de Zorrilla.

salzó los ideales modernos; el Duque de Rivas, en quien se personificó el movimiento romántico, y Espronceda, que expresó con soberano aliento las pasiones. Después de ellos, Zorrilla es el último trovador: sus leyendas las últimas páginas de nuestro romancero.

No le juzguemos, pues, con el criterio que debiéramos aplicar á un lírico de nuestros días. Si nos desprendemos de todo prejuicio y espíritu de partido, veremos que Zorrilla es el postrero de los que cantaron en versos armoniosos y castizos la hermosura y la fe, la bizarría y el honor, sentidos á la antigua española. Es preciso leerlo en horas hurtadas al ansia de lo por venir; en esos momentos en que las tristezas de lo presente traen al alma la nostalgia de lo pasado: entonces se ve que su poesía, ya con el enervante perfume de los azahares valencianos ó el aroma bravío de las montañas aragonesas, ya embargue los sentidos como aura de carmen granadino, ó infunda al alma el severo recogimiento que trae consigo el crepúsculo de la tarde en las llanuras castellanas, sea dulce ó triste, mística ó caballeresca, cristiana ó árabe, siempre es poesía nuestra, y que aun la desmedida alabanza de lo tradicional se purifica en ella por el ferviente culto á la Patria; manifestación del único amor que hasta cuando se aparta de la razón merece llamarse santo.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

Madrid, Mayo de 1901.

Los versos de Zorrilla no se habían publicado hasta ahora con verdadero lujo. Para que esto fuese posible era preciso que coincidieran el entusiasmo literario de una gran casa editorial y cierto grado de progreso en la reproducción de originales artísticos.

Afortunadamente, creemos que en esta ocasión se han hermanado ambos elementos.

El amor á las letras patrias de Don Manuel P. Delgado, hijo del inolvidable editor que popularizó las primeras poesías de Zorrilla, ha encontrado auxiliar poderoso á su noble propósito en la perfección de procedimientos modernísimos que permiten copiar fielmente y en tirada numerosa los trabajos de grandes pintores y dibujantes.

Para ilustrar estas ocho *Leyendas* se ha conseguido el concurso de nuestros artistas más ilustres. No hemos de alabarles aquí, pues pudiera parecer sospechoso el elogio, aunque en estas mismas páginas está su plena justificación.

La parte material de estos dos tomos ha sido confiada á las casas más afamadas de Viena, París, Barcelona y Madrid: la reproducción artística y la labor tipográfica no tienen hoy mejores manos ni en el Extranjero ni en España.

El editor quedará recompensado por sus sacrificios y desvelos si el público considera que este homenaje á las letras es digno del poeta á quien se dedica y de su Patria.

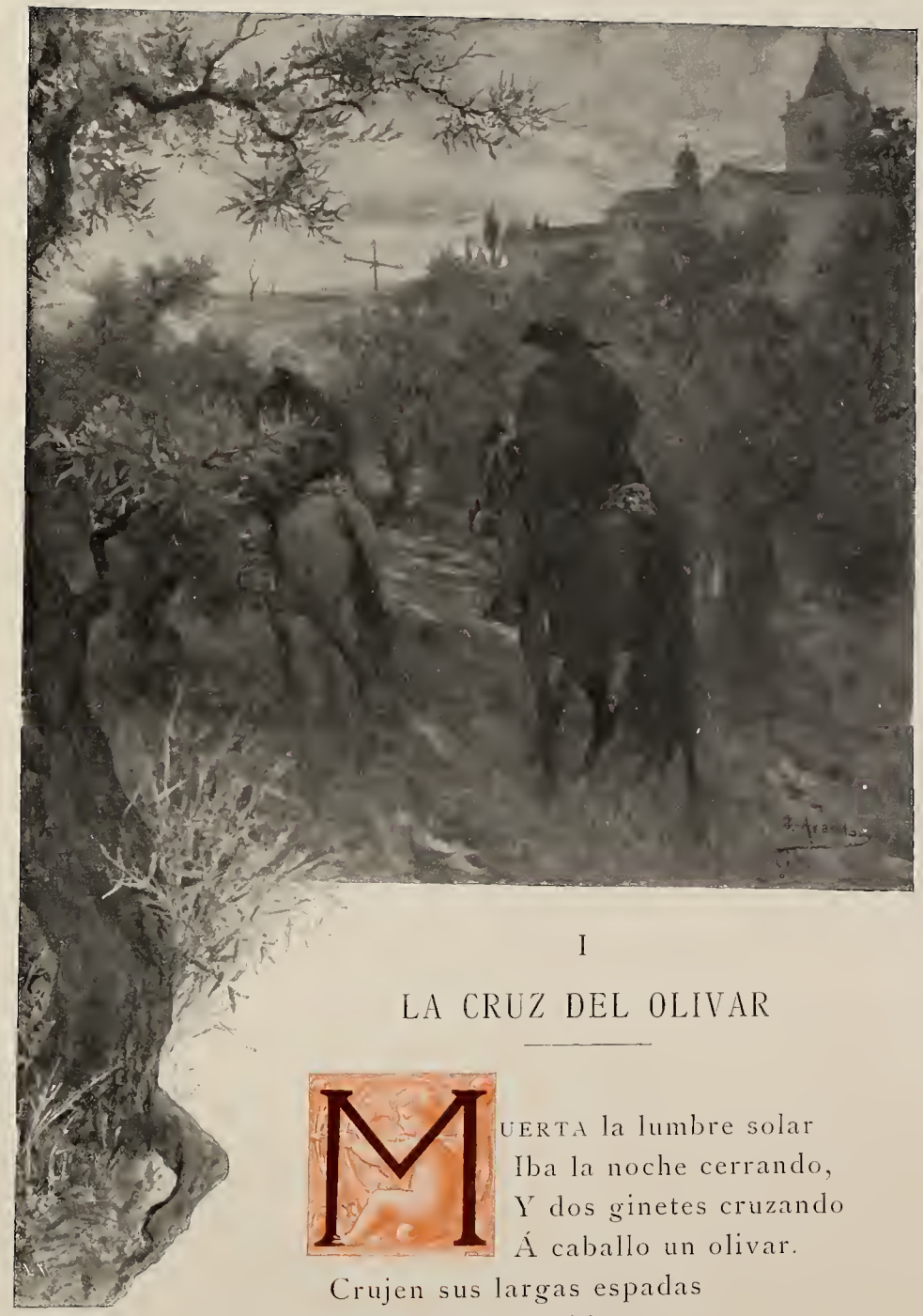
J. O. P.

EL CAPITÁN MONTOYA

ILUSTRACIONES
DE D. JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA

PORTADA ALEGÓRICA Y COMPOSICIONES DECORATIVAS
DE D. ARTURO MÉLIDA

EL
CAPITAN
MONTOYA



I

LA CRUZ DEL OLIVAR

MUERTA la lumbre solar
Iba la noche cerrando,
Y dos ginetes cruzando
Á caballo un olivar.
Crujen sus largas espadas
Al trotar de los bridones,

Y vense por los arzones
Las pistolas asomadas.
  Calados anchos sombreros,
En sendas capas ocultos,
Alguien tomara los bultos
Lo menos por bandoleros.
  Llevan, por que se presuma
Cuál de los dos vale más,
Castor con cinta el de atrás,
Y el de adelante con pluma.
  Llegaron donde el camino
En dos le divide un cerro,
Y presta una cruz de hierro
Algo al uno de divino.
  Y es así; que si los ojos
Por el izquierdo se tienden,
Sotos se ven que se extienden
Enmarañados de abrojos.
  Mas vese por la derecha
Un convento solitario,
En campo de frutos vario
Y de abundante cosecha.
  Echóse á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atrás,
—Aquí, dijo, esperarás.
Y el otro dijo:—Aquí espero.
  Y hacia el convento avanzando
Del caballero, en la obscura
Sombra, se fué la figura
Hasta perderse menguando.
  Quedó el otro en soledad,
Y al pie de la cruz sentado

Siguió inmoble y embozado
En la densa obscuridad.
  Mugía en las cañas huecas
En són temeroso el viento,
Rasgándose turbulento
Por entre las ramas secas.
  Y en los desiguales hoyos
Con las lluvias socavados,
Hervían encenagados
Sin cauce ya los arroyos.
  Ni había una turbia estrella
Que el monte alumbrara acaso,
Ni alcanzaba á más de un paso
Ciega la vista sin ella.
  Ni señal se apercibía
De vida en el olivar,
Ni más voz que el rebramar
Del vendaval que crecía.
  Y al hierro santo amarrados
Ambos caballos estaban,
Y allí en silencio aguardaban,
A esperar acostumbrados.
  Ni de la áspera maleza
Pisada al agrio rumor
Les volvió su guardador
Sólo una vez la cabeza.
  Un pie sobre el otro pie,
Embozado hasta las cejas,
Metido hasta las orejas
El sombrero, se le ve
  Como un entallado busto
De alguno que allí murió,

Y allí ponerse mandó
Por escarmiento ó por susto.
  Ni incrédulo faltaría
Que, si cerca dél pasara,
Medroso se santiguara
Dudando lo que sería.

  Que á quien suele con la luz
Y en compaña blasfemar,
Bueno es hacerle pasar
De noche junto á una cruz.
  Mas esto se quede aquí;
Y volviendo yo á mi cuento,
Digo que dudoso y lento
Gran rato se pasó así.

Y ya se estaba una hora
De espera á expirar cercana,
Cuando sonó una campana
De lengua aguda y sonora.
Y aún duraba por el viento
Su vibración, cuando el guía
Alguien notó que venía
Por el lado del convento.
Sacó la faz del embozo,
Y oyendo el són más distinto,
Echóse la mano al cinto
Y «¿quién va?» el amo y el mozo
Preguntaron á la par;
Mas conocidos los sones,
Asieron de los bridones
Y volvieron á montar.
Y es fama que, menos fiero
El señor con el criado,
Dejóle andar á su lado
Como digno compañero.
Y éste, al ver cuán satisfecho
Volvió de su expedición,
Así la conversación
Introdujo de lo hecho:
—¿Señor? ¿Cómo está la monja?
—¿Y cómo ha de estar, Ginés?
Atortolada á mis pies
Y más blanda que una esponja.
—¿Y pensáis dejarla así?
—¡Dejarla! Ni por asomo:
No sé todavía cómo,
Mas la sacaré de allí.

Que, según lo que yo he visto,
Más quiere la tortolilla
Volar libre por Castilla
Que estar en jaula con Cristo.—
Y aquí el recio vendaval,
En voz y empuje creciendo,
Puso lo que iban diciendo
Para escucharse muy mal.
Y ellos, temiendo que acaso
Les cogiera la tormenta,
Sacaron por buena cuenta
Los caballos á buen paso.

II

CUCHILLADAS EN LA CALLE

En una noche de Octubre
Que las nieblas encapotan,
Ahogando de las estrellas
La escasa lumbre dudosa,
De la ciudad de Toledo
En una calleja corva
Que el paso desde el Alcázar
Á Zocodover acorta,
Es fama que se apostaron
Seis hombres, que grupo forman
De una de las dos esquinas
Á la prolongada sombra.

Murmuraron por lo bajo
Algunas palabras cortas,
Cortas, porque á ellos les bastan,
Bajas, por si hay quien las oiga.
Repartiéronse sus puestos
Con precaución previsora,
Favorable á los que esperan,
Y á los que lleguen dañosa;
Y quedaron en silencio
Casi por un cuarto de hora,
Tan ocultos y pegados
Á la tapia en que se apoyan,
Tan hundidas en la niebla
Sus desvanecidas formas,
Que hubo quien, pasando entre ellos,
Juzgó la calle muy sola.
Caía desde las tejas,
Desprendida gota á gota,
La niebla, que do halla sitio
Calladamente se posa.
Y alguna ráfaga errante
Con tenue voz melancólica
Cruzaba de alguna reja
Las hendeduras angostas.
Se oían de cuando en cuando
Sonar por la calle próxima
Puertas y aldabas de casas,
Pasos y voz de personas.
Mas nada á los apostados
Mueve, anima ó impresiona;
Ni voces, ni transeuntes
Parece que les importan.

Inmóviles permanecen,
Y las sospechas se agotan
Al ver que por ellos pasan
Tanta gente y tantas horas;
Y es imposible atinar
Con el intento que forman,
Cogiendo la calle á espacios
Por ambas aceras toda.
Marcó las once un reloj,
Sonaron tardas y cóncavas
De las once campanadas
Las once pesadas notas;
Y al par que en la callejuela
Los cinco se desembozan,
Alumbrándola por dentro
Luz á una puerta se asoma.
Corriéronse los cerrojos,
Rechinó la llave sorda,
Y un cuadro de luz voluble
Vaciló en piedras y losas.
Traspusieron los umbrales
Tres bultos, y una tras otra
Se oyeron tres despedidas
Que murmuraron tres bocas.
Quitó la luz el de dentro,
Dobló á la puerta la hoja,
Quedó en tinieblas la calle,
Y dijeron fuera: «—¡Ahora!»
«—¡Viles!», gritó el que salía;
Los que esperaban: «—¡La moza,
Dijeron, cuenta con ella!»—
Y á esta palabra traidora,

En dos pedazos la calle
Partida, en música ronca
Crujieron y en lid confusa
De las espadas las hojas.
«—¡Asirla!», dicen los unos;
«—¡Hija, á mi espalda!», en voz torva
Decía el recién salido,
Que las cuchilladas dobla.
«—¡Cómo, decían los unos,
Son dos y tenernos osan!»
«—¡Cómo, murmuraba el otro,
Villanos tientan mi honra!»
«—¡Mueran!», dicen de una parte;
«—¡Vengan!», dicen de la otra;
Y crece de la contienda
La confusión temerosa.
Llueven los tajos sin tino,
Y aunque se tiran con cólera,
Como tirados á ciegas
La mayor parte malogran.
Pero valientes parecen,
Porque se buscan y acosan
Con terquedad tan resuelta,
Que unos de otros se asombran.
Dan, hieren, cubren, atajan,
Tierra ganan, tierra cortan,
Y al ruido de los aceros
La vecindad se alborota.
Sacaron luces por alto,
Gritaron: «—¡Fuego! ¡la ronda!
¡La guardia!» Mas todo inútil,
Porque los tajos redoblan.

Y haciendo el último esfuerzo
La calle entera despeja

(El capitan Montoya acc. 1.

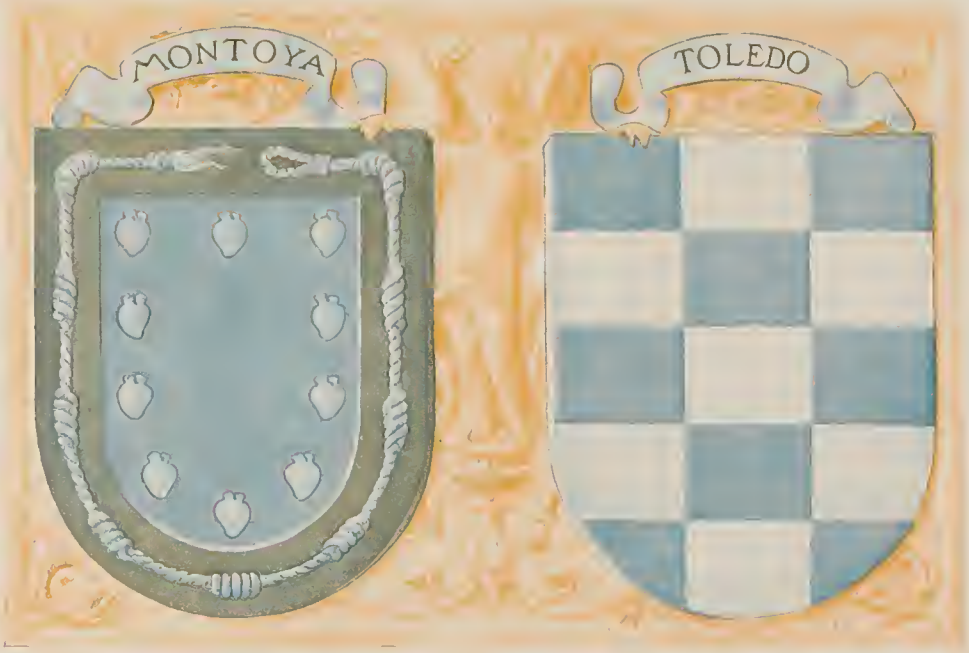
Las mismas luces que sacan
Son de los menos en contra,
Y por doquiera cercados
En sus postrimeras tocan.
En esto la calle arriba
Llegó un mozo á quien abona
Por noble la larga pluma
Con que su sombrero adorna,
Que, excusándose palabras
Y revelándose en obras,
Echó la capa por tierra
Y por aire la tizona.
Púsose en pro de la dama
Como quien hidalgos goza
Pensamientos, y ha nacido
De noble sangre española;
Y anuncióse con tal furia
De cuchilladas, que á pocas
Tendió en la calle dos hombres
En las postreras congojas.
Y tan rápido revuelve
Contra los cuatro que afronta,
Que con una sola espada
Para los cuatro le sobra.
Con tiempo y valor apenas
Para su defensa propia,
Dijo uno de ellos: «—¡Á tanto
Sólo el demonio se arroja!»
Y al escucharle el mancebo,
Dijo con voz poderosa:
«—Con una legión no basta
Para el capitán Montoya.»

Y, haciendo el último esfuerzo,
La calle entera despoja,
Por donde entraba á tal punto
Á todo correr la ronda.

Helios Seguardia Perez

Halló asido de la mano con un hombre al Capitan

(El Capitan Montoya pág. 15)



III

OFERTAS

Cuando llegó la justicia
De la contienda al lugar,
Halló asido de la mano
Con un hombre al Capitán.
Desmayada una doncella
De él se veía detrás,
Por otro hombre sostenida
Con intensísimo afán.
Y cuando ufanos quisieron
Meter su tardía paz,

Oyeron en esta guisa
Al desconocido hablar:
—Fadrique soy de Toledo,
Montoya; no os digo más:
Mi honor os debo y mi hija;
Si tienen precio mirad.
Y vedlo bien, que aunque entrambos
Me demandéis á la par,
Os juro á Dios desde ahora
Que son vuestros, Capitán.
—Lo hecho, dijo Montoya,
Pagado en exceso está
Con la amistad de un Toledo;
Ésta es mi mano, tomad;
Hice lo que debe un noble;
No hablemos en ello más.—
Y asiéndola don Fadrique,
Dijo: «—Montoya, apretad.»
Tornóse después á su hija,
Y volviéndose á nombrar,
Paso le dieron y gente
Con que ir en seguridad.
Tomó cartas la justicia,
Y empezando á *justiciar*
Llevóse en prenda los muertos,
Y citó ante el tribunal
Á los testigos que hubiere,
Incluyendo al Capitán,
Quien, calándose el sombrero,
Replicóles: «—¡Bien está!
Póngame, seor corchete,
Esa capa en caridad,

Y tome esa friolera
Con que entierren á ese par. —
Y echando un bolsillo de oro
De la justicia en mitad,
Fuése, dejando en la turba
Admiración general.
  Y justamente admirado
Merece ser en verdad
Quien da tales cuchilladas
Y tales bolsillos da.

IV

EL CAPITÁN DON CÉSAR

—¡Esa gente es un tesoro!
Él generoso y valiente,
Ella hermosa, ¡y juntamente
La ofrecen pesada en oro!
¿Qué te parece, Ginés?
Cuatro millones la dan.
—¡Gran presa, mi Capitán!
¿La aceptaréis?
—¡Fácil es!
—¿Y la monja?
—¡Eso te aflige!
¡Buenas son ambas por Dios!
Y quien de dos toma dos,
Como hombre avisado elige.

Dicen que parece mal
Que hombre de mi condición
Viva siempre solterón
Derrochando su caudal.
Y á mí también me parece
Que quien tanto tiene y vale,
Pues de lo vulgar se sale,
Más de lo vulgar merece.
La consecuencia te toca;
Si una me dan y otra quito,
Que con dos puedo acredito;
Con que, Ginés, punto en boca.—
Esto dijo el Capitán,
Y pidiendo de vestir
Anunció que iba á salir
Á cierto asunto galán.
Colgóse al cinto la espada
De plata en doble cadena,
Tendió la negra melena
Sobre la gola plegada.
Caló el chambergo de lado,
Y retirando el espejo,
Tornó su postrer consejo
Á repetir al criado.
Doblóse este siervo fiel
En presencia del señor,
Y ganando un corredor
Cruzóle delante de él.
Abrióle de par en par,
Una tras otra, tres puertas,
Que se quedaron abiertas
Mucho después de pasar.

Venia le hicieron gran pieza
Siervos que al paso topó,
Y un paje tras él salió
Descubierta la cabeza.

(*El Capitán Montoya*, pág. 21.)

Venia le hicieron gran pieza
Siervos que al paso topó,
Y un paje tras él salió
Descubierta la cabeza.
Y á fe que se colegía,
Mirando tal homenaje,
Que era mucho personaje
Quien con tal pompa vivía.

Mas ya es tiempo, vive Dios,
De que dé el lector discreto
Con quién es este sujeto
Que anda há rato entre los dos.
Sepa, pues, que el capitán
Don César Gil de Montoya
Es de las armas la joya,
Y de las hembras imán.
Nadie se atreve á afrontallo,
Ni hay quien resista su lanza;
Nadie su poder alcanza,
Sea á pie, sea á caballo.
En liza donde él se mete
Por empeño ó por favor,
Nunca falta justador
Para el último jinete.
En fiesta ó lance que él entra,
Toda opulencia es escasa;
Nadie en lo galán le pasa,
Ni más bizarro se encuentra.
Favorece á quien pregunta,
Obliga á quien aconseja,
Enloquece á quien corteja
Y avasalla á quien se junta.
Audaz con quien enamora,
Manda, cela, acosa, exige,
Y al cabo del mes elige
Nuevo amor, nueva señora.
Un filtro lleva en los ojos
Que fanatiza á quien ama,
Deleite su voz derrama,
Y fuego sus labios rojos.

Mujer que cayó en su red,
Su corazón dejó preso;
Que sorbe con cada beso
Un corazón cada vez.
No hay puerta que le resista
Ni reja que le desaire,
Que entra su amor como el aire;
Con sólo mirar conquista.
Como un sultán opulento,
Como un Adonis hermoso,
Sin par en lo generoso,
Sin igual en ardimiento,
Sol que mata las estrellas,
La fama arrebata toda,
Y es siempre el galán de moda
Entre las damas más bellas.
Resuena desde Toledo
Su nombre por toda España;
Los nobles le tienen saña,
Los bravos le tienen miedo.
Los golillas le desdoran,
Los clérigos le aborrecen,
Los soldados le apetecen
Y los villanos le adoran.
Mas á él le importa un ardite
De tan varia voluntad,
Y toma por la ciudad,
Donde le encuentra, desquite.
Que no hallando ningún Cid,
Ni topando una Lucrecia,
Cuantas conquista desprecia,
Mata cuantos vence en lid.

Tiene un palacio por casa,
Da fiestas por afrentar;
Que no hay quien sepa igualar
Sus profusiones sin tasa.
Sin amigos y sin deudos
Vive sólo para sí,
Y le mantienen así
Sus herencias y sus feudos.
Tan rico y gran bebedor,
No hay medida á sus deseos,
Y pasa entre devaneos
Una existencia de amor.
Y para ahogar su indolencia
Y ocultar que se fastidia,
Juega sin afán ni envidia
Pedazos de su opulencia.
Si gana, sin ver recoge;
Si pierde, paga sin ver;
Y ni en ganar ni en perder
Hay medio de que se enoje.
Y según derrama el oro
Cuando pierde ó cuando presta,
Parece que tiene puesta
Cada mano en un tesoro.
Hay quien de impío le trata,
Y juzga que es mal ejemplo
Que un paje le lleve al templo
Cojín con borlas de plata.
Y que es audacia inaudita
Hincarse al pie de la grada
Y esperar á una tapada
Para darle agua bendita.

Y aun corren de sus amores
Susurros por la ciudad,
Que, á ser ciertos en verdad,
Pueden tornarse clamores.
Que anda entre ellos una llave
Con que se abre un presbiterio.....
Mas el caso es un misterio
Y la verdad no se sabe.
Él sigue ufano y galán,
Y los rumores de que hablo,
Si los sabe, los da al diablo
Satisfecho el Capitán.
Tal es, amigo lector,
El don César de mi cuento:
Si le crees malo, lo siento,
Mas no fué mucho mejor.

Cuanto hay en Castilla entera
En armas y amor ilustre

Gustav Montoya pinx

V

INSUFICIENCIA DEL POETA

Casa don Fadrique á Diana,
Y en su palacio reune
Cuanto hay en Castilla entera
En armas y amor ilustre.
Que es don Fadrique muy rico
Y á origen de reyes sube,
Y sólo el Rey le aventaja
Cuando sus empeños cumple.
Ofreció una noche su hija,
En lance que aun hoy encubre
El misterio de las sombras,
Á un hombre, á quien atribuye

Tantos misterios el vulgo
Como al lance que produce
El repentino consorcio
Que amor y razones une.
Mas aunque pasa la noche
Y ya su presencia urge,
El novio no está en Toledo,
Lo que á sospechas induce.
Mas buenas tiene sin duda
Razones que le disculpen,
Porque, aunque le echan de menos,
Nadie de falso le arguye.
Todos aguardan que llegue,
Y no hay un alma que dude
Que se hallará al dar las diez
En los salones del Duque.
Que él ha marcado esa hora,
Y tal confianza infunde
Su palabra, que no hay prenda
Que más valga ni asegure.
Prosiguen, pues, de la boda
Las fiestas, los brindis crujen,
Y suenan los instrumentos
Voluptuosos y dulces.
Nunca tal gala ostentaron
Los que de grandes presumen,
Ni vió jamás tanta pompa
La asombrada muchedumbre.
Inútil es ponderarla,
Y querer pintarla inútil,
Que fiestas como esta mía
Contándolas se deslucen.

Harto lo llora el poeta,
Mas ¡ay, que por más que luche
Con su voz y con su lira,
La realidad no le suplen!
Hará que sus *creaciones*
En bellos versos murmuren,
Que canten báquicos himnos
Cuando su festín concluyen;
Podrá, cuando más se afane,
De quien su cuento le escuche,
Lograr que se finja apenas
El rostro, las actitudes,
La situación ó el carácter
De los seres que dibuje,
Todo ello pesado y débil
Aunque á lo vano renuncie.
Podrá trazar en un cuadro,
Aunque sombras se le enturbien,
Las principales figuras
De que su historia se ocupe;
Mas la luz, y el movimiento,
Y el todo que las circuye,
La multitud, las comparsas
Que en torno de ellas agrupe,
Que giran, hablan, murmuran,
Van, vienen, bajan y suben,
Las cercan ó las desvían,
Y con ellas se confunden,
Y respiran con su aliento,
Y con impulsos comunes
Con ellas gozan, esperan,
Ríen, cantan, lloran, sufren.....

¡Imposible que lo pinte
Y en la mente lo acumule
Con voz, movimiento y vida
Fácil, palpable, voluble!
¿Cómo contar el tumulto
Que en un momento produce,
En un salón donde danzan,
Un lance que lo interrumpe?
La voz de «—¡Ahí está, señores,
Ahí está!»—que brota y bulle
De boca en boca rodando
Y en derredor se difunde;
Y el són de las herraduras
Del bridón que le conduce,
Que al detenerse en el patio
Hace que el patio retumbe,
Que en las puertas y ventanas
Los que bailaban se agrupen,
Y por ver mejor se empinen,
Se encaramen y se empujen;
Los muchos que, prodigando
Serviles solicitudes,
Bajan á asirle el estribo
Por que les mire ó salude,
Y el salón que dejan solo
Con la alfombra y con las luces,
Y la chimenea, en donde
Chisporrotea la lumbre,
¿Con qué voz, ni con qué lira
Se pinta ó se reproduce,
De modo que quien escucha
Lo concibe y no se ofusque?

¿Cómo el satisfecho porte
Contar con que se descubre
Al apetecido novio
Que por la escalera sube,
Mientras se agolpa por ella
La aturdida servidumbre,
Y al peso de los curiosos
Por ambas barandas cruje?
Avanza, pues; por la sala
La gente se distribuye,
Y éste es el lance más crítico
Que en toda la noche ocurre.
Corre confuso murmullo
Y ancho movimiento cunde,
Mientras asiendo un instante
A sí cada cual acude.
Quién se compone la gola,
Quién los vuelillos se sube,
Quién desencaja una hebilla
Por que el cinturón le ajuste,
Quién se revienta unos guantes,
Y del placer en la cumbre
Las hermosas se sonríen,
Y aunque astutas disimulen,
La vista á un espejo tienden,
La mano á la flor ó al bucle.
La que gracias ó riquezas,
Bien que la pesa, no luce,
Busca á una bella la espalda
Que aunque, la humille, la oculte.
Aquí asoma un pie pequeño,
Allí unos ojos azules,

Acá una falda de encaje,
Allá un airón de tisúes,
Aquí un cuello alabastrino,
Y allí una mano que pule
Un centenar de brillantes
Que por mano y dueño arguyen.
Todo esto en viviente masa,
Con movimientos comunes,
Con existencia uniforme
Que en todo fermenta y bulle,
Que gira ó que vaga á un tiempo,
Se dispersa ó se reune,
Danza ó se asoma, y el ruido
Cesa, aumenta, ó disminuye;
Este momento de atenta
Y afanosa incertidumbre,
¿Quien lo cuenta, ó quién lo canta,
Por más que á la par se junten
La voz y el arpa, sin ver
Que es fuerza al fin que renuncien
La voz y el arpa humilladas
Á empresa donde sucumben?

Desisto, pues, de mi empeño;
Y aunque me da pesadumbre,
El salón de don Fadrique
Quien pueda que se figure.

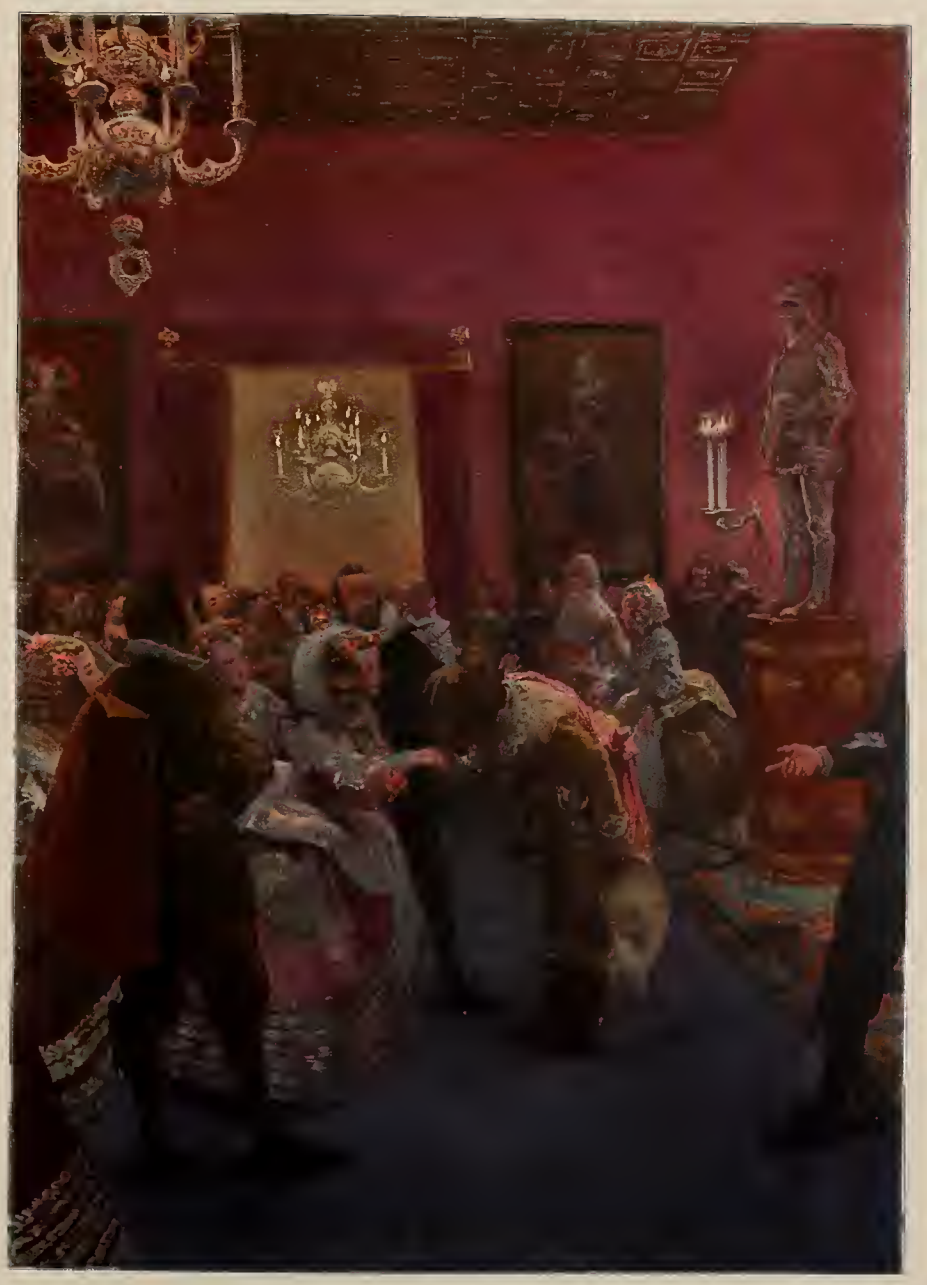
VI

EL NOVIO

Todos los ojos clavados
En la puerta del salón,
Toda la gente del baile
Agolpada en derredor,
En impaciente y atenta
Duda un instante quedó,
Esperando la llegada
Del venturoso amador.
Don Fadrique, Diana y todos
Los parientes que juntó
En su fiesta el noble Duque,
De sus huéspedes en pos

Están al dintel parados,
Que el danzar se interrumpió,
Y ahogaron los instrumentos
Su ya no escuchado són.
Todos inciertos callaban,
Y allá en confuso rumor
Del novio por la escalera
Se percibía la voz,

Como si alguno á su paso
Demandándole atención,
Recibiera una respuesta
De superior á inferior.



tomó
La mano á Diana, y besóla
Con acendrada pasión
(*El Capitán Montoya*, pag. 35.)

«—¿Comprendistes?»—dijo al fin
En voz clara.«—Sí señor»,—
Repuso otra voz humilde;
Y él á replicar volvió:
«—La hora las dos en punto,
La gente nosotros dos.»—
Y de sus anchas espuelas
Áspero compás se oyó.
Cundió general murmullo
De gente por el montón,
La masa de mil cabezas
Adelantándose hirvió,
Moviéndose á un tiempo todas
Para ver y oir mejor;
Y á tal punto por la sala
Con paso resuelto entró
El buen capitán don César,
Cual siempre fascinador.
Echó los brazos al cuello
De don Fadrique, tomó
La mano á Diana, y besóla
Con acendrada pasión.
Y por la estancia avanzando
En tal guisa les habló:
—Señor Duque, hermosa Diana,
Si tardé, mirad que estoy
Pronto desde este momento
Á demandaros perdón.
—Capitán, en vuestra casa
Nadie exige sino vos.
Id, venid cuando os pluguiere
Sin pena y sin restricción,

Que en todo lo que gustareis
Nos daréis gusto y honor.
—Pues cuando os venga en agrado,
Señor Duque, la ocasión
Del notario aprovechemos,
Con la ley cumplamos hoy,
Y atendiendo á ambos mandatos
De justicia y religión,
Hoy nos casarán las leyes,
Mañana temprano Dios.
¿Os place?
—Sí, por mi vida.
—¿Y á vos, Diana?
—¿Tengo yo
Más voluntad que la vuestra,
Mi esposo y libertador?
—Pues de ese modo abreviemos;
Que, aunque por ello aflicción
Siento en el alma, esta noche
Aun mi ausencia no acabó.—
Volvióse á tales palabras
El Duque, y conversación
Siguieron de esta manera
Por lo bajo ambos á dos:
—Don César, ¿lleváis espada?
—Solamente á precaución.
—Sabéis, Capitán, que os debo.....
—Gracias, Duque; aunque de honor,
No es asunto de estocadas,
Sino de tiempo.
—¡Por Dios
Que tomara por agravio

Que, en caso de exposición,
Reclamarais el auxilio
De otro que no fuera yo!
—Dormid sin cuidado, Duque,
Que en todo evento hombre soy,
Y os despertaré mañana.
Volved esta noche vos
Al baile desde la mesa;
Danzad, Duque, sin temor,
Y no os acordéis de mí
Hasta que despunte el sol.—
Y así el Capitán diciendo,
La mano de Diana asió,
Y á otro aposento pasaron
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente
Los contratos en unión;
Volvióse á la danza luego,
Y á la mesa se volvió.
El Duque estuvo gozoso,
El Capitán decidor,
Y Diana hermosa y radiante
Y hechicera como el sol.
Y aunque no faltó un misántropo
Que admirado se mostró
Y auguró mal de esta boda,
Cenando como un león,
Desde la cena, la danza
Tercera vez empezó,
Más que nunca bullicioso
Y pacífico el salón.

Mas justo será añadir,
Como fiel historiador,
Que mientras seguía el baile
Y de los brindis el són,
El Capitán y Ginés
Salían al dar las dos
De la empinada Toledo
Por las puertas del Cambrón.

VII

DOÑA INÉS

Cerraron en un convento
Á doña Inés de Alvarado,
Y obraron con poco tiento,
Porque jamás fué su intento
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,
De noble estirpe nacida,
Pensó libre mariposa
De volar de rosa en rosa
Por el jardín de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
La luz del brillante sol
Y una mente inquieta y loca,
¿Quién puso bajo una toca
Corazón tan español?

¿Qué valen las celosías
Que la aprisionan el ver,
Si en sus bellas fantasías
Adora todos los días
Sus delirios de mujer?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!
Que algunos doctores viejos
Nieguen el mundo para ella,
Si, presintiéndose bella,
Se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sones
Del salterio sacrosanto,
Si las lindas tentaciones
De otro dios y otras canciones
Se la acuerdan entretanto?

¿Cómo abrazar las espinas
Del ayuno y la oración
Como exigencias divinas,
Si hay otras que están ladinas
Punzándola el corazón?

¿Para qué son sus sentidos
Si de nada han de gozar?
¿Qué fué para los nacidos
El mundo á que son venidos
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos
Los mal mutilados rizos,
Si no ha de prender en ellos
Una flor, que hará más bellos
Sus ojos antojadizos?

Doquier que su sombra alcanza,
Curiosa va tras su sombra
Con afanosa esperanza,
Y el pie se ensaya en la danza
Doquiera que halla una alfombra.

Doquier que hablan de virtud,
La causa secreta estudia
De su secreta inquietud;
Doquier que encuentra un laúd,
Un himno de amor preludia.

Tal vez á solas mirando
De su mansión los cerrojos
Las horas pasó soñando,
Y se encontró despertando
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana,
Al ver la inmensa campiña
Donde cruza una aldeana,
Trocar su sayal de lana
Quiso por una basquiña.

Tal vez, al tomar su aguja
Y al bordar un santo nombre,
La santa labor estruja;
Que audaz tentación la empuja
Á delinear el de un hombre.

Y así se la van los días
En suspirar y gemir
Por las bóvedas sombrías
De las largas galerías
Que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,
Y sus labios palidecen,
Y sus pies se debilitan,
Y sus delirios la irritan,
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento
A doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Que bien se ve que su intento
No la llamaba á su estado.

Tal vez desde una ventana,
Al ver la inmensa campiña
Donde cruza una aldeana,
Trocar su sayal de lana
Quiso por una basquiña.

(*El Capitán Montoya*, pág. 42.)

¿Pero qué han visto sus ojos,
Que serenos y radiantes
Há días que sin enojos
Moderaron los antojos
Tras de que corrieron antes?

Ella que ayer esquivaba
Del templo el cantar sonoro
Y la oración la cansaba,
Hoy de rodillas se clava
Ante las rejas del coro.

Ella que ayer distraída
Asistía al gran misterio
Del Redentor de la vida,
Hoy no quita embebecida
Los ojos del presbiterio.

Ella que ayer con el són
Del importuno esquilón
Dejaba el lecho tardía,
Hoy madruga con el día
Y adora la creación.

Ella que ayer descuidada
Olvidaba sus labores,
Hoy noche y día afanada
Multiplica delicada
Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento
Ofrendas del sentimiento,
Bajo formas infinitas,
Sus labores exquisitas
Que orgullo son del eonvento.

Mutaeión inesperada
Que á sus hermanas admira,
Y la oveja descarriada
(Dicen) *del pastor llamada*
Ya á su redil se retira.

Ya vuelve al dulce reclamo
De la dulce compañía
Y á los cuidados de su amo
La blanca oveja que huía
Tan salvaje como el gamo
Nacido en la selva umbría.

Y en secretas reuniones
Dándose la enhorabuena,
Doblaban las oraeiones
Pidiendo á estas inteneiones
Perseveraneia serena.

¡Impertineneia importuna!
¡Oh neeias sin duda alguna
Las pobres siervas de Dios,
Si no aleanzasteis ninguna
Lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto
Su tez la color recobra,
Sus ojos brillo y encanto.....
¿Y pensáis que el fuego santo
Tales maravillas obra?

¿Pensáis que el alma prensada
En la seca soledad
Vuelve á una niña apenada
La pura tez sonrosada
Y el contento y la humildad?

¡Oh necias, que sin recelos
Cubrís el mundo y los ojos
Con vuestros benditos velos,
Cuando á la luz de los cielos
Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! La blanca ovejuela
Que se vuelve á su pastor,
Y cuya vuelta os consuela,
Es tórtola que se vuela
Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban
Clavados en el altar,
El altar no contemplaban,
Que otros ojos no cesaban
Sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,
Pero, pese á los cerrojos,
Lenguas en ojos residen,
Y los espacios se miden
Con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,
Y un hombre la devoraba
Con sus ardientes pupilas,
Y doña Inés se abrasaba,
Y vosotras..... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su exceso,
Ni de la reja á una esquina
Visteis que, perdido el seso,
Tendió la mano, y que un beso
Crujió en la mansión divina.

Ni visteis que, en vez de andar
Al toque de los maitines
Desde su celda al altar,
Solía más tarde entrar
Al atrio de los jardines.

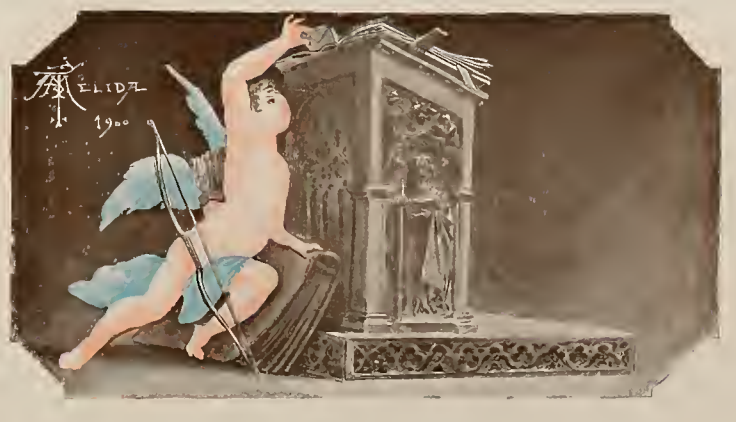
Ni hubo de vosotras una
Que, del paseo celosa,
Abriese ventana alguna
Y viese huir con la luna
Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningún jardinero
Que, al primer canto del gallo,
Viese acercarse rastrero
Un rondador caballero
Que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,
Sus vistosos ramilletes
Que encontraban compradores,
Pudieran de sus amores
Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiando
El sueño de la tornera,
Las llaves manoseando,
Abierta afición mostrando
Del manojo á la tercera.

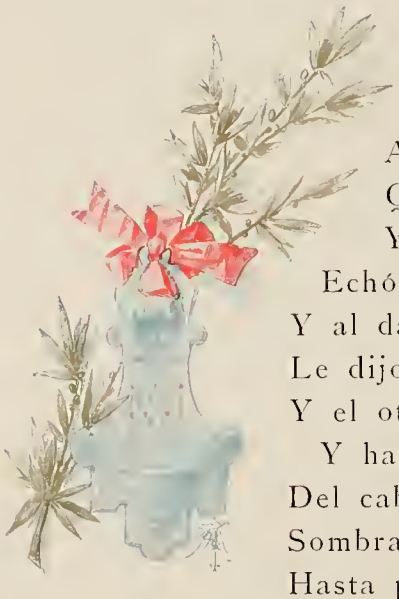
¡Oh! que al abrir un convento
A doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Pues ni han mirado su intento
Ni en el Capitán pensado.



VIII

AVENTURA INEXPLICABLE

Tras grave asunto, á juzgar
Por lo que van espoleando,
Corren dos hombres eruzando
Á eaballo un olivar.
No está la noehe muy clara;
Mas bien se ve al pie de un cerro
Una cruz grande de hierro
Que dos caminos separa.



Y de advertir fácil es,
Aun á los ojos peores,
Que son dos los corredores,
Y los caballos son tres.
Echó pie á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atrás
Le dijo: «—Aquí esperarás.»
Y el otro dijo: «—Aquí espero».
Y hacia el convento avanzando,
Del caballero en la obscura
Sombra se fué la figura
Hasta perderse menguando.
Y aquí, oh mi lector amigo,
Fuerza será que convengas
En que es preciso que vengas
Hacia el convento conmigo.
Sigue mi camino pues,
Y de una verja detrás
Un atrio acaso hallarás
Á pocos pasos que des.
Sube tres gradas, si puedes,
Da un paso más, y con él
Tocarás en el cancel,
Donde es fuerza que te quedes.
¿Ves un hombre que, embozado,
Encorvando la figura
Por la estrecha cerradura
En mirar está ocupado?
Acércate sin temor,
Que lo que alcanza por dentro
No hace temible el encuentro
Del Capitán reñidor.

Gravé par Dujardin Paris

Está el Capitán en pie
En medio de la ancha nave.
Y á la verdad que no sabe
Ni qué pasa, ni que ve.

(El Capitan Montoya, pag 51)

Tú, lector, preguntarás:
«¿Conque el Capitán es ése?»
El mismo, mas que te pese;
Pero hazte un poquito atrás,
Porque, levantando el brazo,
Empuja á espacio la puerta.
Entró, y dejándola incierta,
Sopló el aire y dió un portazo.
Mas veo, lector, que dices,
Sin que pueda replicarte,
Que esto es, llamándote, darte
Con la puerta en las narices.
Mas tu impaciencia sosiega;
Todo lo presenciarás;
Que del poeta á eso y más
El poder mágico llega.
Está el Capitán en pie
En medio de la ancha nave,
Y á la verdad que no sabe
Ni qué pasa, ni qué ve.
El templo mira enlutado
Con lúgubre terciopelo,
Mucha gente haciendo duelo,
Y un féretro en medio alzado.
Vense en el paño del túmulo
Entrelazados blasones,
Y á la luz de los blandones
Un cadáver en su cúmulo.
Monjes le rezan en coro
Tristísimos funerales,
Y le alumbran con ciriales
Pajes de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste
Y que la tumba rodea,
Dado que bien no se vea,
Se ve que de noble viste.
Y parece que, al bajar
El que ha finado á su nicho,
Memoria tuvo capricho
De su opulencia en dejar.
Y al par que su eterna calma
Las oraciones consuman,
Mirras y esencias perfuman
La despedida del alma.
Música triste le aduerme,
Salmodias le santifican,
É hisopos le purifican
El cuerpo que yace inerme.
Mas aquellas oraciones
Y responsorios precisos,
Llevan de anatema visos
Y planta de maldiciones.
A veces son sus compases
Hondos, siniestros, horribles,
Murmurando incomprensibles,
Negras é incógnitas frases.
En són lento, ronco y quedo
Se hacen oir otras veces,
Y entonces aquellas preces
Hielan los huesos de miedo.
Otras semejan aullidos
Discordes, desesperados,
Lamentos de condenados
De los infiernos salidos.

Otras lejanos rumores
Cual de tormentas se escuchan,
Ó de ejércitos que luchan
Los espantosos clamores.
Y siempre siendo los mismos
Los sones que se levantan,
Responsos á un tiempo cantan
Y murmuran exorcismos.
Atónito de la escena
Extraña y aterradora
Que encuentra tan á deshora
Y le asombra y enajena,
Don César con paso lento,
Entre la turba mezclado,
Dirigióse á un enlutado
Que oraba en aquel momento.
«—¿Quién es el muerto, sabéis,
(Dijo) á quien rezando están?»
Y él respondió: «—El capitán
Montoya: ¿le conocéis?»
Mudo quedó de sorpresa
Don César oyendo tal,
Mas no lo tomó tan mal
Como tal vez le interesa.
Volvióle la espalda pues,
Diciendo: «—Me ha conocido,
Y burlárseme ha querido;
Mas luego veré quién es».
Siguió la iglesia adelante,
Y una capilla al cruzar,
Vió un sepulcro preparar,
Entre otros varios, vacante.

Y á un personaje que halló
De luto, y que parecía
Que el trabajo dirigía,
El Capitán se acercó.
«—¿Para quién abren la hoya?»
Le dijo; y el enlutado
Le contestó de contado:
«—Para el capitán Montoya».
Mudósele la color
Á don César; mas repuesta
Su calma, al de la respuesta
Volvió entre risa y furor.
Miróle de arriba abajo,
Pero no le conoció;
Segunda vez le miró,
Pero fué inútil trabajo.
Ni recordó que quizás
Le hubiese visto la cara,
Ni imaginó que la hallara
Tan repugnante jamás.
Que encontró en ella tal gesto
De aterradora hediondez,
Que, por no verla otra vez,
Dejó caviloso el puesto.
Fuése á otro punto á situar
Diciendo: «—¡Ese hombre estremece!
De aquel sepulcro parece
Que le acaban de sacar».
Uno tras otro se puso
Á contemplar los que vía,
Mas á nadie conocía,
De lo que andaba confuso.

« —¿Para quién abren la hoya?»
Le dijo; y el enlutado
Le contestó de contado:
« — Para el capitán Montoya».

(*El Capitán Montoya*, pág. 54.)

Tenían todos las caras
Descoloridas y secas,
Y dijeran que eran huecas,
Á más de antiguas y raras.
Cansado de fiesta tal,
Y á impulso de una aprensión,
Llegóse á un noble varón
Que oraba con un cirial.
Cabe él la rodilla apoya,
Y dícele ya con miedo:
«—¿Quién es el muerto?» Y muy quedo
Contestó el otro: «—Montoya».

Del catafalco á los pies
Llegó entonces decidido,
De aquella duda impelido,
Á ver el muerto quién es.

Por los monjes atropella,
Trepa al túmulo, la caja
Descubre, ase la mortaja,
Y él mismo se encuentra en ella.
Miró, y remiró, y palpó
Con afán hondo y prolijo,
Y al fin, consternado, dijo:
«¡Cielo santo, y quién soy yo!»

Miró la visión horrenda
Una y otra y otra vez,
Y nunca más que á sí mismo
En aquel féretro ve.
Aquél es su mismo entierro,
Su mismo semblante aquél:
No puede quedarle duda,
Su mismo cadáver es.
En vano se tienta ansioso;
Los ojos cierra, por ver
Si la ilusión se deshace,
Si obra de sus ojos fué.
Ase su doble figura,
La agita, ansiando creer
Que es máscara puesta en otro
Que se le parece á él.
Vuelve y revuelve el cadáver
Y le torna á revolver;
Cree que sueña, y se sacude
Porque despertarse cree,
Y tiende el triste los ojos
Desencajados doquier.

Mas ¡nuevo prodigio! mira
Á las puertas, y al dintel
Ve que despiden el duelo,
De duelo henchidos también,
Don Fadrique y doña Diana,
Que arrastran luto por él.
Baja, les tiende los brazos,
Les nombra, cae á sus pies;
«—Miradme, les dice atónito,
Montoya soy, vedme bien».
Y ellos le miran estúpidos
Sin poderle conocer,
É inclinando las cabezas
Replican: «—Montoya fué».
Entonces, desesperado
Con angustia tan cruel,
Vase otra vez hacia el muerto,
Demandándole quién es.
«—¿No hay quien sepa aquí quién soy?
¿No hay á salvarme poder?»
Y allá desde el presbiterio,
De las rejas al través,
Oyó una voz que decía:
«—Sí, te conozco, mi bien:
Abre; ¿qué tardas? partamos:
Yo soy tu amor, soy tu Inés».
Y los brazos le tendía
La de Alvarado también
De la reja tentadora
Tras el cuadruple cancel.
Mas viéndola cual espectro
Que le persigue á su vez,

Gritaba él: «—Aparta, aparta;
¿Que soy cadáver no ves?»
Y apenas palabras tales
Pronunció, cuando tras él

Vió llegarse aquel fantasma
Cuyo gesto de hediondez
Le hizo miedo y no le pudo
Recordar ni conocer.

Contemplóle de hito en hito,
Le asió del brazo después,
Y así con voz espantosa
Vió que lc dijo: «—¡Pardiez!
Tú ercs quien cambia conmigo;
Á mi sepultura ven».
Y á esta horrorosa sentencia,
Ya sin poderse valer,
Cayó en el suelo Montoya,
Falto de aliento y de pies.

—¿Dónde cstoy? ¿qué es de mi vida?
¿Respiro aún?—exclamó
Montoya, abriendo los ojos,
Con desfallecida voz.
—Señor, estáis en mis brazos.
—¿Eres tú, Ginés?
—Yo soy.
—¿Dónde estamos?
—En la cruz.
—¿Del olivar?
—Sí, señor.
—¿No estuve yo en el convento?
¿Pues quién de allí me sacó?
—Yo fuí, scñor.
—¡Tú, Ginés!
—Perdonad, temí por vos;
Y viendo que el tiempo andaba,
Y ni seña ni rumor
Esperanza me infundían,

Tras vos eché.
—¡Santo Dios!
¿Y llegastes....?
—A la iglesia.
—¿Atraído por el són?
—Señor, no he oído nada.
¿No os lo dije?
—¿Cómo no?
¿Dentro la iglesia no vistes
Los enlutados en pos
De mi cadáver?—
Miróle
Absorto de admiración
El mozo, y dijo:
—Soñamos,
Ó vos, don César, ó yo.
Ni vi, ni oí cosa alguna.
—¿Con que es mía esa visión?
¡Á mis ojos solamente
Horrenda se presentó!
¿No vistes conmigo á nadie?
—Os juro á mi salvación
Que sólo os hallé, tendido
Al pie del altar mayor;
Y viendo el peligro doble
Del sitio y la situación,
Ni me detuve á pensar
Si estabais herido ó no;
Cargué con vos, y me vine;
Ni oí ni vi más, señor.—
Calló Ginés, y don César
Á estas palabras quedó

Distraído y abismado
En honda meditación.
Mirábale de hito en hito
Ginés, que aterrado vió
De la faz del Capitán
La extraña transformación.
Desencajados los ojos,
Palidecido el color,
Torvo el mirar, parecía
Más que vivo, aparición.
Sentado en el pedestal
De la cruz, do él le posó,
Inmóvil permanecía
Sin fuerza y sin intención,
Amarrado á un pensamiento
Que bullía en su interior,
Y que se vía que todas
Las potencias le absorbió,
Como quien mira aterrado
Negra y horrible visión
Que le borra de los ojos
Cuanto existe en derredor.
Temeroso el buen criado
Por su juicio y su razón,
Dirigióle atentas frases
Con afán consolador.
Mas él ni tornó los ojos
Ni á sus voces respondió,
Ni agradeció sus cuidados,
Que en nada puso atención;
Y al cabo de largo trecho,
Con repentino vigor,

Levantándose en silencio
En su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates,
Y el poderoso bridón
Tras un peligroso brinco
Á todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
Y en su ruin superstición
Dijo: «—¿Si tendrá los malos?»
Y á escape tras él echó.

IX

Por una puerta secreta
Que de los salones sale
Á un secreto gabinete,
Puede á estas horas mirarse
Á don Fadrique y don César
Que, pálidos los semblantes,
Plática tienen trabada
De asunto en verdad muy grave.

Demanda con vehemencia,
Don Fadrique, y contestarle
Resiste el otro, en su empeño
Ambos por demás tenaces.
El Capitán, asentado
En un sillón, torvo yace,
Guardando, pésele al otro,
Un silencio inalterable.
Y don Fadrique, colérico,
En pie á su lado, las frases
Le dirige más violentas
Que halló para provocarle.
Dejábale el Capitán
Que la ira desahogase,
Como si con él no hablara
Ni pudieran escucharles,
Y al fin, de calma en su cólera
Aprovechando un instante,
Dirigióle la palabra
Con razones semejantes:
—Todo es inútil, denuestos,
Súplicas, amagos, ayes;
El mundo entero no puede
Á que os lo diga obligarme.
Un secreto es que conmigo
Quiero que al sepulcro baje,
Y no ha de saberlo nunca
Desde el sol abajo, nadie.
Si es sueño ó delirio mío,
Quiero de él aprovecharme;
Si es un aviso del cielo,
Es imposible excusarle.—

Y don Fadrique, colérico
En pie a su lado, las frases
Le dirige más violentas
Que halla para provocarle.

M... pag. 6

Tornó al silencio don César,
Y el Duque, que aunque no aleance
La razón, sospeeha alguna,
Díjole sin ira easi:
—Don César, noble he nacido,
Y por mueho que yo os ame
Llevar no puedo en paeiencia
Sin una exeusa un desaire.
Por misterioso ó fatal,
Por precioso ó repugnante
Que el seereto sea, ¿creéis
Que no sabré yo guardarle?
—Sabéis quién soy, don Fadrique,
Y por exeusa esto baste;
Que no hablaré más en ello
Si santos me lo rogasen.—
Y aquí ya de don Fadrique
La eólera desbordándose,
Dijo al capitán Montoya
Con voz resuelta y pujante:
—¡Vive Dios, señor don César,
Que esto no es más que un ultraje
Que haeer queréis á mi casa
Y que está pidiendo sangre!
Si no podéis el motivo
Deseubrirme que deshaee
Vuestra boda, satisfecho
De un modo ó de otro dejadme.
—Señor Duque, ya está dicho.
Si lo dejo de cobarde,
Pues que me debéis la vida,
Nadie como vos lo sabe.

Pero os juro que, aunque osado
Lleguéis hasta abofetearme,
No haréis que por causa alguna
La espada más desenvaine,
Ni más me la he de ceñir,
Ni más me harán que la saque
Cuantas honras y razones
En el universo caben.
Mirad, señor don Fadrique,
Si el secreto será grande,
Y pues veis á lo que obliga,
Si hidalgo sois, respetadle.—
Callaron ambos á dos,
Y continuaron mirándose
Como hombres en sus propósitos
Igualmente imperturbables.
Al fin dijo don Fadrique
Por la estancia paseándose,
Como quien duda si debe
Satisfacerse ó vengarse:
—Señor capitán Montoya,
Vida y honor me salvasteis
Una noche; y aunque en esta
Me los habéis vuelto tales
Que no será mucho tiempo
Á restablecerlos fácil,
Váyase lo uno por lo otro,
De nada quiero acordarme.
Estamos en paz, don César.—
Y continuó paseándose,
Y atarazándose un labio
Hasta revocar la sangre.

Entonces el Capitán,
Con paso medido y grave,
En mitad del aposento
Fué decidido á encontrarle;
Tendióle la mano y dijo:
—Pensad, Duque, si es bastante
Á dejaros satisfecho
De este misterioso ultraje
Mi resolución postrera:
Tomad, señor, esas llaves;
De mis inmensos tesoros
Haced con justicia partes:
Una á Ginés por servirme,
Con cuantos muebles hallare;
Un hospital ó convento
Fundad con otra, si os place,
Y otra á don Luis de Alvarado,
Que gana la apuesta infame
Que hice de robar á Dios
La mejor prenda al casarme.
¿Me comprendéis, señor Duque?
Obedecedme y dejadme.
Entregad al de Alvarado
Lo que hoy de perder me place;
Pero cuidad, don Fadrique,
Que no sepa el miserable
Que era Inés, su propia hermana,
La prenda que iba á jugarse.—
Y así el Capitán diciendo
Un pliego sin letras ase,
Escribe algunas palabras,
Lo firma, lo sella y parte.

Quedó don Fadrique atónito,
Ginés rompió en voces y ayes,
Y en llanto amargo, que al punto
Cambió en lágrimas el baile.
Cundió la noticia rápida,
Y el escándalo fué grande,
Aunque al culpar los efectos
No acierta la causa nadie.

X

HECHOS Y CONJETURAS

Todo era hablillas Toledo,
Y todo interpretaciones;
Cada cual forjó un enredo,
Y hablaron todos con miedo
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
Por Toledo al Capitán,
Mil fábulas le colgaron,
Y los que las inventaron
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que, anocheciendo,
Le vió desde un corredor
Allá en los aires cerniendo
Un cuerpo alado y horrendo
Cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un día oraba
Ante un devoto retablo,
Y vió al Capitán que daba
Ayuda y defensa brava
Contra San Miguel al diablo.

El hecho es que don Fadrique
Á su escribano mandó
Que en su nombre ratifique,
Firme, selle y testifique
Lo que don César firmó.

Que se partió su tesoro
Algunos días después,
Que se dió á los pobres oro,
Y que rico como un moro
Partió á la corte Ginés.

Ni más descubrirse pudo,
Ni puede decirse más,
Y éste es el hecho desnudo,
Pábulo, origen y escudo
De las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una
Que, fábula ó tradición,
En escritura oportuna
Encontrarla fué fortuna
Separada del montón.

El vulgo, á su vez, la cuenta
Como innegable verdad,
Y de quien dudarla intenta
Dice que de Dios atenta
Al poder y majestad.

Yo, trovador vagabundo,
La oí contar en Toledo,
Y de aquel pueblo me fundo
En la razón, y así al mundo
Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
Como á mí me la contaron
Fielmente la contaré,
Y, á ser falso, juro á fe
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
Cada cual lleno á su vez
De azares y desengaños,
Mas á nuestro cuento extraños
No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
De hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
Y en fin, según es costumbre,
Al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino
Ya pronto á romper el dique,
Diz que al linde del camino
De la vida, don Fadrique
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable
Con la faz descolorida,
Vino un varón venerable
Al Duque á hacer tolerable
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
Y cuando á solas quedó
Con el noble moribundo,
La religión con el mundo
Así plática entabló.

MONJE

¿Don Fadrique?

DON FADRIQUE

Bien venido,
Padre; concluyendo estoy.

MONJE

Á ayudaros he venido
Á ir en paz; prestad oído
Á lo que decíros voy.

«Há diez años que, arrastrado
Por intención criminal,
Hollé de un templo el sagrado,
Y á Dios me sentí llamado
De una visión infernal.

Los muertos vi que salían
De las urnas sepulcrales
Y blandones me encendían,
Y con gran pompa me hacían
En vida los funerales.

Visión de los cielos fué;
¿Mas quién creyera mi historia?
Á contarla me negué,
Y haberla determiné
Encerrada en mi memoria.

Tan sólo existía un hombre
Á saberla con derecho;
Porfió, porfié, y, no os asombre,
No me la arrancó del pecho:
Don Fadrique era su nombre.

Mas lo que excusar no pude
Al noble á quien ofendía,
Vengo, y ¡así Dios me ayude!
Á que mi razón escude
La fe de vuestra agonía.»

Y esto el buen monje diciendo
Cayó ante el lecho de hinojos,
Las manos del Duque asiendo,
Quien sus palabras oyendo
Al monje tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito
Con acongojado afán,
Y exclamó al fin con un grito:
«—¡Sois vos! ¡Dios santo y bendito!
Abrazadme, Capitán».

Y los brazos enlazaron,
Y á solas ambos á dos
Por largo tiempo quedaron,
Y largo tiempo lloraron
Ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesión
Henchido el Duque de fe,
Díjole: «—Á aquella visión
Debéis vuestra salvación,
Que aviso del cielo fué».

En cuyo punto, sintiendo
Llegar el trance fatal
Del paso duro y tremendo,
«Adiós, don César», diciendo,
Lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
Del buen monje la misión
Y el ánima encomendada,
Con voz exclamó mudada
Al darle la absolución:

«—¡Vé en paz! y si, como espero,
El llanto ante Dios se apoya
De un corazón verdadero,
¡Ruega á Dios, buen caballero,
Por el capitán Montoya!»

Y dando al mundo un momento,
Al muerto besó en la frente,
Y á paso medido y lento
Triste volvió á su convento
El Capitán penitente.

Y há poco había en sepultura humilde,
De la maleza oculta entre las hojas,
Una inscripción borrada por los años,
Que todo al fin sin compasión lo borran.
Único resto de opulenta estirpe,
Único fin de la mundana pompa,
Montón de polvo en soledad yacía
Quien hizo al mundo con su audacia sombra.
Y apenas pueden los avaros ojos
Leer en medio de la antigua losa:
«AQUÍ YACE FRAY DIEGO DE SIMANCAS,
QUE FUÉ EN EL SIGLO EL CAPITÁN MONTOYA».

NOTA DE CONCLUSIÓN

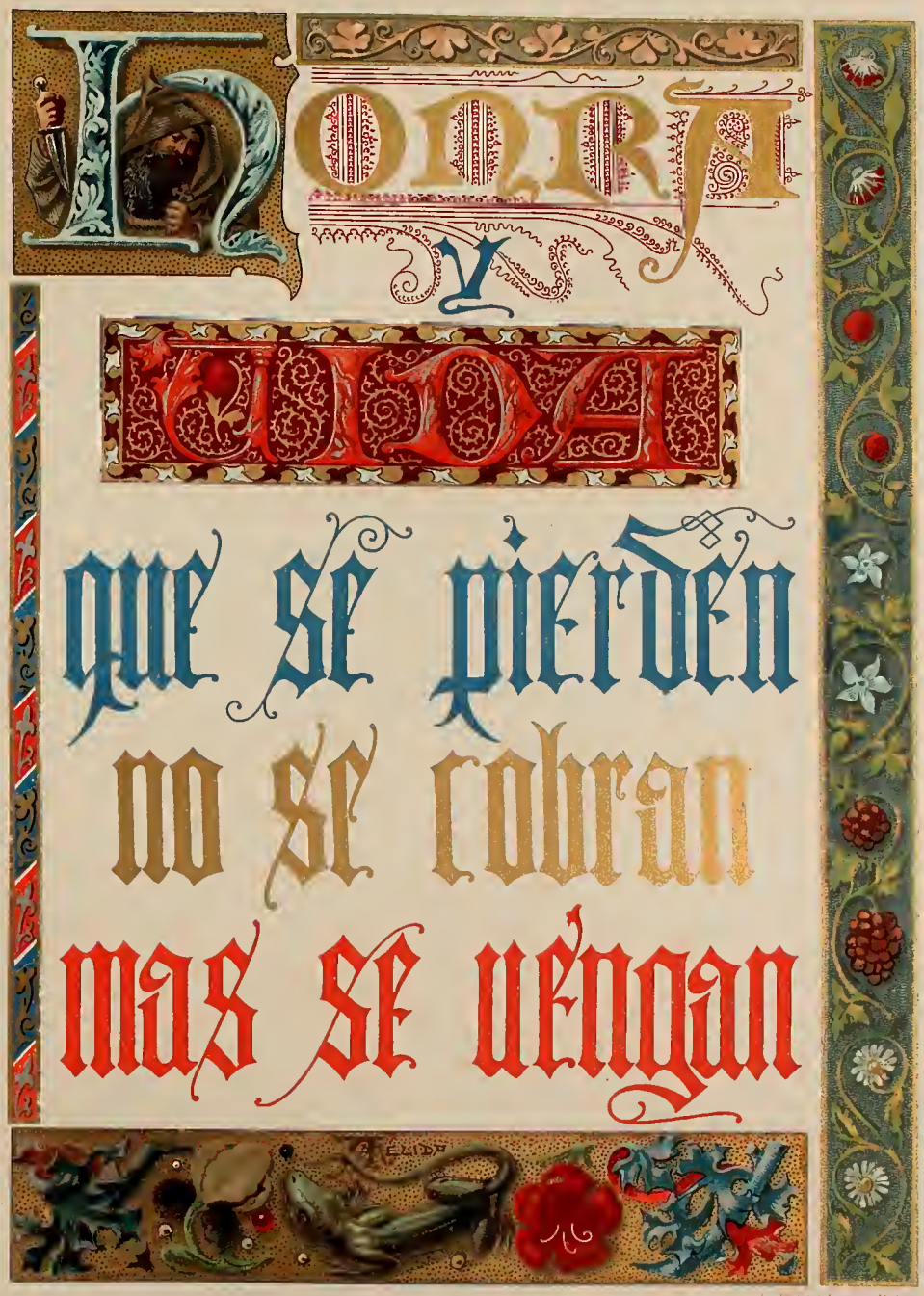
Y por si alguno pregunta,
Curioso, por doña Inés
Y opina que queda el cuento
Incompleto, le diré:
Que doña Inés murió monja
Cuando la tocó su vez,
Sin su amor, si pudo ahogarle,
Y si no pudo, con él.
Porque destino de todos
Vivir de esperanzas es;
Quien las logra muere en ellas;
Quien no las logra, también.

Con que ya sabe el curioso
De mis héroes lo que fué,
Y sólo añadir me resta
Dos palabras de Ginés.
Hizo en la corte fortuna,
Casóse al cabo muy bien
Con una dama muy rica
Y hermosa como un clavel.
Y aunque dieron malas lenguas
En alzarla *no se qué*,
Ella no alzó las pestañas
Para el vulgo responder.
Dió á Ginés un hijo zurdo,
Y dijo su padre de él
Que había nacido en casa,
Y en esto sólo habló bien.

HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN

ILUSTRACIONES
DE D. ENRIQUE SIMONET

PORTADA ALEGÓRICA Y COMPOSICIONES DECORATIVAS
DE D. ARTURO MÉLIDA

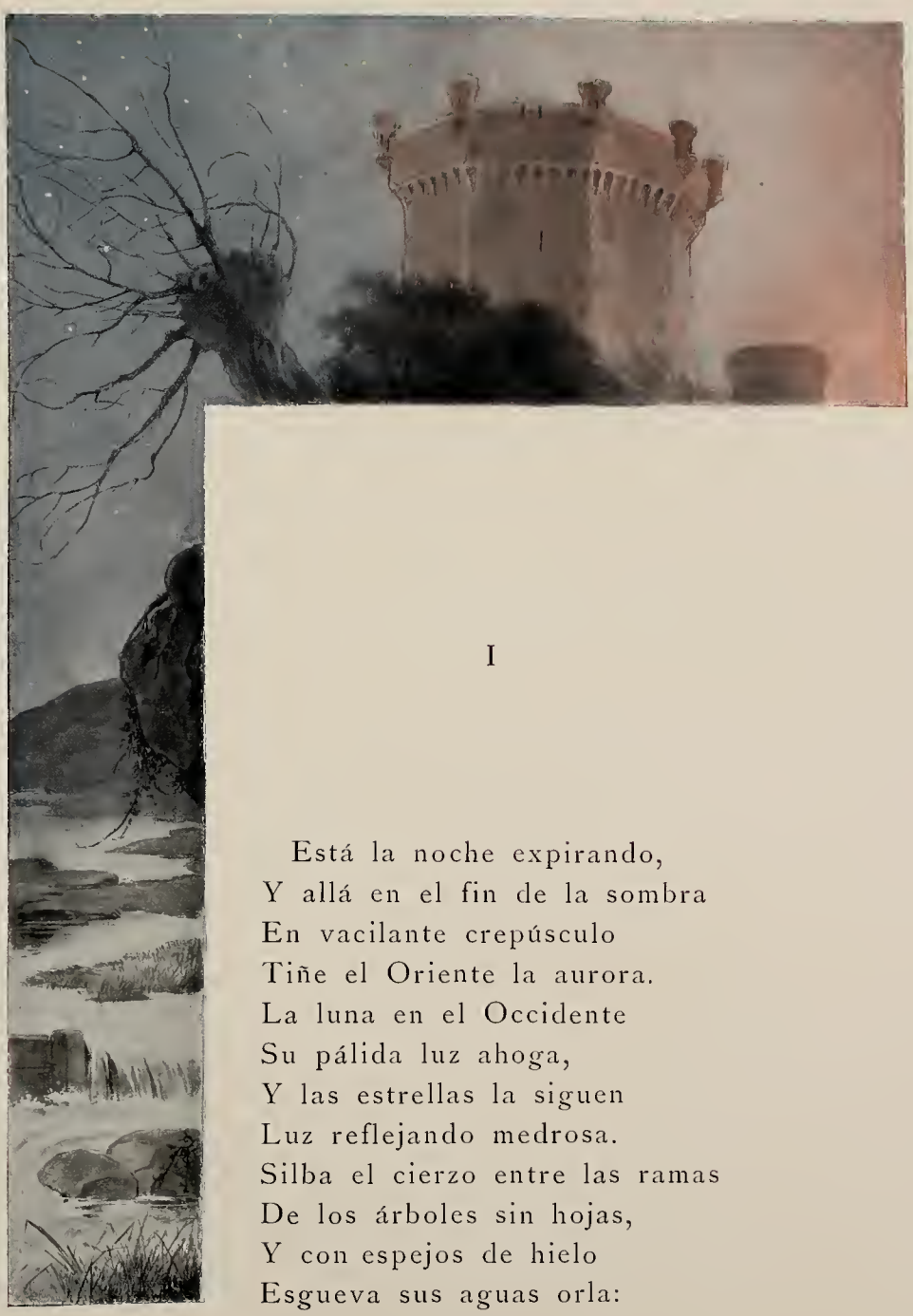

LA SORTE
Y
EL DOLOR
que se pierden
no se cobran
mas se uengan

INTRODUCCIÓN

En un rincón de Castilla,
Allá en el fondo de un valle,
Sobre tres cerros distintos
Hay tres torres semejantes.
Castillos las llaman unos,
Otros atalayas árabes,
Mas su origen positivo
Á la verdad no se sabe.
Un río humilde, el Esgueva,
La falda á los cerros lame,
Y entre huertas y majuelos
Lleva á rastra sus cristales.
Entre los olmos y vides
Con que tapiza su margen,
Y ambas filas de colinas

Que le interrumpen el aire,
Hay derramados sin orden
Más de un ciento de lugares
Que, amasados todos ellos,
Un pueblo tal vez no valen.
Pues los pueblos con el río,
Y las huertas de la margen,
Las colinas que le cercan
En dos bandas desiguales,
Y los tres cerros distintos
Con tres torres semejantes,
De tal modo unos en otros
Vegetan, pasan ó yacen,
Que todo el conjunto entero,
Sin que esto lo dude nadie,
Tomando nombre del río
Forma sin disputa el valle.

Primera parte.



I

Está la noche expirando,
Y allá en el fin de la sombra
En vacilante crepúsculo
Tiñe el Oriente la aurora.
La luna en el Occidente
Su pálida luz ahoga,
Y las estrellas la siguen
Luz reflejando medrosa.
Silba el cierzo entre las ramas
De los árboles sin hojas,
Y con espejos de hielo
Esgueva sus aguas orla:

Ostenta el campo escarchado
Trémula, alumbrada alfombra
Que á veces parece el alba,
Y agua á veces silenciosa
Que allá en la sombra confusa
Humeando se evapora.
Se oye el murmullo del río
Que por la pesquera rota
Se filtra, tornando el agua
En espuma bulliciosa.
Ya en copos blancos se eleva
Trenzada y murmuradora,
Ya cae en hebras de plata
Y se arrastra tumultuosa,
Ya trepando por las piedras
Se columpia de una en otra,
Ya por evitar un canto
Serpenteando se encorva,
Y ya tornando á ser agua
Susurra en la yerba tosca.
Allá en la opuesta ribera
Se alcanza una torre octógona
Con que la frente de un cerro
Entre brezos se corona.
Un pueblo frente por frente
Junto á las aguas sonoras
Con casas de tierra y ramas
De hidalgo y leal blasona;
Y una casa, que más lejos
De la orilla y de las otras
Puede pasar por alcázar
Según aumenta en las formas,

Yace al pie de una colina
Olvidada, triste y sola,
Con lienzos en las ventanas
Que honores de vidrios gozan.
Entre una luz y los lienzos
Cruza á veces una sombra
Que sobre ellos destacada
Parece bien que se asoma,
Y á veces, inmoble y fija,
Cubre la ventana toda
Cual si estorbar pretendiera
Paso á la vista curiosa.
A veces semeja un hombre
Que, vuelto el rostro á la antorcha,
Dibuja un bulto sin gesto
Que descansa en una gola;
Y á veces, raudo pasando,
De un rostro el perfil contorna
De agudo y crespo bigote
Que con la gorguera toca.
Mas puede á veces dudarse
Si es una ó son dos las sombras,
Si pasean ó si danzan,
Si luchan ó si retozan;
Porque hay puntos en que cruzan
Dos bultos de varia forma,
Una cabeza con rizos,
Con barba y bigotes otra.
  Casi al pie de la colina
En que la casa se apoya,
Hacia el pueblo más cercano
Una senda desemboca.

Un hidalgo á pasos lentos
La vuelta del cerro toma,
Un mozo trae adelante,
Debajo una yegua torda,
Y un largo ropón oculta
Lo demás de su persona.
Tendió á la casa la vista,
Tembló, paróse, y tendióla
Por todo cuanto en el valle
Abarca, sombría y torva.
Echó pie á tierra, y á poco
La mirada escrutadora
Alcanzó la luz movible
Por entre la puerta rota:
En faz de asombro y de duda
Ó de vergüenza y de cólera,
La planta trémula tuvo,
Y, agachándose en la sombra,
Clavó en la puerta los ojos,
Y el puño en la tierra fofa.
Se abrió la puerta: un mancebo,
La faz envolviendo toda
De un gabán entre las pieles,
En apostura amorosa
De una mujer se despide
Que á despedirle se asoma.
Juró airado el escondido
En voz sofocada y ronca,
Sonó en el umbral un beso,
Cerró la puerta la moza,
Y el galán pasando el vado
Hacia la torre se torna.

Echó pie á tierra, y á poco
La mirada escrutadora
Alcanzó la luz movible
Por entre la puerta rota.
(*Honra y vida que se pierden*
no se cobran, mas se vengan, pag. 88.)

De una muger se despide
Que á despedirle se asoma.
(*Honra y vida que se pierden*
no se cobran, mas se vengan, pag. 89.)

Cuando él llegó al pie del puente,
Ya con mano vigorosa
Á sendas aldabonadas
El otro á su puerta dobla.
Abrióla al fin la mujer,
Y al cerrarla cuidadosa,
Ya por Oriente venía
La tornasolada aurora.

II

El codo sobre la mesa,
Sobre la mano ambas sienes,
Entrambas cejas fruncidas,
Arrugada la ancha frente,
La otra mano en la cintura,
Los pies en un taburete,
En un sillón de vaqueta
Está meditando Pérez.

Una lámpara de hierro
Á un lado en la mesa tiene,
Cuya luz lucha oscilando
Con el día que amanece.
Al otro lado un tintero,
Y en el centro unos billetes
Cuya firma está abrasando
Con pupilas de serpiente.
Desigual suelta el aliento
Por los apretados dientes,
Y mal ahogados suspiros
Dentro del pecho le hierven.
—¡Mendo Abarca...! Que me place;
Un día tras otro viene,
Y honra con honra se paga,
Vida por vida se pierde.—
Esto en voz baja diciendo,
Asió la luz de repente,
Y á voces en la escalera
Llamó á Margarita, Pérez.

Subió al punto la muchacha,
Tranquila, hechicera, alegre,
Mostrando en la tez de rosa
Sus abriles diez y nueve.
Y es la niña un embeleso,
Una hermosura de Oriente,
Cogido el cabello en trenzas
Que con dos agujas prende;
Cintura escasa y flexible
Que cimbrea y se estremece,
Tez morena, negros ojos,

Paso resuelto y pie breve.
Con la sonrisa en los labios,
Y con la paz en la frente,
Rebosando amor y hechizos
Que irresistibles parecen,
Entró por el aposento
Preguntando:
—¿Qué me quieres?—
Pérez, bajando los ojos,
Contestóla:
—Que te sientes.—
Sentóse, y siguió el marido:
—¿Tienes, querida, presente
Cuánto tiempo há nos casamos?
—Sí por cierto; treinta meses.
—Pues eso há que nuestra honra
Nos prestamos mutuamente.
—Y, ahora, ¿á qué recordarme...?
—Dime, ¿y esto cuántas veces,
Si se pierde, se recobra?
—¿Á qué viene esto, Rui Pérez?
—¿Sabes, Margarita mía,
Que cada sentido tiene
Una puerta por do sale
Nuestra honra y nunca vuelve?
—¡Pero...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que no sois más las mujeres
Que un alcázar donde la honra
Guardada los hombres tienen?
—¡Por Dios, Pérez, que no alcanzo
Lo que con esto pretendes!

—¿Sabes que un alma con honra
Otra alma con honra quiere,
Porque es justo que se guarden
Las reinas para los reyes?
—¡Pero...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que el marido que la pierde
Compra una marca de infamia
Que lleva en el rostro siempre?
—¡Pero...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que en tanto que no la vengue
Ni de hidalgo ni de hombre
El vano nombre merece?
—¡Pero...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que si por ella no vuelve,
Hasta las dueñas escupen
De su blasón los cuarteles?
—¡Mas yo...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que nació hidalgo Rui Pérez,
Y no ha de vivir sin honra
Aunque al mismo Dios le pese?
—¡Cielo...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que un remedio hay solamente
Para dolencia tan grave...
—¡Pero escucha...!
—Y que es la muerte?
—¡Pero...!
—¡Silencio!

—Oye...
—¡Calla!
Más hablando no me afrentes,
Y lee, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles.—
Y esto diciendo, á la cara
Tiróla Rui los billetes,
Y ella cayó de rodillas
Clamando:—¡Cielos, valedme!—

Pasaron unos instantes
En silencio tan solemne,
Que de entrambos corazones
Contarse los golpes pueden.
Pérez, crispados los puños,
Atenazados los dientes,
Amoratados los labios,
Fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
Doblada al pecho la frente,
Cruzadas las blancas manos,
Pálida como la muerte,
Correr por ambas mejillas
Deja una lágrima ardiente,
Que resbalando hasta el suelo
En vapor se desvanecen.
Pérez, inmoble de rabia,
En el sillón se mantiene,
Y ella de miedo y vergüenza
Convulsiva se estremece.
Al cabo con voz sombría
Dijo á Margarita, Pérez:

—Mujer, yo adoraba en ti;
Por tu capricho más leve,
Por sólo un cabello tuyo
Hubiera muerto mil veces.
¿Y el amor que compré un día
Con vida y con alma, ¡imbécil!,
Hollando tus juramentos
Así en mi ausencia me vendes?
—¡Perdón!—clamó Margarita.—
¡Oh, me detesto...!
—Detente,
Que con que tú te aborrezcas
Él mi honra no me vuelve.
Pero ¡por Dios que no es tarde!...
—¡Cielo santo! ¿qué pretendes?
¡Perdón! ¡perdón! ¡á tus plantas
Me arrastraré eternamente!
—¿Y el polvo en que tú te arrastres
¿Podrá mi honra volverme?
—¡Lloraré al pie de tu lecho
Velando mientras tú duermes!
—¿Y qué sueño ha de acudir
Á quien sin honra se acueste?
—¡Seré menos que tu esclava!
¡Besaré el polvo que huelles!
—¿Y qué harás con esas manos
Que toman estos billetes?
—¡Perdón!
—Pídesele al cielo,
Que él solo dártele puede.—

III

En un salón cuadrilongo
Dentro de la antigua torre
En que destérrado habita
Don Mendo Abarca y Quiñones;
Sobre un tapiz toledano
Bordado en torno de flores
Hay una imagen de Cristo
Colgada de dos cordones.

De la alta bóveda ojiva
Por medio una argolla, corre
Otro cordón que sustenta
Una lámpara de cobre.
En una de las paredes
Hay un nicho y dos balcones,
Y el sol pasa macilento
Por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado,
Jigantesca en dimensiones,
Hay á guisa de herrería
Una chimenea, en donde
Se exhala en llamas y en humo
Tendido en seis pies de bronce,
Amenazando un incendio,
Muy cerca de medio roble.
Y de cara hacia la llama,
Magro, silencioso, inmóvil,
Entre enterrado y tendido
Dentro de un sillón, un hombre.
Una mujer no muy lejos
En silencio borda ó cose
Una alfombrilla de sedas
Que sobre un cojín recoge.
Entre ellos el ruido sordo
De la chimenea se oye,
Y afuera el cierzo que zumba
En los ángulos del Norte.
En cuanto á ambos personajes,
Siguen sus meditaciones
Sin que, al parecer, al uno
Nada del otro le importe.

Cada cual en su trabajo
Su atención entera pone,
Ella contando sus hebras,
Él contando sus tizones.
Al fin, rompiendo el silencio,
Dijo la mujer al hombre:
—¡Estás triste!
—No; cansado
De velar toda la noche.—
Y como volviendo en sí
El que respondió, turbóse.
Rápida, mas de hito en hito,
Ella un punto contemplóle;
Mas él siguió:
—¿No lo sabes?
Volveremos á la corte.—
Soltó la alfombra Leonor,
Y acariciando á Quiñones
Le dijo:
—¡Y me lo ocultabas!
—Quise sorprenderte; el Conde
Me escribe ayer que á mi antojo
La vuelta de Madrid tome.
—¿Y será pronto?
—Muy pronto,
Que ya me cansa esta torre,
Donde hemos estado un año
Escondidos como hurones.
—¡Cuánto he rezado á ese Cristo
Porque á este día nos torne!—
Don Mendo se puso en pie
Al escuchar este nombre,

Y llorando de contento
Ella del euarto salióse.

En esto por otra puerta
Entró el paje Diego López,
Y ante su señor llegando
Cortésmente saludóle.
—¿Qué tenemos?—en voz baja
Preguntó al mozo Quiñones.
—Nada, señor; há seis días
Que huyeron ambos.
—¿Adónde?
—Imposible adivinarlo;
La easa registré anoehe.
—¿De quién hubiste las llaves?
—La esealé por los baleones.
—¿Y qué?
—La casa desierta,
Las camas heehas, los cofres
Cerrados, no falta nada;
Todo en sileneio y en orden.
—¿Y nadie responde de ellos?
—¡Imposible! unos pastores
Dieen que le vieron solo
Pasar el puente há dos noehes,
Pero que al ponerse el sol
Iban los dos por el bosque.
—¿Los dos, y volvía Pérez?
—Solo.
—¡Es bien extraño...! López,
Dentro de muy pocos días
Volveremos á la eorte.

—Está bien, señor.
—Escucha;
Para lo de ayer disponte.
—¿Dos caballos?
—Por supuesto.
—¿Á qué hora será?
—Á las doce.—
Dejó el aposento el paje,
Y entre sí mismo Quiñones
Murmuró:
—¡Si volvió Pérez,
Y sospechando...! ¡oh! Entonces
Mañana mismo á Madrid,
Y ahí se las haya el buen hombre.—
Y al calor de la fogata
Sobre la mano durmióse.

IV

Está la torre que habita
Don Mendo junto al Esgueva,
En una colina obscura
Sin árboles y sin yerba,
Sin foso que la circunde,
Sin torres que la defiendan,
Desmantelados los muros,
Derribadas las almenas.

Asido con dos argollas
Entre dos postes de piedra
Tiene un puente levadizo
Suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
Otra torre más pequeña,
En cuyo centro macizo
Hay torcida una escalera,
Y alzado el puente de noche
Aislada la torre deja,
De modo que á un tiempo mismo
Sirve de puente y de puerta.
Por inútiles sin duda,
Sus ventanas y luceras
Hanlas tornado en balcones
Y suprimido las rejas;
Y es justo, á nuestro entender,
Que tal mudanza sufrieran,
Pues sirven de algo en la paz
Y eran estorbo en la guerra.

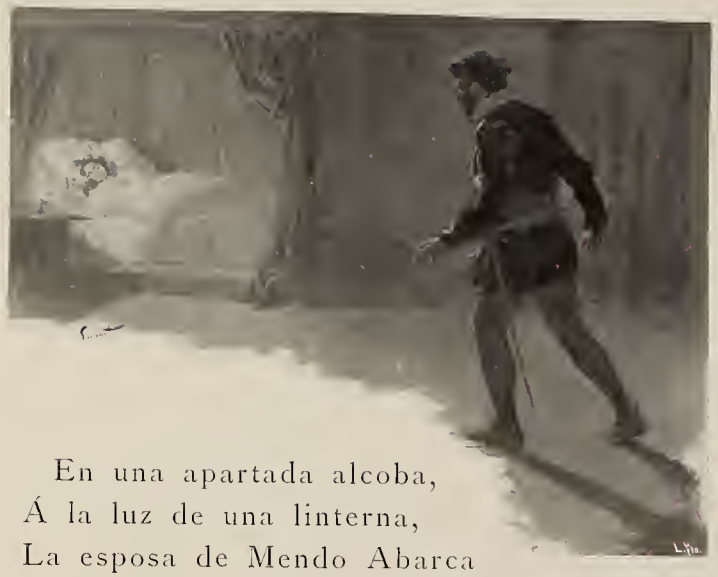
Era la noche siguiente,
Y la media noche apenas;
El cierzo airado zumbaba
Del olmo en las ramas secas,
Y murmuraban las aguas
Azotando las riberas,
Atropellando sonoras
Raíces, algas y piedras,
Haciendo con sus espumas
Espejos, lazos y trenzas.
El cielo entre opacas nubes

Velando luna y estrellas,
El valle, el río y la torre
Encapotaba en tinieblas.
No brillaba en los linderos
La luciérnaga rastrera,
No había parleras aves
Que cantaran en la selva,
Ni insectos que susurraran
Entre la flexible yerba;
No había pajizas flores
Que en los céspedes crecieran,
Ni pastores que velaran,
Ni silbadoras culebras,
Ni lobos que con la luna
Cruzaran por la pradera.
Que es la noche sobre obscura
De Diciembre, opaca y negra,
Y húmeda, gruesa y pesada
Acosa al aire la niebla.
Bajóse en la torre el puente,
Y trasponiendo la cuesta
Dos hombres hacia los vados
Echaron por una senda.
—¿Traes las llaves?—dijo el uno.
—Sí, señor.
—¿Y allá quién queda?
—Martín Muñoz en la escala,
Durmiendo la camarera,
Y Lucas con los caballos
Aguarda junto al Esgueva.
Los demás hacia la corte
Irán ya lejos, y apenas...—

Una ráfaga silbando
El resto arrastró con ella.

Entonces de entre la sombra
Alzóse callada y lenta
Una figura embozada
Que mucho á un hombre semeja.
Tanto guarda de fantasma
Como de humano conserva,
Porque ella anda, ó se desliza,
Sin que al moverse se sientan
El compás de sus pisadas
Ó el rumor de sus espuelas;
Y el murmullo que se escucha
Dentro de su boca mesma
No se sabe si es que gime,
Conjura, amenaza ó reza.
Pero, hombre, ilusión ó duende,
Al pie de la torre llega,
Y sin vacilar un punto
Con una escala de cuerdas
Asiendo el balcón más bajo
Desembozándose trepa,
Y de un corredor desierto
Se pierde por las revueltas.

Una figura embozada
Que mucho á un hombre semeja.
(*Honra y vida que se pierden*
no se cobran, mas se vengan, pag. 106.)

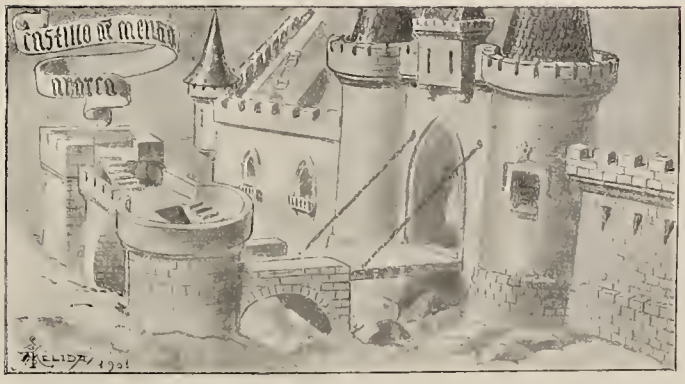


En una apartada alcoba,
Á la luz de una linterna,
La esposa de Mendo Abarca
Sola y destocada sueña.
Y los labios la sonríen,
Y la lengua balbucea,
Y toda la paz del alma
La faz dormida refleja.
Con el fin de su destierro
Descuidada devanea,
Y la pasan por la mente
Viajes, luminarias, fiestas,
Y con sus mil armonías
De campanas y pendencias,
Obras, caballos y carros
Se finge una corte entera.
Los nobles que la visitan,
Las damas que la contemplan,
Los lacayos que la aguardan
Y los pajes, y las dueñas,
Los billetes de convite,
Las joyas y las preseas,
Todo la pasa en tumulto

En ilusión halagüeña.
En esto el mismo fantasma
Asomó osado en la puerta,
Corrió por dentro el cerrojo,
Contempló un punto á la bella,
Y luego, ahogando la luz,
Dejó la estancia en tinieblas.
Se oyó en la sombra un suspiro...,
Y en faz de rauda tormenta
Siguió estrellándose el cierzo
En las pintadas vidrieras.
Las puertas estremecidas
Sobre los quicios retiemblan,
Y silba y cruje y se rasga
Con ímpetu en las troneras;
Y ni gemidos ni pasos
Tornan á oirse, ni quejas;
Todo el viento lo devora,
Lo mata, sofoca ó lleva.

Á poco don Mendo y López
Tornaron la misma senda,
Y tornó á oirse del puente
Rechinando la cadena,
Y oyóse que el uno hablaba
Y el otro daba respuesta.
—¡Cogió las cartas!
—Sin duda.
—Mas vale así.
—Que no vuelvan;
Pasado mañana, López,
Á Madrid damos la vuelta.—

Cruzaron ambos el puente,
Volvió á sonar la cadena,
Y siguió el viento zumbando
Por los ángulos y rejas.
Y en esto en el balcón mismo
La misma escala de cuerdas
Cayó al campo, y el mismo hombre
Bajó embozado por ella.
Llegó al suelo, y percibióse
De Pérez la voz severa
Que á lo lejos murmuraba
Como quien conjura ó reza.
—«Quien á hierro mata, es justo
Que igualmente á hierro muera;
HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN,
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.»—



V

Vino un día y otro día,
Y vino un mes y otro mes,
Y año tras año venía;
El segundo concluía,
Y pasaron hasta tres.

Pérez desapareció,
Su casa quedó en escombro;
Don Mendo á Madrid volvió,
Y con estruendo y asombro
La torre se desplomó.

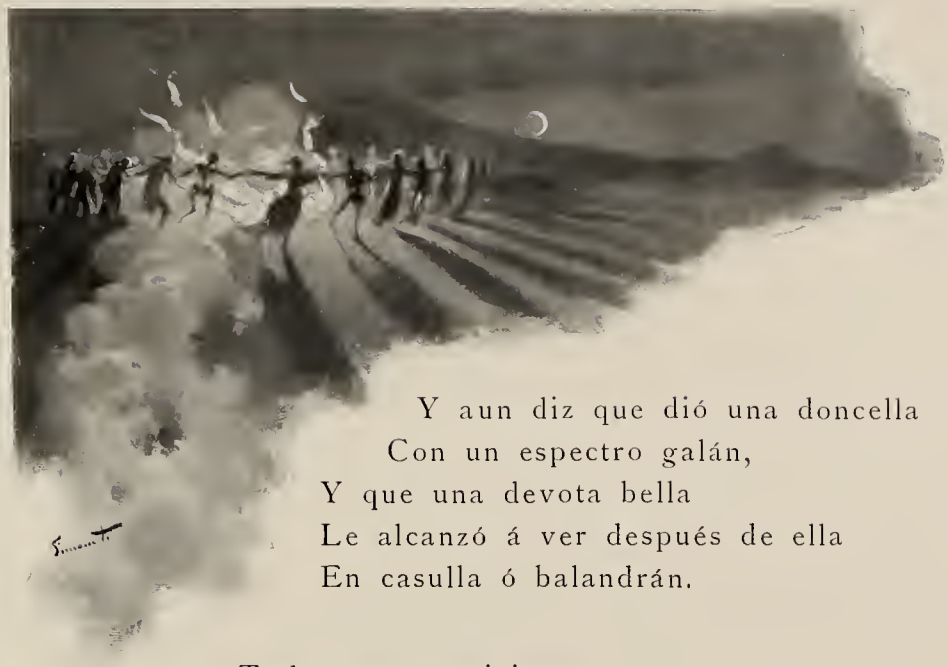
Contaron de ello medrosas
Las gentes varias consejas
Y fábulas espantosas,
De amoríos las hermosas,
Y de visiones las viejas.

Quién dijo (y á tal contar
El más valiente se pasma)
Que vió el alba al despuntar
Junto á la torre vagar
Blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que, atravesando
De noche por la pradera,
La colina coronando
Vió hasta cien almas danzando
En derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo
Un hidalgo de lugar
Que, arrugando el entrecejo,
Contara que un moro viejo
Huyó de verla pasar.

Ni un muchacho revoltoso
Á quien, por calmar el llanto,
Contaran en són medroso
Aquel cuento tan famoso,
Y el chico calló de espanto.



Y aun diz que dió una doncella
Con un espectro galán,
Y que una devota bella
Le alcanzó á ver después de ella
En casulla ó balandrán.

Todo eran apariciones,
Raros acontecimientos,
Secretas conversaciones,
Todo ruidos y visiones
Y diabólicos portentos

Los unos vieron gigantes,
Otros toparon enanos,
Otros hogueras volantes,
Otros mágicos errantes,
Y otros brujas y gitanos.

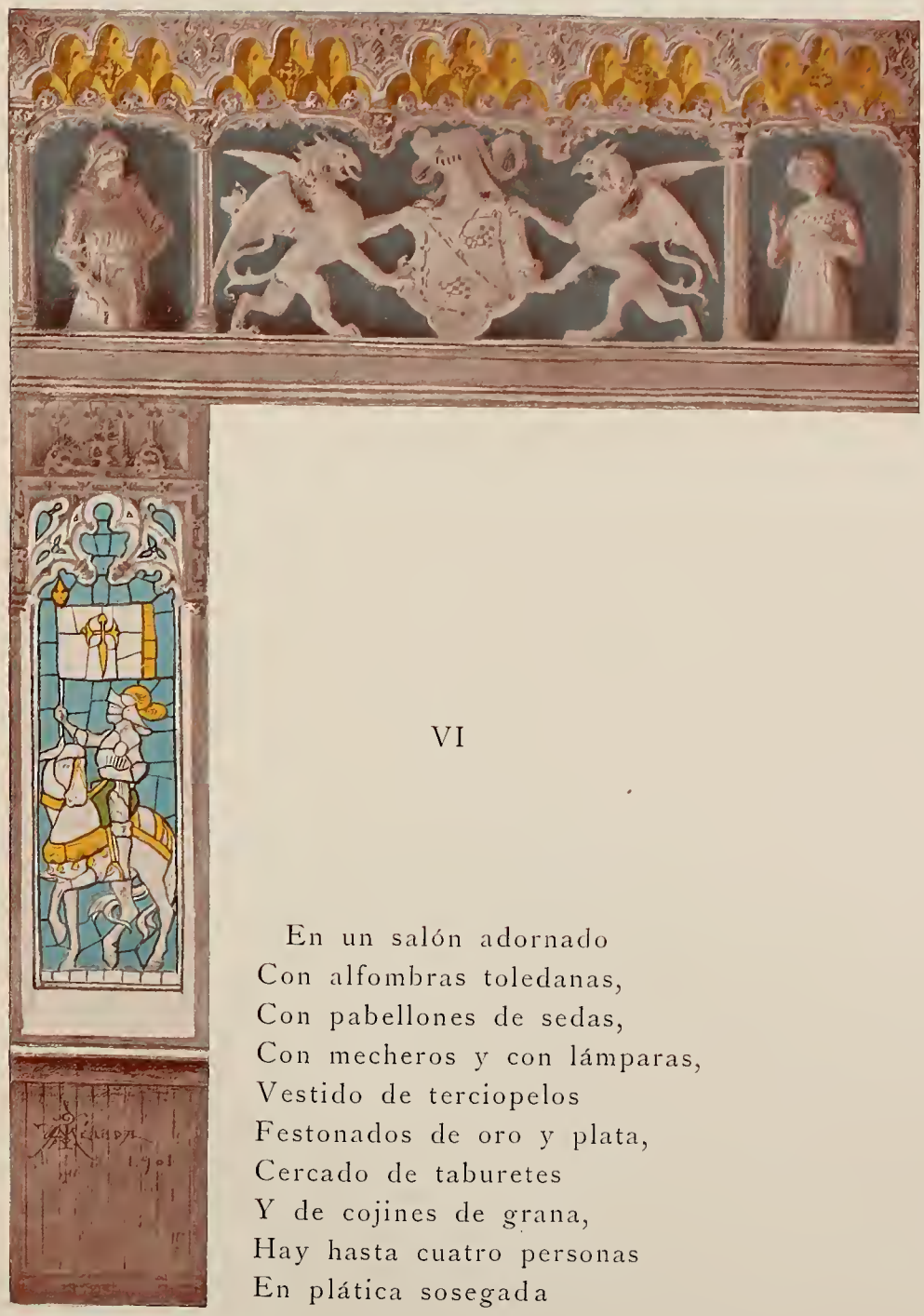
Y alguno más entendido,
Más ducho ó más suspicaz,
Creyó allí haber sorprendido
Algún amor protegido
Con el murmullo falaz.

Vino un día y otro día,
Y vino un mes y otro mes,
Y el tercer año corría;
El segundo concluía,
Y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
Y olvidadas las consejas,
Los mozos las despreciaron,
Las muchachas se casaron
Y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó,
Y el valle quedóse en calma;
Mendo Abarca no volvió,
Ni á nadie se apareció
Pérez en cuerpo ni en alma.

Segunda parte.



VI

En un salón adornado
Con alfombras toledanas,
Con pabellones de sedas,
Con mecheros y con lámparas,
Vestido de terciopelos
Festonados de oro y plata,
Cercado de taburetes
Y de cojines de grana,
Hay hasta cuatro personas
En plática sosegada

Que esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Una es don Mendo Quiñones,
Otra es una antigua dama,
Otra es doña Leonor,
Y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exige
La ceremoniosa usanza
De aquellos revueltos tiempos
De fiestas y de batallas.
Corpiño y falda turquí
Bordados de seda blanca,
Con dos filas de botones
De costosa filigrana.
Desnudo el cuello y los hombros
Bajo un collar de esmeraldas,
Con un lazo de brillantes
Que por una cruz remata.
Los cabellos divididos
En dos trenzas derribadas
Que á ambos lados se recogen
En dos agujas de plata;
Y en la mano un abanico
Con que la faz del sol guarda,
Tras de cuyo varillaje
Mira á salvo y no es mirada.
Con igual lujo y riqueza
Está engalanado Abarca:
El jubón de terciopelo,
Acuchilladas las mangas,
Capotillo carmesí,
Calzón negro y gola blanca,

Y en un cinturón de seda
Colgados estoque y daga.
De aquestos tres personajes,
Quiñones y las dos damas,
El cuarto los atavíos
Está contemplando en calma.

Empieza en una corona
Y en un acicate acaba,
Tanto conserva de monje
Como de soldado guarda.
El gesto tiene severo
Y la frente despejada,
Empinados los bigotes,
Espesa y luenga la barba.
El jubón negro y sin cuello,
El ropón tocando en eapa,
La gola negra y sencilla,
Botas, espuelas y espada.
Si fija en otros sus ojos,
No pueden con sus miradas;
Si habla le escuehan atentos,
No le importunan si ealla.
Mas su mirada es modesta,
Contenidas sus palabras,
Si reeonviene no ofende,
Y si aconseja no eansa.
Los valientes le saludan,
Los pordioseros le aguardan,
Las damas le reverencian,
Los eortesanos le halagan.
Y algunas lenguas mordaees

Sólo un defecto le achacan:
Ser celoso en demasía
De la honra y buena fama.
Es capellán de Quiñones,
Con quien tiene mesa y casa,
Y á quien salvó vida y honra
Dicen que en una batalla.
De entonces él y don Mendo
Un punto no se separan;
Son un cuerpo y una sombra,
Cuerpo y sombra con un alma.
Es á un tiempo secretario,
Consejero, amigo y guarda;
Don Mendo sin su presencia
Ni come, ni abre las cartas:
Á un sermón y á un desafío
Igualmente le acompaña:
Procura evitar contiendas,
Pero, una vez empeñadas,
El cáliz por el estoque,
Por la malla el ropón cambia;
Y á pretexto de padrino
Da la postrer cuchillada.

Ni es de extrañar que esto sea,
Porque en los tiempos que alcanza,
Los obispos son alcaides
Y sus palacios son plazas;
No pagan pecho á sus reyes,
Mantienen á sueldo lanzas,
Antes de prestarle ayuda
Juzgan despacio su causa,

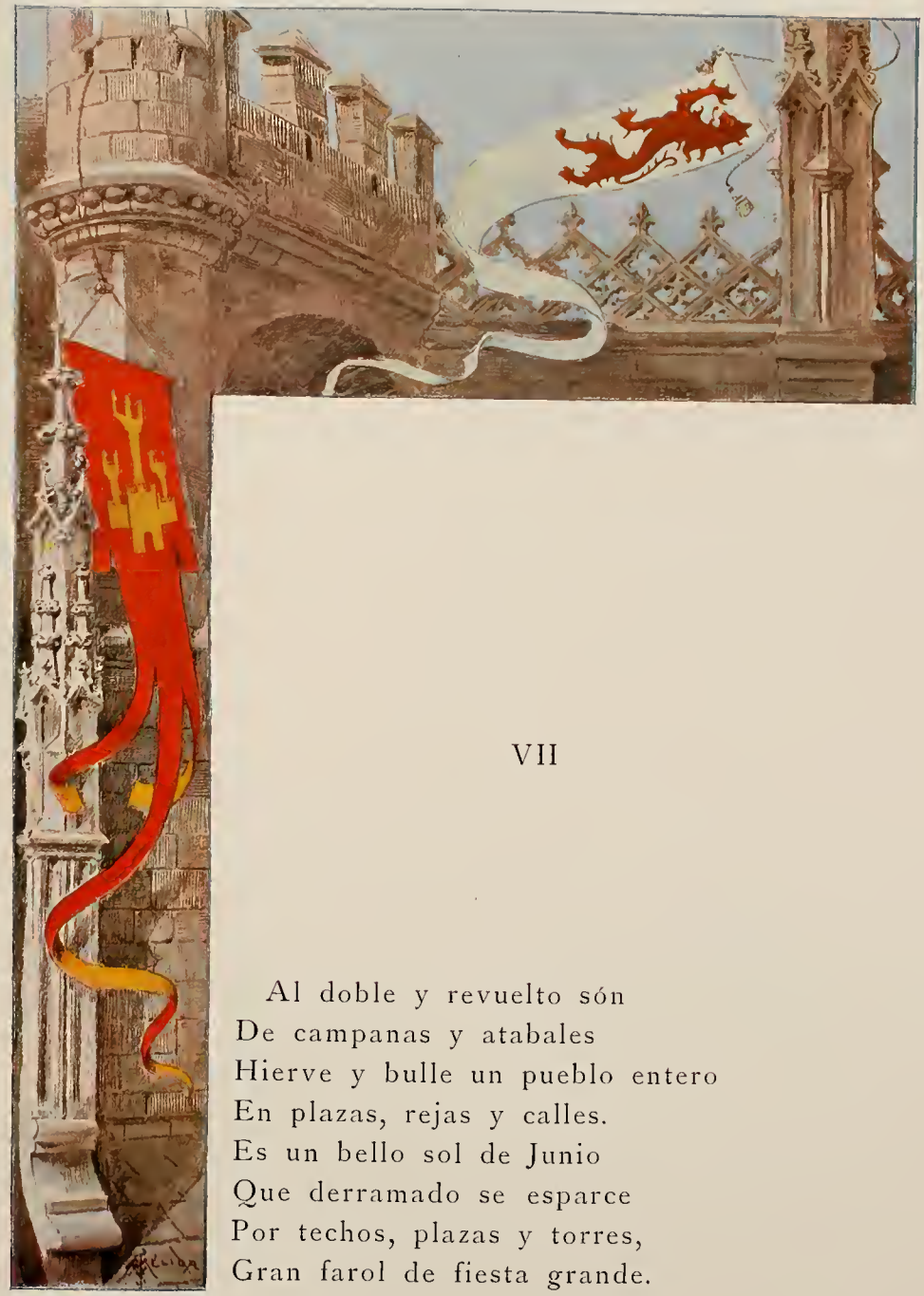
Esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.

(*Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan*, pág. 121.)

Y como más les va en ello
Le acuden ó se desmandan;
Y viven entre placeres
Con familiares y damas.

Así como es el espejo,
Es la imagen que retrata;
Y así como andan los reyes,
La corte y vasallos andan.

Tales son los personajes
Que en plática sosegada
Esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Al fin al doblar sonoro
De una ligera campana
Abriéronse los balcones,
Entró el sol de la mañana,
Y de galanes y hermosas
Fuése llenando la sala.
Oyóse el rumor del pueblo
Que abajo se agita y pasa,
Y el capellán y Quiñones,
Haciendo venia á las damas,
Salieron hacia la iglesia
Donde doblan las campanas,
Porque es el día del Corpus
Y está la corte de gala.



VII

Al doble y revuelto són
De campanas y atabales
Hierve y bulle un pueblo entero
En plazas, rejas y calles.
Es un bello sol de Junio
Que derramado se esparce
Por techos, plazas y torres,
Gran farol de fiesta grande.

Sus rayos de grana y oro
Se quiebran y se deshacen,
Se estremecen y reflejan
En pizarras y cristales.
De los sueltos pabellones,
De los tapices brillantes
Que orlan, visten y coronan
Los balcones desiguales,
En cada hebra de oro y plata
Y en cada lazo ondulante
Reverberan mil colores
Que tornasolan el aire.
Entre guirnaldas de flores,
Entre velos y cendales,
Entre abanicos de plumas,
Entre dueñas y entre pajes
Decoran las celosías
Que descorren fiestas tales
Cuantas damas de Castilla
Dentro de la villa caben.
La luz de un sol tan alegre,
La interposición del aire,
Los suntuosos atavíos
Y el placer de los semblantes,
Hacen que de cada hermosa
Finjan en ensueño un ángel
Los enamorados ojos
De los felices galanes.
¡Cuántos hidalgos osados,
Deteniendo el paso errante,
Al pie de unos miradores
Contemplan un gesto grave!

¡Cuánto celoso mancebo,
Al revolver de una calle,
El sombrero hasta los ojos,
Aguarda amoroso trance!
¡Cuánta dueña en una reja,
En tanto la dama sale,
Espera en faz compungida
Que el audaz citado pase!
¡Cuántos suspiros se ahogan
Entre el són interminable
Con que el gentío murmura
Cuando del pecho se parten!
¡Cuánta ardorosa mirada
Intercepta el velo frágil
De una pluma que un tercero
Cruzó entre ambos un instante!
¡Cuántos ojos arrobados
En otros del cielo imagen,
Se topan detrás de aquellos
Otros ojos centellantes!
¡Cuántas citas amorosas
Camino á escondidas se abren
Entre aquel rumor confuso
Que un millón de bocas hace!

Calmando al fin del gentío
La voz sorda y susurrante,
Diez maceros á caballo
La gente por medio parten.
Bajáronse los sombreros,
Y tornáronse anhelantes
Impacientes y curiosos

Mil rostros hacia una calle.
Pasaron lanzas y cruees,
Alabardas y estandartes,
Cirios, elérigos, soldados,
Mangas y comunidades.
Pasaron urnas, reliquias,
Chirimías y eiriales,
Congregaeiones y eseuelas,
Nobles, juntas y hermandades.
Hasta que al fin, de improviso,
Levantó su voz gigante
El pueblo, que vió á lo lejos
La engalanada falange
De hidalgos, condes y duques;
Obispos y cardenales
Que en torno del rey Enrique
Traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique Cuarto,
Por dón de sus moeedades,
El fastidio y la osadía
De plaeeres y desmanes;
Que aun niño, rompiendo el yugo
Del respeto al Rey su padre,
Tuvo en Segovia una eorte
Con pueblo y leyes aparte.
Y allí, anegado en deleites
Sin eonoeer vasallaje,
Pasó los años primeros
Siempre en faz de rebelarse.
Hoy, ya Rey, abrió su eorte
Á cuanto ilusorio y grande

Quiso con sus reales culpas
De las suyas escudarse.
Vinieron aventureros
Sin más haber que su sable,
Y vinieron cortesanas
Que allá en países distantes
Fueron nobles y duquesas
De real solar y real sangre,
Á quien echan de su patria
Opiniones populares.
Vinieron monjes robustos,
Todos rectores y abades,
De costumbres de gran peso
Y profesión impalpable.
Y entre discordia y licencia,
Entre amores y combates,
Andando allí confundidos
Los soldados y los frailes,
Logróse sin gran trabajo
Que fuesen en tiempos tales
Las audiencias galanteos,
Los amores liviandades,
Y las damas cortesanas
Y los clérigos galanes.
Que así como es el espejo
Es la retratada imagen,
Y hacen, si andan mal los reyes,
Que mal los vasallos anden.
Los monjes á par alternan
Las mallas y los sayales,
Y el que ayer era prelado
Mañana á campaña sale.

Tales gentes y tal fiesta
Bajan la calle adelante,
Y hasta doscientos jinetes
Dan á la función remate.

Entre las gentes que al Rey
Prestan honra y homenaje,
Ni cerca de su persona,
Ni lejos del Condestable,
Van dos nobles caballeros
Que en severos ademanes
Entre secretas palabras
Secretas razones traen.
Tan por lo bajo las cruzan,
Que en verdad no fuera fácil
Que pudiera algún curioso
Alcanzar de lo que traten.
Mas que es cosa de importancia
Bien pudiera asegurarse,
Pues á veces hace el uno
Que el otro los ojos baje,
Y á veces, levantando éste
La mirada penetrante,
Torna á bajarla irritado
Cual devorando un ultraje
Que el otro le recordara
Y mucho á su honra tocase.
Cuanto más uno se turba
Sigue el otro imperturbable,
Y ambos miran de continuo
Á un balcón, luego á la calle.
Es el uno Mendo Abarca,

Que, inclinado hacia adelante,
Con su capellán conversa
En razones semejantes:

—¡Pero, padre, eternamente
La misma conversación!
—Señor, siempre esta ocasión
Me está en el alma presente.

—¡Maldita ocasión la vuestra,
Que en todas partes la veis!
—Señor, que fué bien sabéis
La experiencia mi maestra.

—¿Y lo que os sucede á vos
Ha de acontecerme á mí?
—¡La honra, señor, que perdí
No basta á dármela Dios!

Y cuando vos la perdáis...
—Yo mismo la cobraré.
—Yo también me lo pensé,
Pero como yo la erráis.

Que es la mujer un cristal
Que, si se empaña una vez,
La mancha ó la palidez
Se lavan luego muy mal.

Mirad, don Mendo, al balcón
Y á la calle atentamente.

—¡Padre, padre, eternamente
La misma conversación!

—Si os salvé, señor, la vida,
La honra os he de salvar;
Yo por ella he de velar
Si vuesa merced la olvida.

—Ved que vos podéis muy bien
Dar camino á una sospecha.
—Ved que en cuenta tan estrecha
Podéis vos errar también.

—¡Ved que soy yo su marido!
—¡Ved que ella es vuestra mujer!
—Sé que me ama.
—Puede ser.
—¡Y pudiera...
—Haber mentido.
—Mas, padre, vos...
—Vedla allí;
Y aunque así á vos no os ofende,
Pensad que á todos atiende
Menos á vos...
—¡Eso sí!

—Pues si os ama, ¿cómo á vos
Es á quien busca el postrero?
—¡Ay triste del que altanero
Me compita, vive Dios!—

Así en voz baja platican

Aquellos dos personajes
Al ir de su propia casa
Avistando los umbrales;
Y saludando á Leonor,
Que al balcón á verlos sale,
Con la procesión siguieron
Toda la plaza adelante.

VIII

En un estrecho aposento,
Al amarillo fulgor
Que por entre seis cristales
Despide un turbio farol,
El capellán y don Mendo
En tenue y secreta voz
Tienen de alta consecuencia
Trabada conversación.
Don Mendo está pensativo,
Encendido de color,
La mano puesta en la frente,
Mal sentado en un sillón,

Los cabellos en desorden,
Luchando con su interior,
Y retratando en el gesto
La inquietud del corazón.
El capellán tiene el rostro
Entre hipócrita y feroz,
Y contempla el de Quiñones
Con ojo escudriñador.
Al abrigo guarda el suyo
De la sombra del farol,
Cuidando de que á don Mendo
Ilumine el resplandor.
Entre ambos hay extendido
Un macizo velador,
En que, para estar más cerca,
Se apoyan tal vez los dos.
Á una pregunta de Abarca
De extremada concisión,
Con otra pregunta idéntica
El capellán contestó:
—Y su tristeza y despego
¿No veis de entonces, señor?
—Mas ved, padre...
—¿Y no decís
Que, al saber vuestro perdón,
Casi loca de alegría
Vuestra vuelta aceleró?
—Es verdad.
—¿Y no decís
Que advertisteis variación
Desde la misma mañana
En que en la corte se vió?

—¿Y eso, padre...
—¿Y no decís
Que un ensueño aterrador
La atosiga desde entonces
Y la pone en aflicción?
—Es verdad.
—¿Y no decís
Que de aqueste torcedor
Nunca la secreta causa
Vuestra esposa os reveló?
—Y eso prueba...
—Que en su pecho
Hay secretos para vos,
Y las mujeres no tienen
Más secretos que el amor.—

Don Mendo apretó los puños
Cuando tal respuesta oyó,
Y en la inquietud de sus ojos,
Que revuelve en derredor,
Se ve bien que busca el triste
Otra disculpa ó razón.
En tanto, el cura le atiende
Con sonrisa de traidor,
Y rebosan sus pupilas
Sangrienta satisfacción.
Por fin, como quien despliega
Todo el último valor,
Con hondo y trémulo acento
Mendo Abarca replicó:
—Tal vez de mujeres, padre,
Secretos caprichos son

Que sólo consultar deben
Allá con su confesor.
—Los caprichos mujeriles
Ya os dije, don Mendo, yo,
Que si al marido se velan
No son más que otra pasión.
—Callad, padre, porque me hacen
Vuestras palabras pavor,
Y es tan profunda esta herida
Que me duele, ¡vive Dios!
—Pues buscad presto remedio,
Don Mendo, porque, si no,
La herida se os hará cáncer
Que gangrene vuestro honor.
Mañana tal vez...
—¡Por cierto
Que es tremenda precisión!
Dejadme que bien pensado
El tiempo...
—¡Tiempo veloz,
Tiempo rápido! que el tiempo
Carcome la reflexión.
—Pero, padre, ¿ved que errarlo
No fuera...?
—Nunca peor;
Que en cuidar mucho su honra
Jamás hidalgo pecó.
Ved que yo he perdido el mío,
Y aunque hice venganza atroz,
Ni le he cobrado, ni el tiempo
Me ha quitado este borrón...
—Pues bien; si es cierto, á impedirlo

Ó á vengarlo pronto estoy.
—Pues el remedio, ó venganza:
Ved que urge.
—Tenéis razón;
Y pues sabéis la dolencia,
Buscadme el remedio vos.—

Guardaron ambos silencio
En torva meditación:
Don Mendo fijos los codos
Sobre el ancho velador,
Las sienes entre las manos
Y el cabello en confusión,
Como quien devora y siente
Secreto afán interior.
Su sombrío compañero,
De espaldas en el sillón,
Es un hombre á quien se puede
Partir la figura en dos.
Unas veces es un monje,
Ministro santo de Dios,
Cuya presencia es consuelo
Á mundanal aflicción,
Cuyo rostro da franqueza,
Cuya majestuosa voz
Aconseja dulcemente,
Dando calma al corazón.
Otras es un hombre osado,
Duro, hipócrita ó traidor,
Que aguarda en faz misteriosa
Una pensada ocasión;
Un tigre que acecha oculto

La presa que descubrió,
Y hace que duerme tranquilo
Para asaltarla mejor.
Si baja al suelo los ojos,
Dirían que haee oraeión;
Mas arden cuando los alza
En fuego fascinador;
Y al fijarlos en don Mendo
Tan horrible es su expresión,
Que más que monje, dijeran
Que semeja un salteador.
A veces pintan la ira
Y á veces la compasión,
Y á veces pintan los celos
Y otras veces el furor;
Y el orgullo y la vergüenza,
Y el duelo y la confusión,
Y la venganza y la rabia,
La constancia y el valor,
Á un tiempo brillaba en ellos...
Mas todo eambió veloz
Cuando don Mendo la frente
De entre las manos alzó.
Fué otra vez el mismo monje
Amigo y consolador
Que la existencia de Abarca
En el combate salvó.
La mirada que Quiñones
Tendió angustiado en redor,
Á la del monje pedía
Más que justicia, perdón.
Mas el clérigo, inflexible,

Disponed que á vuestra esposa
Oiga un día en confesión.

(*Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan*, pág. 139.)

En sorda y siniestra voz,
Así dijo, entre los dedos
Deshilachando el ropón:
—Escuchadme, Mendo Abarca;
En negocios como el de hoy,
Hasta que todo se aclara
Disimular es mejor.
Sólo un medio se me alcanza:
Pues que capellán soy yo,
Disponed que á vuestra esposa
Oiga un día en confesión.—

Y esto diciendo, brillaban
Sus ojos con tal fulgor,
Que semejaron la lumbre
De enrojecido carbón.
El marido, que turbado
Tal vez no le comprendió,
Replicóle:
—¡Entonces, padre,
Lo alcanzaréis solo vos!—
Á lo que el clérigo dijo:
—Muy torpe, don Mendo, sois,
Pues se oye desde una alcoba
Lo que se habla en un salón.
—Cierto, padre; pero... hay puntos
Que en ofensa son de Dios.
—Cierto, Abarca; mas hay prendas
Que encierran tanto valor...
—¡No os comprendo!
—Concluyamos
Tan necia conversación:

Si sois hidalgo, don Mendo,
Curad bien de vuestro honor,
Ó sufrid que el pueblo ría
Á vuestra faz...
—¡Eso no!
¿Deeís que el pueblo se ríe?
—¿Quien lo duda?
—¿Y tal baldón
Llevará junto mi nombre...?
—El de marido, señor.
—¿Y mi esposa...?
—Ha de infamaros
Si es eierto que os engañó.
Iréis eon ella á la eorte,
Y han de mofarse de vos.
El Rey os hablará de ella,
Y ha de mofarse de vos.
La verán al lado vuestro,
Y han de mofarse de vos,
Y os tendrán, á no vengaros,
Por neeio ó encubridor.
—¡Basta, padre, ó eon la lengua
Os arraneo el eorazón;
Que verdades tan amargas
Las tolera sólo Dios!
¡Basta á fe...! fingiré un voto
De una peregrinaeión,
Su eonfesión en voz alta
La tomaréis, padre, vos;
Pero dentro de la aleoba
La he de eseuehar también yo.

Y alzándose del asiento,
Tomó don Mendo el farol,
Dirigiéndose á una puerta
Que da paso á un callejón.
El clérigo le seguía
En ademán triunfador,
Y al trasponer los umbrales
Entre dientes murmuró:
«—Este mes hace tres años;
Mañana al salir el sol
Un crimen y un duelo mismo
Tendremos que llorar dos.»—
Tornóse Mendo, y pensando
Que dudaba, preguntó:
—¿Qué decís, padre?
—Rezaba:
Id adelante, señor.

IX

En una sala cuadrada
Con tres tapices cubierta,
Al pie de un reclinatorio
De cincelada madera,
Ante un monje de rodillas,
Con un velo en la cabeza,
Doña Leonor de Quiñones
Cristianamente confiesa.
El rojo sol de Occidente,

Reflejando en las vidrieras,
Por las entornadas hojas
Con trémula luz penetra.
Y en los tapices tendiendo
Una ráfaga postrera,
Con paso incierto al huirse
Pasa de una en otra hebra.
Hay á un lado de la sala
Con un cerrojo una puerta,
Y en el otro un gabinete
Con una cortina negra.
La mujer en faz humilde,
El monje en faz altanera,
Seguían la confesión
En preguntas y respuestas.
Pregunta el monje en voz alta,
Responde en voz débil ella;
Él pregunta:—¿*No es así?*—
Y ella—*Sí, padre*—contesta.
Parece, según lo exacto
Con que pregunta y acierta,
Que está el confesor leyendo
La pregunta en la conciencia.
Decía el monje:
—¿Una noche?
—Sí, padre.
—¿Las doce eran?
—Sí, padre.
—¿Zumbaba airada
En las torres la tormenta?
—Sí, padre.
—¿Amáis á don Mendo?

¿Sabéis que mujer sin honra
Es solo un padrón de afrenta
Que eternamente en el rostro
El vendido esposo lleva?

(*Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan*, pág. 145.)

—Sí, padre.
—¿Y sabéis que es fuerza
Guardar entera la honra
Que un hombre á su esposa entrega?
—Ved, padre, que yo dormía.
—¿Y quién guardaba las puertas,
Que así osó llegar un hombre
Hasta la cámara vuestra?
¿Sabéis que no bastan llaves,
Murallas, ni centinelas,
Para guardar dignamente
La fama y la honra ajena?
¿Sabéis que son las mujeres
Sólo un arca donde cierran
Todo su honor los maridos
Con candados de vergüenza?
¿Sabéis que mujer sin honra
Es sólo un padrón de afrenta
Que eternamente en el rostro
El vendido esposo lleva?
—Ved, padre, que yo dormía:
¡No fué crimen, sino fuerza!
—¿Y no pedisteis á Mendo
Venganza horrorosa y presta?
—Faltóme, padre, el valor.
—¡Luego fué traición completa,
Pues que lanzasteis el dardo
Y escondísteis la ballesta!—

Trémula, medrosa, ahogada
La frente contra la tierra,
El rostro entre las dos manos,

Clamó acelerada ella:
—Callad, padre, y si pequé
Imponedme penitencia.—
  En esto alzó la cortina
Don Mendo que tal oyera,
Y asiéndola del cabello
La dijo:
        —¡Pues que confiesas
Que cometiste la culpa,
Sufre, traidora, la pena!—

  Y escondiéndola la daga
Dentro la garganta mesma,
Luchando con la agonía
Sobre la alfombra la suelta.

  Á su espalda en este punto,
Horrible, insultante, hueca,
Oyóse una carcajada,
Y el capellán con violencia
Poniendo mano al estoque
Gritó á don Mendo en voz recia:
—Yo asesiné á Margarita,
Y lavé mi honra en la vuestra.
Don Mendo, yo soy *Rui Pérez*,
Que há tres años que os acecha,
Que os acosa y os persigue,
Porque sabe, aunque le pesa,
QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN,
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.

Don Mendo, yo soy *Rui Pérez*,
Que há tres años que os acecha....

(*Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan*, pág. 146)

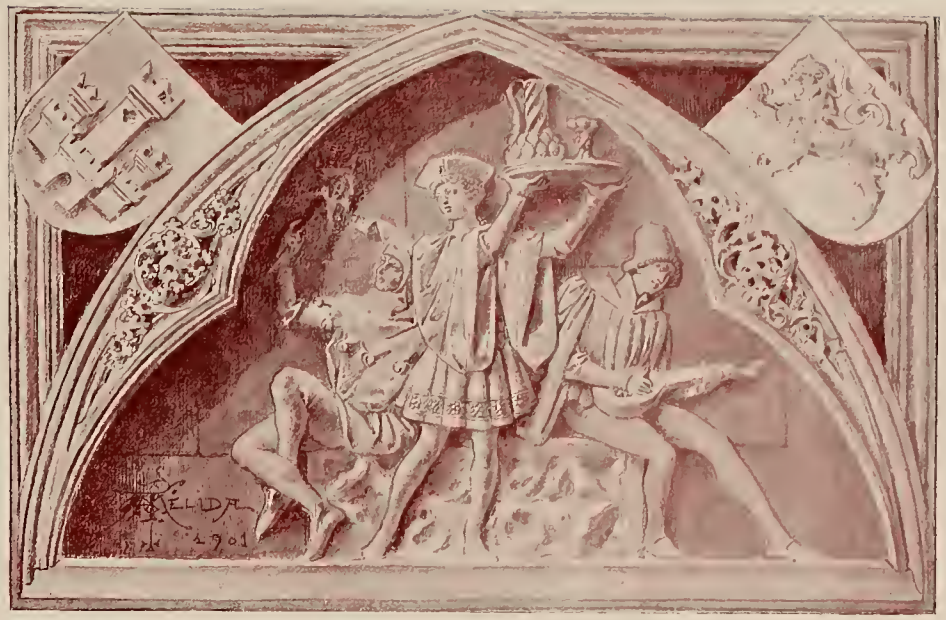
PRÍNCIPE Y REY

ROMANCE HISTÓRICO

ILUSTRACIONES
DE D. MARCELINO DE UNCETA

PORTADA ALEGÓRICA Y COMPOSICIONES DECORATIVAS
DE D. ARTURO MÉLIDA

Dinaye
NADIE
VALLIDA 190
Rey



PRÍNCIPE Y REY

STÁ la noche serena;
La luna, sin pardas nubes
Que la empañen, limpia y clara
En el firmamento luce.
En derredor las estrellas,
Con multiplicadas lumbres,
Tachonan del aire vano
Los pabellones azules.
Eresma, por entre peñas,
Su escaso raudal conduce
Á las plantas de un alcázar
Que en sus arenas las hunde;

Y ya en montones de espuma
Revoltoso se derrumbe,
Ya con transparentes ondas
Manso y humilde murmure,
Nunca es más que un corto espejo
Que adula la excelsa cumbre,
Porque permite al palacio
Que en su cristal se dibuje.
Está la noche serena,
Y á pasos rápidos huye
Sobre la choza pajiza
Á la espléndida techumbre.
Calla el viento; el aura apenas
Suelta ráfaga que ondule;
Eresma hace que sus ondas
No desvelen, sino arrullen;
Y si algún pájaro errante
Hay que el silencio interrumpe,
Avergonzado se duerme
Por no tener quien le escuche.
Mas no es tan hondo el silencio,
Que el aura á veces no crucen
Los incompletos compases
Que danza vecina arguyen.
Óyese el rumor lejano
De contenta muchedumbre,
Que entre cánticos y brindis
El sueño tenaz sacude.
La danza es en el alcázar,
Que el príncipe Enrique cumple
Hoy años, y á malgastarlos
Junta los más que le ayuden.

La copa de los placeres
Para que ansiosos apuren,
Cuantas damas y galanes
Hay en Castilla reune.
La vida es corta; los días
Se menguan y disminuyen;
La molicie es cortesana,
Y los placeres son dulces.
¿Qué importa que el rey Don Juan
Contra los rebeldes luche?
El Príncipe vive y goza,
Que como á quien es le cumple.
¡Fiestas y danzas! Los reyes
No son hidalgos comunes
En cuya frente se ostentan
El valor y las virtudes.
Una frente coronada
Radia sólo tantas luces,
Que los ojos atrevidos
Á sus destellos sucumben.
Por eso suenan alegres
Chirimías y laúdes,
Haciendo que sus compases
De sala en sala retumben;
Por eso amoroso abrazo,
Despertador de inquietudes,
Los talles de las hermosas
Al ceñidor sustituyen.
Por eso el cendal flotante
Gira en círculo voluble,
Revelando lo escondido
Tras lo que traidor descubre.

¡Oh! Hermosas son las hermosas
Cuando, aspirando perfumes,
Más ocultos sus hechizos
Entre transparentes tules,
Sueltos los cabellos de ébano
En espirales y en bucles,
De amar y gozar sedientas
Á los salones acuden.
Aquel aliento que envía
Un suspiro á que se cruce
Con un suspiro que deja
Que aquél su lugar ocupe;
Aquel murmullo continuo
Que hace que el aura susurre
Con mil acentos sin forma
Que entre sus pliegues confunde;
Aquella blanda sonrisa
Que vida en un alma influye,
Mientras aguarda favores
En penada incertidumbre;
Aquellos húmedos ojos
Á cuya luz se destruyen
Los hielos del corazón
Cuando de esquivo presume;
Tantos acasos pensados
Que en rodeos mil conducen
Al revuelto laberinto
De amantes solicitudes;
Y todo ello en un palacio
Donde tormentosa bulle
Cuanta pompa, intriga y gala
La faz de un Príncipe influye,

Hace que los corazones
Tan embriagados se ofusquen,
Que deliren paraísos
Bajo el cieno que les cubre.
Espléndido está el salón;
Y aunque mucho disimulen,
Las damas están contentas
Cuando los maridos sufren.
El Príncipe galantea,
Y las damas de más lustre
Le deben hoy tantas flores
Cuanto algunos pesadumbres.
Porque él, con una en los brazos,
Toda una danza interrumpe,
Haciendo que en raudos círculos
Mil veces el salón cruce.
Pie con pie, mano con mano,
Al muelle lánguido empuje
La lleva en pos blandamente,
La suspende y la sacude.
Ella, adormecida, suelta
Sobre brazo tan ilustre,
Más se abandona y descuida
Por que más él la asegure.
Flotan los rizos de entrambos,
Los alientos se confunden;
Crúzanse los pies veloces,
Vagan los mantos volubles,
El labio pide á los ojos
Osadía, amor y lumbre,
Y los ojos á los labios
Suplican que no pronuncien.

Los ojos suplen las voces,
La sonrisa el fuego encubre,
Y así al amor y al placer
Todo sirve y todo suple.
Espléndido está el salón;
Todo el aire son perfumes,
Música, citas, suspiros,
Murmullo, plumas y luces.
Mas hay un hombre sombrío,
Á quien todos llaman duque,
Y á quien ninguno aventaja
En la gala que le cubre,
Cuyos dos ojos tenaces,
Sin que se aparten ó muden,
En el Príncipe están fijos
Cual si temiera que le hurten:
Si algún importuno acaso
Su tenacidad reduce,
Siempre, á su objeto ambiciosos,
Rápidos se restituyen;
Al acero se parecen,
Que, por más que se procure
Doblarle contra el imán,
Siempre hacia el imán resurte:
Mientras, descuidado el Príncipe,
Sin que su gozo perturben,
Con una dama en los brazos
Por el salón baja y sube.
Es cierto que, alguna vez,
Mira de reojo al Duque;
Mas éste, firme y tranquilo,
Ni le busca, ni le huye.

Es verdad que, alguna vez,
El primogénito ilustre
Su voluptuosa pareja
Por delante dél conduce;
Y tal vez, aunque no altivo
De distinguirle se excuse,
No se alcanza á comprender
Si es que le honre ó que le injurie;
Mas el Duque no por ello
En desmán alguno incurre:
Siempre el respeto le sobra,
Ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,
Que ya el albor se descubre
Del alba, que por los vidrios
Asoma sus turbias luces.
Quedó el alcázar tranquilo,
Despejó la muchedumbre;
Sonó un beso, y don Enrique
Entregó su dama al Duque.
Aquél dijo:—Hasta mañana.—
Contestó éste:—Si á Dios cumple.—
Y don Enrique volviéndose,
Siguióle la servidumbre.

LA CORTINA VERDE

Son unas horas después,
Y vense en su gabinete
Inés en un taburete
Y don Enrique á sus pies.
Testigos de sus deslices
En aquel retrete obscuro,
Están colgados del muro,
De Flandes cinco tapices.
Toda sorpresa exterior
Previenen las celosías
Y dos dueñas de vigías
Que están en el corredor.

Lucha la luz con la sombra;
El rojo sol de Occidente
Colora confusamente
Las labores de la alfombra.
Las flores desde el jardín
Prestan al aura perfume,
Y otro al fuego se consume
En el mismo camarín.
Todo es paz, calma y quietud
En el retrete oriental;
Mas, si no es paz criminal,
No es la paz de la virtud.
Don Enrique está hechicero;
Doña Inés como una estrella;
Voluptuosa está la bella,
Y galán el caballero.
En los ojos de la hermosa
Se está mirando el galán,
Y ambos atizando están
Hoguera tan peligrosa.
Ella, en recreo infantil,
Destrénzale los cabellos,
Bucles haciéndole de ellos
Con sus manos de marfil.
Él con sonrisa liviana,
En acento adulador,
Dulces palabras de amor
La dice á la cortesana.
Ella de orgullo suspira
Gozando el favor real;
Aunque él interpreta mal
La vanidad que la inspira.

Él mancebo, y sin consejo,
En su amor se está abrasando;
Pero ella está contemplando
Su contorno en un espejo.
Él la dice:—Hermosa estás.—
Y en silencioso desdén
Dice ella:—Lo sé también,
Que advertirlo está demás.—
Él con el dulce reclamo
Del silencio engañador,
Traduciéndolo mejor,
Añade:—Inés, yo te amo.—
Ella, culpando su exceso,
Cuando más cerca la estrecha,
Le da de sí satisfecha
Por cada palabra un beso.
Y en larga conversación,
Ella altiva, él importuno,
Demuestra bien cada uno
El afán del corazón.
Así el Príncipe decía
Enajenado á la hermosa,
Y astuta y voluptuosa
Ella así le respondía:

DON ENRIQUE.

Un reino me aguarda, sí;
Con él media vida diera
Por gozar, Inés, siquiera
La otra media junto á ti.

DOÑA INÉS.

Siendo príncipe, señor,
Dierais, existiendo un año,
Cada mes un desengaño
Á vuestro constante amor.

DON ENRIQUE.

Pasiones fueran livianas,
Pasatiempos nada más;
Que no encontrara quizás
Sino amor de cortesanas.
Mas Inés, viéndote á ti,
Esquivarte fuera en vano.

DOÑA INÉS.

Hoy me aduláis cortesano,
Que estáis delante de mí.

DON ENRIQUE.

Te lo juro, hermosa Inés;
Diera mis reales palacios,
Mis coronas de topacios,
Por vivir siempre á tus pies.

DOÑA INÉS.

¿Tan bella, Enrique, os parezco?

DON ENRIQUE.

Como tú no nacen dos,
Y por ello, ¡vive Dios!
Sufro mal que no merezco.

DOÑA INÉS.

¿Vos por mí males?

DON ENRIQUE.

Sí á fe.

DOÑA INÉS.

No os entiendo.

DON ENRIQUE.

¿Me amas, dí?

DOÑA INÉS.

En mi alma, de vos á mí,
Si hay diferencia no sé.
Mas...

DON ENRIQUE.

¿Qué, Inés?

DOÑA INÉS.

¿Habéis oído?
¡Jurara que algo sonó!

DON ENRIQUE.

Nada he percibido yo...
Ilusión tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pie,
Escuchando perspicaz;
Y asióla el Príncipe audaz,
Repitiendo:—Nada fué.—
Y á fe que era la quietud
De aquel ansioso momento
Tan honda en el aposento
Como en desierto ataúd.
Ningún rumor la turbaba,
Ningún susurro se oía,
Si alguna vez se eximía
La brisa que murmuraba.
Los vapores del perfume
Que exhala el ancho pebete
Aroman el gabinete
Y el aire que los consume.
La rica tapicería
Inmoble en el muro está,
Y á sitio seguro da
Cada puerta y celosía.
Hay en el fondo una alcoba
Que, aunque en la sombra se pierde,

Espesa cortina verde
Al ojo su interior roba.
  Tal vez el aura sutil
Un instante la movió,
Y eso, sin duda, causó
Á Inés su terror pueril.
  Mas, repuesta y sosegada,
Junto al Príncipe otra vez,
Díjole con candidez:
—Tenéis razón, no fué nada.
  Mas perdonad que haya sido
Tan fácil para el temor;
Que, aunque os tengo mucho amor,
Tengo miedo á mi marido.

DON ENRIQUE.

No me le nombres, Inés,
Que hasta su nombre me irrita.

DOÑA INÉS.

La vida, señor, me quita
Con tan celoso como es.

DON ENRIQUE.

¡Ah, Inés mía! Ese es el mal
Que lamentaba hace poco...!
Tengo de volverme loco
Con un hombre tan cabal.
No hay cortesano mejor

Ni más puntual caballero,
En la obediencia el primero,
Y el primero en el valor.
No hay medio de hallarle infiel,
Ni falta que acriminar,
Ni encuentro qué castigar,
Por más que lo busco, en él.
En la primera excepción
En que incurra, ha de morir.

DOÑA INÉS.

Señor, ¿eso osáis decir?

DON ENRIQUE.

Alma mía, celos son.
No puedo pensar en paz
Que él goza de tu hermosura,
Cuando por igual ventura
Me lamento sin solaz.
¿Te parece digna traza
De un Príncipe que osa amarte,
Esperar, por sólo hablarte,
Á que él se salga de caza?
¿Es digno de mi ambición
Que, cuando él parte tu lecho,
Me dé yo por satisfecho
Con verte por un balcón?

DOÑA INÉS.

Pero yo, Enrique, os adoro.

DON ENRIQUE.

Sí; y en ese amor sobrante
Me arrebatas el diamante,
Dándome el arillo de oro.

DOÑA INÉS.

Os doy cuanto puedo dar;
No podéis más exigir.

DON ENRIQUE.

Aunque él haya de morir,
Tu amor solo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido,
Sonó un fugitivo acento,
Como el rumor del aliento,
Largo tiempo detenido.
Perdió la dama el color,
Púsose el Príncipe en pie,
Recelando ambos que esté
Alguno en el corredor.
Mas por el mismo lugar,
Con muy recatada seña,
Oyóse á la astuta dueña
Por el corredor llamar.
—Adiós, señor—dijo Inés,—
Que de partiros es hora.
—¿Hasta cuándo?—Por ahora,
Si gustáis, hasta después.

—¿Tanta ventura es verdad?
—Os lo había prometido;
De caza está mi marido.
Válganos la obscuridad.
¿Vendréis?—¿Cómo no?—Atended:
No hagáis confianza vana:
Abierta está la ventana,
Y es áspera la pared.
—Os entiendo; vendré solo.
—Sí, que la noche es obscura.
—¡Oh! Y por tamaña ventura
Fuera yo de polo á polo.—
Salió el Príncipe, y la bella,
Orgullosa por su amor,
Saliendo hasta el corredor,
Dejó el camarín tras ella.
Todo en él fué soledad;
Y, la cortina arrugando,
Vióse al Duque murmurando
Inmoble en la oscuridad:
«Hé aquí que todo lo pierde,
Por no pensar mi mujer
Que yo me puedo esconder
Tras esta cortina verde.»

JUSTOS POR PECADORES

Es Clara una hermosa niña
Que en la faz muestra gentiles
De sus diez y siete abriles
Los encantos á la vez.
Sencilla, mas sin que el mundo
La sobrecoja ni empache,
Las pupilas de azabache
Y de azucenas la tez.
Suelta y libre la cintura;
Como la noche el cabello;

Transparentes en el cuello
Venas de virgen azul.
Pie breve y aéreo paso;
Más inquieta y hechicera
Que en la fértil primavera
Las hojas del abedul.
  Gacela del mirar dulce
La llamó un árabe errante;
Sol, azucena y diamante
Las gitanas que la ven.
El árabe en sus desiertos
Con su memoria camina;
Egipto la vaticina
Infinito amor y bien.
  Sus ojos brillan tranquilos
Como una noche serena;
Su alma en ellos se ve ajena
De temor y de inquietud.
El Duque la dice «amiga»;
Doña Inés la dice «hermana»,
Los mancebos «soberana»,
Y «hermosa» la multitud.
  Si se reclina cansada
Junto á la fuente sonora,
La náyade protectora
Parece de su cristal.
Si corre de los jardines
Por las sendas desiguales,
Semeja entre los rosales
Una sílfide ideal.
  Si sonríe, es su sonrisa
Tan pura y tan hechicera

Cual la blanca luz primera
Del alba limpia de Abril.
Su voz es á quien la escucha
Red amante, oculta vira;
Y el aliento, si suspira,
Aura olorosa y sutil.
  El Duque parte con ella
Todo el amor de su esposa;
Doña Inés procura ansiosa
Con ella olvidarse dél.
Y es Clara, partiendo entrambos
Su purísimo cariño,
Para aquélla un tierno niño,
Y un serafín para aquél.
  Pasó toda aquella tarde
En el huerto entretenida,
Con una dueña que cuida
Sus caprichos de cumplir.
Cayó el sol; enlutó el cielo
La impalpable sombra inmensa;
La noche lóbrega y densa
Amagó el mundo cubrir.
  Guardó Clara sus cabellos,
Con un velo, del rocío;
Cruzando el jardín umbrío,
Hacia el camarín tornó.
Y asida á un ramo de flores
Que robó á la primavera,
Por una obscura escalera
Hasta el corredor llegó.
  Allí doña Inés, posada
La mano en el antepecho,

Miraba un camino estrecho
Que oculto á la calle da;
Y en el jardín, tras la dueña
Que recatada le guía
Por la misteriosa vía,
Rápido el Príncipe va.
  Clara entonces silenciosa,
Viendo á Inés tan distraída,
De su estancia la salida
Ganó á su espalda veloz;
Cayó la puerta de golpe
Con estrépito violento,
Y oyóse en el aposento
Del Duque la ronca voz.
  Tornóse Inés aterrada;
Oyóse dentro un gemido;
Aplicó atenta el oído,
Y dijo temblando:—Él es.—
Rápida, desalentada,
Por el corredor saltando,
Dió al jardín, encomendando
Su salvación á sus pies.
  Trémulo, descolorido,
El Duque de allí á un momento
Saliendo del aposento,
Embozado apareció.
Caló el sombrero á los ojos,
Y, dando vuelta á la llave,
Con paso callado y grave
La escalerilla bajó.

UN APÉNDICE

Á LAS

VENTANAS DE LA DUQUESA

Triste y lóbrega es la noche:
No está en el cielo la luna,
Colgada como una antorcha
Entre la niebla nocturna.
No es azul el firmamento,
Que le encapotan y enlutan
Informes masas de nubes
Que á paso tardo le cruzan.

Todo es silencio en Segovia;
Las ráfagas no murmuran,
Que el aire denso y pesado
Vecina tormenta anuncia.
Triste y lóbrega es la noche:
Yace la ciudad á obscuras,
En brazos del primer sueño,
Inmóvil, opaca y muda.

Con precaución cautelosa,
Que intento secreto anuncia,
Corrió una mano el cerrojo
De un postigo que se ofusca
En un lado del alcázar,
Entre prolijas molduras.
Por ella dos embozados
Salieron: ya que la alumbra
Débil luz de una linterna,
Por de fuera la aseguran.
Como mucho se recatan,
Y es la sombra tan confusa,
No se percibe á lo lejos
Ni su faz ni su figura.
Porque es la sombra un cristal
Que los recelos enturbian,
Y el objeto que se mira
Se disminuye ó se abulta.
Tan velozmente caminan,
Que pueden dejar en duda
Si su acelerada marcha
Es persecución ó fuga.

Por ella dos embozados
Salieron.....

(*Príncipe y Rey*, pág. 172.)

Doblan esquinas y calles,
Plazuelas y plazas cruzan;
Dijeran que van perdidos
Sin encontrar lo que buscan.
Mas tan decididos siguen
La dificultosa ruta,
Que bien se ve que no yerran
Ni se desorientan nunca.
El ferreruelo cruzado,
Á los ojos la capucha,
La barba sobre los pechos,
El morterete sin pluma,
Van su camino en silencio
Con planta firme y segura,
Y el uno delante el otro,
Ni se paran ni se juntan.
Debajo de unas ventanas
Que, con labores difusas,
Cercan muchos arabescos
De primorosa escultura,
Detúvose el de delante,
Diciendo:—Vela y escucha,
Esperando que yo vuelva
Sin que nadie me descubra.—
Replicó el otro en voz baja,
Saludando con mesura:
—¿Y si una ronda...?—Que pase,
Que mi grandeza te escuda.
—¿Y si un curioso...?—Que vuelva
Atrás.—¿Y si me importuna?
—Requiere, si no eres manco,
La razón de tu cintura.—

Siguió adelante, esto dicho,
Y primero que él acuda
Á dar, prevenido y cauto,
Ó noticia ó seña suya,
Abriéndose una ventana,
Lanzó de su sombra muda,
Con una escala de seda,
Una voz que dijo:—Suba.—
Subió el galán; mas llegando
Veloz á la cuerda última,
Un brazo que sacó un hombre
Que esconde la catadura,
Dándole aprisa un saquillo,
Dijo:—Tome lo que busca.—
Y, cerrando la ventana,
Mano, voz y hombre se ocultan.
Á tal momento en la calle,
Con voz de duelo y angustia,
Un ¡ay! lanzando una dama,
De la escala se asegura.
Bajó el caballero, y ella
Jadeando le pregunta:
—¿Vivís?—Y, asiendo el estoque,
Él replicó:—¿Quién lo duda?—
Llegó en esto el apostado
Con la linterna, y á una,
Dama y galán prorrumpieron:
—¡Don Enrique!—¡Inés!—Alumbra.—
Abrió el Príncipe el saquillo,
Y, sintiendo la tela húmeda,
Metió la mano y, asiendo
Con asombro lo que oculta,

Un brazo que sacó un hombre
Que esconde la catadura,
Dándole aprisa un saquillo,
Dijo: — Tome lo que busca.

(*Príncipe y Rey*, pág. 174.)

Sacó de la hermosa Clara
La cabeza infantil mustia.
—¡Santos del cielo! ¡Mi hermana!
—Su sentencia era la tuya—
Dijo á Doña Inés el Príncipe.—
¡Válgate, pues, tu fortuna!—
Y dando á la dama el brazo,
Tomando su antigua ruta,
Entraron en el alcázar
Por la puertecilla oculta.

Á LUENGAS EDADES LUENGAS NOVEDADES

I

El Príncipe pasó á rey,
Y, como era de esperar,
Todo debió de cambiar,
Sujeto á distinta ley.
Era la Reina muy bella;
Mas, como bella, celosa,
Y otra alguna por hermosa
No tiene igualdad con ella.

Así que el rey don Enrique,
Si no adquirió más virtud,
De su ociosa juventud
Puso á los vicios un dique.
De sus amigas livianas
Mucho el número menguó,
Y á la Reina encomendó
Sus más lindas cortesanas.
Es verdad que, á las dos leguas,
Doña Guiomar cada día
Entretenerle solía,
Dando al matrimonio treguas.
Y es cierto que tan leal
Á su Príncipe como ella,
De su amor le hace querella
Catalina Sandoval.
Mas pecados reales son,
Que tachar fuera imprudencia;
Son del cetro una exigencia,
Excesos del corazón.
Que es mezquino, á nuestro ver,
Que, mandando tanta gente,
Un monarca se contente
Con tan solo una mujer.
Si Dios condena el amor
Á la mujer del vecino,
No habla el precepto divino
Con él con tanto rigor.
Y sin duda alguna es bien
Que, pues la ley dan los reyes,
Sean ellos con las leyes
Privilegiados también.

Por eso en una alta torre
Que al Campo del Moro cae,
Por do Manzanares trae
Sus corrientes, cuando corre,
Se oye en la noche callada,
Sobre las alas del viento,
Un dulcísimo lamento
Y un arpa bien acordada.
Por eso, en la noche obscura,
Dice el necio centinela
Que en aquella parte vela
La bruja que el Rey conjura.
Pues de tiempo inmemorial
Por entre el vulgo se suena
Que allí encontró el de Villena
Un cólega espiritual.
Distinto habitante mora
Hoy en la torre precita;
Mas quiénes ó quién la habita,
El vulgo y la corte ignora.
Porque, aunque á veces en ella
Se oye que, en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella,
Se oye también que suspira
Tan amantes cantilenas,
Que si canta entre cadenas,
No canta, sino delira.
Á veces una voz blanda
En estribillo amoroso
De un amador licencioso
Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible
Y tan tierna en su cantar,
Que intentarla remedar
Fuera á otra voz imposible.
Ya apagada, ya sonora,
Ya trémula, ya segura,
Como la fuente murmura,
Como la tórtola llora.
Ya es un canto ronco y vago,
Sin tema sobre que acuerde,
Como un aura que se pierde
Entre la niebla de un lago.
Ya es alegre y peregrina,
Una voz tan infantil,
Que no envidia en lo sutil
Tonos á la golondrina.
Y á veces en la alta, obscura,
Larga noche, allí resuena,
Varonil, pujante y llena,
Otra voz sin su dulzura.
Mas tan bien con su vigor
La voz dulce se amalgama,
Que el aire las desparrama
En dobles himnos de amor.
Una de amor se querella,
Y otra canta sus victorias;
Ésta adora sus memorias,
Y las diviniza aquélla.
Quien de lejos las escucha
En la negra obscuridad,
Duda si sueña en verdad,
Y consigo mismo lucha.

Teme la superstición
Maleficio en el cantar,
Pero se mueve á escuchar
Temerario el corazón.

Es una noche tranquila,
De esas azules, serenas,
En que de la luna apenas
La pálida luz vacila.
Dentro de aquel torreón
Que cäe al Campo del Moro,
Se escucha el compás sonoro
De la femenil canción.
Envuelta en obscuro velo,
Emblema claro del luto,
Torna el rostro mal enjuto
Una mujer hacia el cielo.
Y brilla más la tristeza
De su encantadora faz
Con el llanto que tenaz
Destila de su tristeza.
Y en su angustia solitaria
Demandársela pudiera
Si canción tan lastimera
Es cántico ó es plegaria.
En un sitial á su lado,
Con un laúd la acompaña
Enrique Cuarto de España,
De su corona olvidado.
Pero ella ensaya tan mal
La endecha triste que canta,

Que mohino el Rey aguanta,
Mal sentado en su sitial.
  Viendo la poca virtud
Que su canto ejerce en ella,
Pues los tonos de la bella
No aciertan con su laúd,
  Soltando al fin de la mano
El inútil instrumento,
Dijo con severo acento,
Entre brusco y cortesano:
  —Para tal torpeza, Inés,
Que no cantes es mejor.

DOÑA INÉS

Cuanto pude hice, señor,
Y os lo ofrezco tal cual es.
Dos meses há que venís
Á gozaros en mi afán
Con el nombre de galán,
Mas como señor pedís.
Sin curar de mi dolor,
Mandáisme cantar, y canto;
No llorar, y enjugo el llanto;
No amar... y muero de amor.

DON ENRIQUE

Inés, importuna estáis.

DOÑA INÉS

Y vos por demás severo.

DON ENRIQUE

Que estáis muy celosa infiero.

DOÑA INÉS

Yo infiero que no me amáis.

DON ENRIQUE

¡Siempre dudas de mujer!
¡Siempre igual reconvención!

DOÑA INÉS

Amando de corazón,
Amar es obedecer.
Todas las noches traéis
La desazón en el gesto,
Siempre á enojaros dispuesto,
Y no hay de qué os enojéis.
El tiempo os parece largo
Que pasáis siempre conmigo:
Nunca, señor, os lo digo,
Y lo lloro, sin embargo.

DON ENRIQUE

Mas todas las noches vengo,
Inés, y no se te oculta
Que siempre lo dificulta
El grave cargo que tengo.

DOÑA INÉS

Mas yo, señor, noche y día
En esta torre encerrada,
Os espero enamorada,
Sin tener otra alegría.
Veo la noche importuna,
De la aurora el arrebol,
Nacer y morir el sol,
Nacer y morir la luna,
Y todo el tiempo se va
En inútiles querellas,
Demandando á sol y estrellas
Que me digan «dónde está».
Veo todas las mañanas,
Así que el sol reverbera,
Partirse en fuga ligera
Las avecillas livianas.
Todas las noches las veo
Al crepúsculo volver,
Fatigadas puede ser,
Mas cumplido su deseo.
Y á mí el tiempo se me va
En esas rejas vecinas,
Pidiendo á las golondrinas
Que me digan «dónde está».

Callaba el Rey, interés
Prestando á sus voces poco,
Y en delirio amante y loco
Lloraba á su lado Inés.

Él, la barba sobre el pecho,
Cruzadas ambas rodillas,
Sus querellas sin oillas,
Distraído ó satisfecho.
Ella, en más bajo lugar,
Mal prendido el luengo velo,
Las mangas de terciopelo
Deshilando sin cesar.
El Rey, como quien tolera
Algo que le mortifica;
Ella, como quien suplica
Algún favor que no espera.
Al fin, como quien despierta
De un sueño que le acosó,
Así don Enrique habló,
Con trémula voz incierta:

—Mucho te amé, bella Inés,
Mucho te amo; mas perdona
Que no pueda mi corona
Rendir amante á tus pies.
Casado estoy, en verdad;
Y de mi cetro en honor,
No cuidaré de tu amor,
Sí de tu seguridad.
El Duque no sé qué es dél;
Y pues se habla de ello mal,
Partirás á Portugal
Con un mensajero fiel.

Calló el Rey; é Inés, transida
De dolor tan impensado,
De espalda cayó á su lado,
Cercana al fin de la vida.
En sus brazos la sostuvo,
Y, á merced de un elixir,
La vida volvió á latir,
Camino el aliento tuvo.
Volvió á herir su corazón
Su altivez ó su mancilla,
Y dijo al Rey de Castilla,
Con la voz de la aflicción:
—Fué amaros orgullo en mí;
Hízolo amor la porfía;
Mas, pues la culpa fué mía,
Castigada quedo así.—
Y tornándola á faltar
Segunda vez el aliento,
Salió el Rey del aposento,
Tras quien la venga á ayudar.

II

Allá por do Manzanares
En humildosas corrientes,
Antes de entrar cortesano
En Madrid, sus aguas vierte,
Hay un sitio en que fundaron
Un alcázar otros reyes.

Pardo en el nombre, y perdido
En verdad en sus plaeeres,
En un despejado eampo
Que á su entrada el lugar tiene,
Con grande rumor levantan
Á toda prisa un palenque.
Dispónense aparadores,
Aparéjanse banquetes;
Doquier se aprestan vajillas
Y se despitan toneles.
Guirnaldas en los balcones,
Tapices en las paredes,
Pabellones en los teehos
Y en las alfombras pebetes.
Doquiera en el campo tiendas
Con banderas diferentes;
Andamios para la corte,
Y andamios para los jueees.
Y en el palacio tumulto,
Y tumulto en el palenque,
Y en las ealles y en las plazas
Los que van y los que vienen:
Por allá suben literas,
Por aeullá palafrenes;
Por allí, de real mandato,
De su real guardia jinetes;
Por un lado arcabuceros,
Por otro lado donceles,
Que, ganando tiempo y tierra,
Buseando aposentos vienen.
Músicos, dueñas, rateros,
Saltimbanquis y corchetes,

Tamboriles y danzantes,
Curiosos é impertinentes.
Aquí una moza devota,
Que el brazo á una vieja tiene,
Se ajusta en són de maitines
Con un majo matasiete.
Allí un dominieo obeso,
Abultado de mofletes,
En una niña de quince
Posa los ojos ardientes,
Sin duda alguna admirando
Al Dios que hace aquellos seres
De ojos negros, manos blaneas,
Cintura eseasa y pie breve.
Más allá, bajo un sombrero
Que en la oreja se mantiene,
Alto y toreido el bigote,
Larga espada, y entre el leve
Rizado de aneha valona
Eseondido hasta los dientes,
De pie dereeho, y la mano
Sobre la eintura siempre,
Está á través eseupiendo
Apereibido un valiente,
De esos que dieen: «Miradme,
Que hay indulgencias en verme»;
Y sobre todo el murmullo
Que tan sin término hierve,
En eóneavo estruendo roneo
Por pueblo y eampo se sienten
Los mazos de los peones
Que levantan el palenque,

Y el martillo del armero
Sobre golas y broqueles.
  Grandes fiestas se preparan,
Y, según dice la gente,
Son por los Embajadores
Que de la Bretaña vienen;
Así también lo confirma
La conversación siguiente
De dos judíos que aromas,
Joyas y armaduras venden:
—Buen agosto os habéis hecho,
Rubén, á lo que parece.
—No estoy quejoso, en verdad.
—Y aun contento
—Ciertamente.
—Sed franco.
—¿Más he de ser?
—Y por nuestros intereses,
Vayamos ambos á una,
Que espero que no nos pese.
—Sea así, hermano Daniel,
Y escuchadme atentamente.
El Rey me compró en secreto,
Para lujo en sus valientes,
Las armaduras mejores
Del torneo.
—¿Cuántas?
—¡Trece!
—¡Santos del cielo! ¿En monedas
Os pagó?
—Al punto y corrientes.
—Feliz sois, Rubén.

—Veamos
Vuestra fortuna.
—Yo siempre
Por enemiga la tuve.
—Pero yo sé que igualmente
El Rey, Daniel, os buscaba.
—Sí, mas fué ganancia leve;
Aplazóme los caballos
De mejor sangre que hubiese,
Y díle, blancos y negros,
Los mejores.
—¿Cuántos?
—Trece.
—¿Y os quejáis?
—¡Santa Sión!
Pagó dos; los once debe.—
Callaron ambos un punto,
Y, á Rubén Daniel volviéndose,
Díjole:—Mas ya hay quien cubre
Lo que pierdo en los corceles.
Don Beltrán armó los suyos,
Pródigo con mis arneses.
—¡Oiga! ¿También don Beltrán
Campo en el cerco mantiene?
—No por cierto, mas levanta
En Madrid otro palenque,
Para una segunda fiesta
Á la vuelta de los Reyes.
Á la parte de Alcalá
Tiene apostada su gente,
Para tomar de las damas
La brida á los palafrenes.

Y tiene consigo un hombre
Que recata el rostro adrede,
Que es capaz de armar batalla
Él solo con diez y siete.

(*Príncipe y Rey*, pág. 191.)

—Atrevido es el pagano,
¡Y ardua causa la que emprende!
Los galanes victoriosos
Se le opondrán reciamente.
—Pues don Beltrán de la Cueva
Aun se está tan en sus trece,
Que diz que hasta el mismo Rey
Le hará campo, aunque le pese.
—Mucho puja.
—Es conde y rico.
—Y el Rey es rey.
—Y él valiente.
Y tiene consigo un hombre
Que recata el rostro adrede,
Que es capaz de armar batalla
Él solo con diez y siete.
—¿Un soldado?
—Un caballero.
—¿Que es quien paga?
—Lo parece.
Que es un extranjero, dicen,
Que de aventurero viene.
—¿Trae gente en su compañía?
—Lanzas hasta veintinueve.
—¿Es francés?
—Flamenco.
—¿Amigo
De las batallas?
—No debe.
—¡Cómo!
—Dél se cuentan cosas
Bien extrañas cabalmente.

Dicen que, en vela continua,
No se sabe cuándo duerme;
Que es sobrio como una monja.
—¿Mas su nombre?
—No le tiene:
Sólo el flamenco le llaman;
Siempre anda solo, y le temen.
—¿Mas no se conoce de él...?
—Nada más que lo que él quiere;
Y que es altó, recio, osado,
—Y á lidiar dispuesto siempre.
Callaron ambos judíos,
Y en raudo tropel la gente
Se agolpó sobre el camino
Á vitorear á sus Reyes.

III

Como seis días después,
Y hacia las dos de la tarde,
En el Prado que en Madrid
Por San Jerónimo sale,
Armados hasta los dientes
Y cubiertos los semblantes,
Estaban dos caballeros
De una ancha tienda delante.
Detrás de ellos, apostados
En hilera formidable,
Hay hasta treinta jinetes,
Potentísima falange.

Y otros treinta caballeros,
Cuanto valientes galanes,
En varios grupos conversan,
De su pompa haciendo alarde.
Donceles tienen sus lanzas,
Sus caballos tienen pajes,
Siendo á la par todos ellos
Soldados y capitanes.
Detrás hay una barrera
Que guardan con antifaces
Otros doce caballeros
Sobre doce yeguas árabes.
Á los lados dos andamios,
Uno con las armas reales
Y otro con las de Bretaña,
Coronados de sitiales.
Otro andamio casi enfrente,
Y en él los jueces y grandes
Que han de pesar la justicia
Y la ley de los combates;
Y el resto cerca una valla,
Hasta dos arcos triunfales,
En que remata una liza
Que por la barrera se abre.
Banderas de mil colores
Se estremecen en el aire,
Que embalsaman ramilletes
De jazmines y azahares.
Lindísimas cortesanas
De cabellos de azabache,
Tez pálida y ojos negros,
Bajan el Prado adelante.

Porque, ¿qué son los jardines
En que las flores no salen,
Sino lo que son las fiestas
En que las damas no caben?
De ambas las tropas que aguardan
El duro y próximo trance,
Hablan en voces secretas
Ambos los jefes audaces.
Uno es Beltrán de la Cueva;
Del otro nada se sabe,
Sino que con treinta lanzas
Con don Beltrán hizo parte.
Es de talla aventajada,
De nunca visto semblante;
Vigoroso asaz de miembros
Y de fuerzas sin iguales;
Una hacha de armas esgrime
Y una espada formidable,
Que los arneses más recios
Desencajan y deshacen.
Cabalga un potro normando,
Como sufrido pujante,
Que obedece á los impulsos
De dos largos acicates;
Y acostumbrado á la guerra,
En que há tiempo que le traen,
Mal le reprime el jinete
Al oir los atabales.
Á su vez el caballero
Le acosa con voz tonante,
Como si el mismo caballo
Á la misma par lidiase;

Y dicen que tan á tiempo
La segunda vuelve y parte,
Que un solo cuerpo lidiando
Caballero y corcel hacen.
Así Beltrán de la Cueva
Le hablaba á este personaje,
Y el flamenco respondía
Con razones semejantes:

DON BELTRÁN

¿Seréis firme?

FLAMENCO

Como un roble.

DON BELTRÁN

¿Lidiaréis?

FLAMENCO

Á toda sangre.

DON BELTRÁN

¿Nadie pasará?

FLAMENCO

Ninguno

Con espada ni con guante.

DON BELTRÁN

¿Y si el mismo Rey se empeña?

FLAMENCO

¡Al Rey, ¡vive Dios! que mate
Y lleve su guantelete
En una pica hasta Flandes!

DON BELTRÁN

Si como decís obráis,
Temo que el campo no os baste.

FLAMENCO

Al tiempo lo recomiendo;
Y, si la suerte me vale,
Veréis que mejor amigo
No hallaréis para este trance.

DON BELTRÁN

¿Qué mote sacáis?

FLAMENCO

Ninguno.

—¿Y si el mismo Rey se empeña?
—¡Al Rey, ¡vive Dios! que mate
Y lleve su guantelete
En una pica hasta Flandes!

(*Príncipe y Rey*, pág. 196.)

DON BELTRÁN

Pues he visto á vuestro paje
Un broquel con una letra.

FLAMENCO

Esa letra dice: «Nadie.»

DON BELTRÁN

¿Es orgullo?

FLAMENCO

Es una historia.

DON BELTRÁN

¿De amoríos?

FLAMENCO

Y de sangre.

DON BELTRÁN

¿Sois príncipe?

FLAMENCO

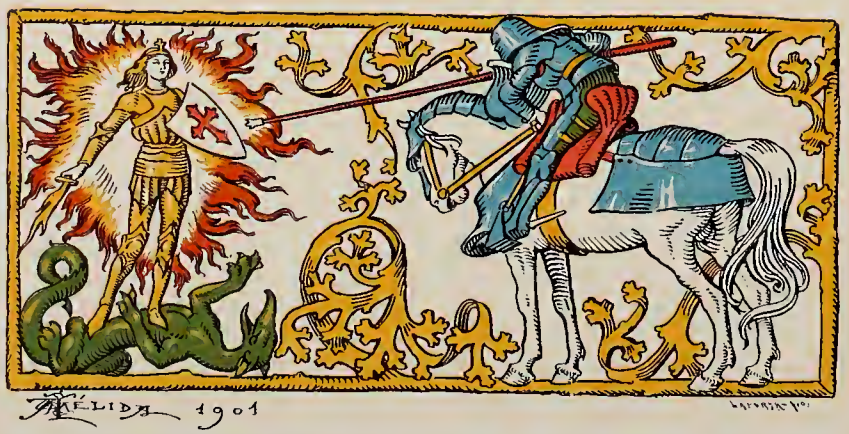
No por cierto.

DON BELTRÁN

¿Sois huérfano?

FLAMENCO

Lo acertasteis;
Porque á ninguno sujeto,
Soy libre y la tierra grande.
Oyóse en esto el tumulto
De pífanos y atabales,
Y vióse la polvareda
Que por el campo adelante
Envuelve á los que se acercan
Tras los pendones reales,
Que, acabados los torneos,
Á Madrid vuelven triunfantes.
Cabalgó al punto Beltrán,
Y, cabalgando el de Flandes,
Asió broquel, lanza y brida,
Diciendo con voz pujante:
—¡Á caballo! ¡Voto á Dios!
Y en torneo ó en combate,
No hay que dejar con espada
Desde San Miguel á nadie.—



¡ Esplendida cabalgada !
¡ Caballeresco Tropel !
La reina viene montada,
Y el rey la brida dorada
asiendo de su corcel.

(*Príncipe y Rey*, pag. 199.)

EL PASO DE ARMAS DE BELTRÁN DE LA CUEVA

I

¡Espléndida cabalgada!
¡Caballeresco tropel!
La Reina viene montada,
Y el Rey la brida dorada
Asiendo de su corcel.
Vienen siguiendo sus huellas
Las cortesanas más bellas,
Y á su vez los caballeros
Sirven de palafreneros
Á los palafrenes de ellas.

Detrás las literas vienen
Sobre eselavos orientales;
Los pajes detrás se tienen,
Y el orden al fin mantienen
Mil areabueeros reales.
Todo es luego en derredor
Y detrás pueblo y tumulto;
En el eentro va el valor,
Y en la fiesta, mal oeulto,
El orgullo y el amor.
Al valor pruebas le dan
Las eotas heehas pedazos;
Orgullosos todos van,
Y el amor probando están
Las empresas y los lazos.
Ondulan los martinetes
Asidos á las eimeras
De los ufanos jinetes,
Y usurpan toeas ligeras
El lugar de los almetes.
Y en vez de ferradas golas
Y de rojas banderolas,
Flotan en suelto equipaje
Los velos blaneos de eneaje
De las damas españolas.
Y de las sillas de guerra,
Forradas de limpio acero,
Hasta toear eon la tierra
Cuelga el que de amor eneierra
Misterios eendal ligero.
No aprisionan los eoreeles
Guanteletes ni eseareelas,

Sí terciopelos y pieles,
Y ellos van libres y fieles,
Sin temor á las espuelas.
  Solamente más severos,
Aunque no siendo mejores,
Tras el rey van altaneros,
Pacíficos caballeros,
Los nobles embajadores.
  Y á sus personas prestando
Las atenciones reales,
En rico y vistoso bando,
Sobre mulas van pasando
Obispos y cardenales.
  Todo es lujo y altivez,
Todo es oro cuanto brilla,
Y osténtanse allí á la vez
Los hidalgos de más prez
De León y de Castilla.
  Todas las mejores lanzas
De ambos reinos acudieron,
Y descuidando sus danzas,
Osados en esperanzas,
Diz que hasta moros vinieron.
  Que para ostentar valor
Cualesquiera liza es buena;
Y el moro batallador
Sabe siempre que es mejor
Lidiar en cristiana arena.
  Allí, en los andamios, miran
Sin máscaras las hermosas;
Sus alientos se respiran,
Y á sus miradas aspiran

Las hazañas generosas.
  Por eso vienen ligeros,
Sobre sus negros corceles,
Diez árabes caballeros,
Silenciosos y severos,
Envueltos en alquiceles.
  Su mirar rápido, incierto,
La negra barba crecida,
El corcel de oro cubierto,
Todo muestra la atrevida
Generación del desierto.
  Y aunque, cuanto audaz cortés,
Culta en usos y lenguaje,
Siempre se alcanza á través
De su magnífico arnés,
Algo de origen salvaje.
  Llegaron ante la valla
Rey, pueblo y embajadores;
Y al són del clarín que estalla,
Van á ofrecer la batalla
Al Rey los mantenedores.
  Llegó á sus pies Don Beltrán,
Y díjole audaz: «Señor:
Aquí mis nobles están,
Que sus lanzas medirán
Con vuestra lanza mejor.
  »Y pues, por encarecellos
Vuestra real esplendidez,
Fiestas quiso concedellos,
Para no ser menos que ellos,
Hé aquí campo á nuestra vez.
  »Como tan buenos vasallos,

Por eso vienen ligeros,
Sobre sus negros corceles,
Diez árabes caballeros,
Silenciosos y severos,
Envueltos en alquiceles.

(*Príncipe y Rey*, pag. 204.

De las damas requerimos
Las bridas de los caballos;
Y pues á aquesto venimos,
Ó combatir, ó soltallos.»
  Y echando el guante en la arena,
Brida volviendo á su gente,
El campo en torno resuena
Con largo aplauso que llena
Cuanto el sol resplandeciente.
  Aceptó el Rey; y los vientos
Rasgando los atabales,
Fueron ocupando atentos
La multitud sus asientos,
Y los Reyes sus sitiales.
  Puestos los embajadores
Á un lado, y á otro los jueces,
Al són de los atambores,
Á los nuevos lidiadores
Requirieron por tres veces.
  Lanzáronse hacia la liza
Hasta cuarenta jinetes,
Y, en su línea movediza,
El aura estremece y riza
Crestones y martinetes.
  Tascan espumoso el freno
Impacientes los bridones,
Henchir queriendo su seno
Con los belicosos sones
De que el aire tragan lleno.
  Entonces, desde una tienda
De los que el campo mantienen,
Al lugar de la contienda

Un caballo por la rienda
Dos pajes bajando vienen.
  Por si quisiera lidiar,
Al Rey le ofrecen corteses,
Advirtiéndole á la par
Que mejor no lo ha de hallar
Ni con mejores arneses.
  Partieron los lidiadores
El sol de la liza igual,
Y, al són de los atambores,
Retados y retadores
Aguardaron la señal.

II

  Con la visera calada
Y los lanzones en ristre,
Los broqueles ante el pecho,
Sobre los estribos firmes,
Cerráronse á toda brida
Los lidiadores insignes,
Los unos contra los otros,
Á la voz de los clarines.
Todo fué polvo un instante;
No se oye ni se distingue
Más que el són que los aceros
En fiero compás despiden.

Cerráronse á toda brida
Los lidiadores insignes,

(*Príncipe y Rey*, pág. 204.)

En honda y ansiosa duda,
En angustia indefinible,
Almas con ojos esperan
Á que el polvo se disipe.
Es en vano que las damas
Al turbio palenque miren;
Todo, entre el espeso polvo,
Está en el campo invisible.
En vano sobre su escaño
Se levanta Don Enrique;
El polvo oculta á sus ojos
Los que vencen ó se rinden.
Se oye que abajo en la liza
La recia contienda sigue,
Porque los gritos no cesan,
Y los golpes se perciben.
Unos gritan:—Flandes, Nadie.
—Al Rey, al Rey—otros dicen;
Y las lanzadas se doblan,
Y los tajos se repiten.
Ayes, lamentos, insultos,
Maldiciones, lelilíes,
Relinchos y cuchilladas,
Todo á un tiempo se concibe;
Todo en tumulto espantable,
Todo en confusión horrible.
Todos los gritos se mezclan,
Y á gran pena se distinguen
Los de—¡Cierra! ¡Hiere! ¡Á ellos!
¡Alá! ¡Flandes! ¡Don Enrique!—
Creyéndose al mismo tiempo,
Por los «cierra» y los «lelíes»,

Que flamencos y cristianos
Contra sarracenos riñen.
  Rodó al fin el polvo denso
Con las ráfagas sutiles,
Descubriendo la vergüenza
De los que la arena miden.
Pocos pudieron bizarros
Al encuentro resistirse;
Su mismo impulso fué causa
Del azar que les aflige.
Quedaron de entrambas partes
Tan sólo trece que lidien.
Son los seis mantenedores,
Los otros siete, del Príncipe.
De ellos hasta tres son moros
Que á los del Rey bien asisten,
Con los alfanjes sangrientos
Y los palafrenes libres.
Donde una espada se rompe,
Donde un yelmo se divide,
Doquier que un palmo se pierde
Ó un caballo se reprime,
Allí la lanza de un moro,
Allí un alfanje invisible,
Hiere, acosa, rompe, vence,
Antes que se le adivine.
Algunos de entrambos bandos
Que levantarse consiguen,
Con los pomos y los puños
En el combate persisten.
Dan, cían, avanzan, vuelven
Y ligeros como tigres,

Soltando el inútil hierro,
Con los brazos se reciben.
Se abrazan y se sacuden,
Y se cruzan y se oprimen,
Quedando un momento inmobles,
En duda de si respiren.
Y al fin de afanosa lucha,
Sin vencer y sin rendirse,
Ruedan abrazados ambos,
Y cuartel ninguno pide.
Perdidos entre el tumulto,
Tal vez aún se distinguen
Sus desperados esfuerzos,
Sus convulsiones horribles,
Hasta que el tropel sangriento
De los jinetes que viven
Los envuelve enteramente,
Los separa ó los persigue.
Tocó el sol en Occidente;
Y á la voz de Don Enrique,
Pajes entran en la liza
Que los heridos retiren.
Despejado un poco el campo,
La liza de estorbos libre,
Quedaron lidiando siete
Sobre los estribos firmes.
Don Beltrán con el de Flandes
Y un flamenco que le sigue,
Con un hacha á cuyos filos
Mal los broqueles resisten.
Lidian por el Rey, valientes,
Los ventajados en lides:

El Marqués de Santillana,
Que negra armadura viste;
Don Juan Pacheco, que el mando
Lleva á medias con el Príncipe,
Y el buen Conde de Treviño,
Del solar de los Manriques.
Con ellos guerrea un moro,
De cuya opulenta estirpe
Dan testimonio, y no escaso,
El negro corcel que rige,
El corvo alfanje que empuña
Y el arnés con que se ciñe.
Mas todo está deslucido,
Sin que oro ni acero brillen;
Que todo en polvo y en sangre,
Á puro lidiar, se tiñen.
Don Beltrán, rota una brida,
Con esfuerzos increíbles,
Contra el moro y Santillana
Ve su salvación difícil.
Las damas le vitorean,
Mostrando bien cuánto es triste
Que caballero tan bravo
Con tal desventaja lidie.
Los jueces están inquietos;
É indeciso Don Enrique,
Duda si el bastón de mando
Á tiempo en la arena tire.
Mas antes que esto suceda,
Se oyó pujante y terrible
El grito con que el flamenco
«¡Flandes y Nadie!» repite.

Y revolviendo el caballo,
Con ímpetu se dirige
Hacia el noble Santillana,
Que el campo á su empuje mide.
Entonces al de Treviño
Volviendo,—«Aquí Flandes»—dice;
Y alzándose en los estribos,
De entrambas manos se sirve.
Cayó del caballo el Conde;
Y volviendo el que le rinde
Al soldado que le ayuda,
Le manda que se retire.
Quedaron, pues, dos á dos,
Cuatro valientes que piden
Una corona los cuatro,
Para los cuatro difícil.
Y bien merecen que en ellos
Su honor sus partidos cifren,
Porque no hay mejores brazos
Para que le depositen.
Pacheco y Beltrán cayeron;
Pacheco, asido á las crines,
Debajo está del caballo,
Incapaz de desasirse.
Vino Don Beltrán sobre él;
Mas los jueces que presiden
Dan por vencido á Pacheco,
Y escuderos le permiten.
Mientras, agotando esfuerzos
Que parecen imposibles,
El árabe y el de Flandes
La lucha tenaces siguen.

Grita el flamenco: «Aquí Flandes»;
Y el árabe á cada quite
Entra y sale huyendo y dando,
Siempre en duda y siempre libre.
En vano el flamenco acude
Á cuanta fuerza le asiste;
El moro hace que el caballo
Pase, cruce, salte y gire.
Mas cansada su fortuna,
Á tiempo que ambos embisten,
Al dar una huída el moro
Hace que el caballo pise
Tan en vago, que, aunque diestro
Le levanta y le reprime,
Dobló las manos en tierra,
Tocándola con las crines.
Esto que viera el flamenco,
Con empuje irresistible
Para adelante se viene,
Sin que el moro alcance á herirle.
Cayó el de Flandes encima;
Y aunque el caballo le oprime,
Asió con tal fuerza al moro,
Que le acogota y le rinde.
Tiró su bastón el Rey,
Y al són de los añafiles
Mandó que por los del campo
La victoria se publique.

Mientras á los pies del Rey
De hinojos Beltrán se pone,
Y el Rey le tiende la mano
Porque con ella se honre,

(*Príncipe y Rey*, pág. 211.)

III

Mientras á los pies del Rey
De hinojos Beltrán se pone,
Y el Rey le tiende la mano
Por que con ella se honre,
Á las puertas de la liza
La multitud agolpóse,
Para ver la cabalgada
Cuando á palacio se torne.
Bajaron de sus andamios
El Rey, la Reina y la Corte;
Damas, caballeros, pajes,
Obispos y embajadores.
De manos de los doncelles
Recibiendo los bridones,
Conducir de allí á las damas
Como enantes se proponen.
Asidos brida y estribo,
Por que más fáciles monten,
Por las hermosas esperan
Los caballeros mejores.
Púsose primero el Rey,
Y ya cortés se dispone
Á dar la mano á la Reina,
Cuando con audacia un hombre,
Cejar haciendo el caballo,
Sin respeto se la coge.

—¿Quién se atreve...? dijo el Rey.—
Y en el rostro los colores,
Tornando el gesto alterado,
Delante su vista hallóse,
La brida asiendo, al flamenco,
Que así osado le responde:
«Si pasáis sin combatir,
Será sin guante ni estoque;
Que he lidiado en el palenque
Bajo de estas condiciones.»
El rey Enrique, indeciso,
De arriba á abajo miróle,
Dudando si, por quien sea,
Se lo tolere ó se enoje;
Pero por más que á sus solas
Su pensamiento recorre,
Como él su rostro recata,
No sabe si le conoce.
Al fin, fingiendo respetos
Por sus derechos, cedióle,
Ya su razón otorgando,
Ya por secretas razones.
Tendióle la mano, y dijo:
—¡Loor á los vencedores!
Tomad lo que habéis ganado,
Que, en efecto, anduve torpe.
¿Quién sois?
—*Nadie:* ésa es mi empresa.
—¿Es vuestra cifra?
—Es mi nombre.
—Sois valiente, y no os atañe,
Por vida mía, ese mote.

—Ya dije que es nombre propio,
Y no le merezco noble.
—¿Cómo, pues?
—Porque he vendido
Mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el Rey,
Y, tras largas reflexiones,
Con sonrisa ambigua dijo:
—Id adelante.—Y siguióle.

RECUERDOS

Es una noche tranquila,
De esas azules, serenas,
En que de la luna apenas
La pálida luz vacila.
Algunas nubes errantes
Por medio el espacio flotan,
Que así de la luna embotan
Los resplandores brillantes.
La brisa fresca que vaga
Los árboles estremece,

Y, según se extingue ó crece,
Crece el murmullo ó se apaga.
  Noche espléndida y serena
Que al hombre á pensar convida,
Y en que resbala la vida
De gozo y pesar ajena.
  En que, absorto el pensamiento
En vaga meditación,
Halla una blanca ilusión
En cada arruga del viento.
  Nada ve el ojo, aunque mira;
Oye el oído, y no escucha;
Y, consigo en débil lucha,
Triste el corazón suspira.
  Una noche clara y pura
En que, contemplando el cielo,
Crece en el alma el consuelo
Y hechiza hasta la amargura.
  Noche en que se ve á lo lejos,
Con el fulgor de la luna,
La ilusión de la laguna
En argentinos espejos.
  En que se ve el bosque umbrío
Cual un escuadrón gigante,
Y cual rastro centellante
La cinta blanca de un río.
  Noche en que prestan á una
Blando perfume las flores,
Música los ruiseñores
Y resplandores la luna.
  De esas noches que una vez
Todos los hombres gozaron,

Se percibe allá en la obscura
Sombra negra, alguna vez,
La movible brillantez
De su límpida armadura.

(*Príncipe y Rey*, pág. 217.)

Y á cuya luz recordaron
Los sueños de la niñez.
De esas noches cuya historia
Dura en el alma escondida,
Página de nuestra vida
Pegada á nuestra memoria.
Oyendo el tropel sonoro
Con que en murmullos süaves
Aduermen hojas y aves
Y aguas el Campo del Moro,
Un hombre sobre una peña
Se alcanza en la obscuridad;
Mas no se alcanza, en verdad,
Si aguarda, medita ó sueña.
Se percibe allá en la obscura
Sombra negra, alguna vez,
La movible brillantez
De su límpida armadura.
Se oye entre las hierbezuelas,
Á cada sacudimiento,
El brusco estremecimiento
De sus ásperas espuelas.
Dolientes suspiros lanza
Del ánima dolorida,
Tal vez por la antigua vida,
Ó acaso por su esperanza.
En esto, en una alta torre
Que al Campo del Moro cae,
Por do Manzanares trae
Sus corrientes, cuando corre,
Vagó sobre el aura leve
Voz tan dulce y lastimera,

Que atenta el aura ligera,
Por oílla no se mueve.
  Á aquel suavísimo són,
El caballero escondido
Ansioso prestó el oído,
Hízose todo atención.
  La voz que oye limpia y blanda
En estribillo amoroso,
De un amador licencioso
Nuevas al viento demanda.
  Y es tan suave y tan flexible,
Y tan tierna en su cantar,
Que intentarla remedar
Fuera á otra voz imposible.
  Ya apagada, ya sonora,
Ya trémula, ya segura,
Como la fuente murmura,
Como la tórtola llora.
  Ya es un canto ronco y vago
Sin tema sobre que acuerde,
Como un aura que se pierde
Entre la niebla de un lago.
  Ya es alegre y peregrina
Una voz tan infantil,
Que no envidia en lo sutil
Tonos á la golondrina.

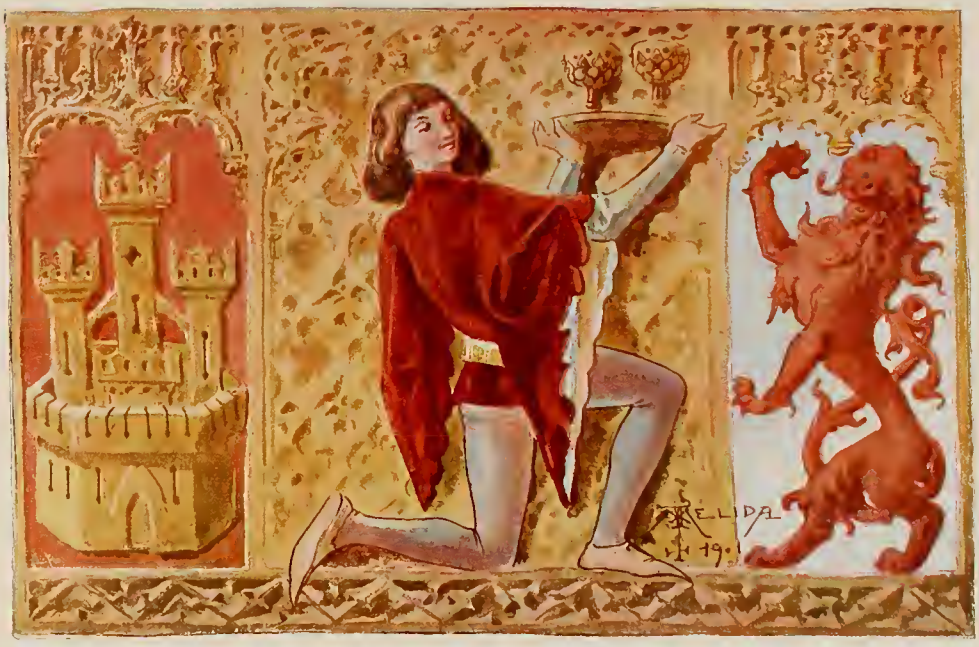
¿Es ilusión mentirosa,
Ó es tremenda realidad
Ese sueño de otra edad
Más bella y más dolorosa?

¿Por qué estremecido miras
Esa torre solitaria,
Y al rumor de esa plegaria
Con pesadumbre suspiras?
¿Qué oyes, caballero, dí,
En ese són misterioso
Que el céfiro vagaroso
Arrastra ufano hasta ti?
¿Ese que gime en el viento
Sonido despertador,
Es un recuerdo de amor,
Ó es tenaz remordimiento?
¡Ah! El pensamiento perdido,
Incapaz de decidir,
Vacila entre el porvenir
Y las sombras del olvido.
Y aunque aquella voz se exima
De más cercana inspección,
Bien sabe su corazón
Que aquella voz le lastima.
¿Quién vivirá en esa torre,
Que canta tan dulcemente,
Mientras suena mansamente
El Manzanares que corre?
Porque aunque á veces en ella
Oyó que, en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella;
Aunque á veces triste canta
Lastimado són de duelo,
Cual queriendo enviar consuelo
Al corazón la garganta,

Oyó también que suspira
Tan amantes cantilenas,
Que si canta entre cadenas,
No canta, sino delira.
Cesó la voz de repente,
Y sobre el césped mullido
Oyóse un pie contenido
Que va cautelosamente.
Cada vez más cerca está...
Púsose en pie el caballero,
Y, requiriendo el acero,
Preguntó firme:—¿Quién va?—
Á sus rayos argentinos
La luna dejóle ver
Un paje que echó á correr,
Dando vuelta á unos espinos.
—¿Sois vos—le dijo llegando—
Nadie en Flandes, mucho aquí?
—Mucho te han dicho de mí.
—Pues á vos vengo buscando.
Seguidme.
—¿Adónde?
—¿Teméis?
Dijeron que erais valiente.
—Mas fiarse no es prudente
Del primero...
—Bien hacéis.
Dios os guarde; á decir voy
Que os propuse una aventura,
Y desechó por mesura
Vuestra prudencia la de hoy.
—Mucho sabes, pajecillo.

Vé delante.
—Pues de mí
No os separéis: por aquí.
—¿Dónde vamos?
—Al castillo.

Y de un torreón en el centro,
Postigo oculto buscando,
Entraron ambos, cerrando
La portezuela por dentro.



FAVOR DE REY

En medio de un aposento
Que el rey Enrique eligió
Para secreto teatro
De sus comedias de amor,
Él y Beltrán de la Cueva,
Á quien con prisa llamó,
Están: don Beltrán en pie,
Y él tendido en su sillón.
Decora del gabinete
El magnífico interior

Cuanto de rico y espléndido
Monarca jamás juntó.
Cuelga una lámpara de oro
Del cincelado artesón;
Forrados en terciopelo
Los muros en derredor;
El pavimento de alfombras
Exquisitas se vistió,
Y sobre el Rey pende inquieto
De plumas un pabellón.
Delante tiene á una fiesta
Preparado un velador,
Cual le anhelaran cubierto
La codicia y la ambición.
Copas y cubiertos de oro;
Vajilla que cinceló
Diestro artista, á quien por ella
Dieron riquezas y honor.
Y á su lado entre perfumes,
En pródiga ostentación,
Doble y superior servicio
Sobre un ancho aparador.
Siguiendo el Rey y el privado
Su rota conversación,
El vasallo respondía,
Preguntándole el señor.
—¿Conque lloraba?
—Doliente
En mis brazos se arrojó,
Diciendo: «¿Es él quien lo manda?»
—¿Y qué respondisteis vos?
—Que en ello vuestros mandatos

No admitían dilación.
—Muy bien dicho. ¿Y á esa orden,
Ella qué dijo?
—Señor...
—Sin escrúpulo decid,
Beltrán; que en esta ocasión,
Si alguien debiera tenerlos,
Vos cabalmente no sois.
Mas os juro, por mi vida,
Que no me acosa el menor:
Por el bien de mis vasallos
Tengo en esto obligación.
Conque, ¿qué dijo?
—En injurias
Su lengua se desató.
—¡Hola, hola!
—Lamentando
Vuestra inconstancia en amor.
—No fué mucho, don Beltrán;
Pero ya, gracias á Dios,
Tenemos algo de mundo,
Y há tiempo uso de razón.
¿Y qué más?
—Roja de rabia,
Mal caballero os llamó,
Indigno de vuestra estirpe,
Hipócrita y seductor.
—Ese ya es otro cantar,
Buen Beltrán; mas tengo yo
Para mí que el injuriarme
Era pedirme perdón.
—Á vuestro real pensamiento

Sin oponer la menor
Contradicción, yo os dijera
Que me asiste otra opinión.
—¿Cómo? Decid.
—Doña Inés
Por ultrajada se dió,
Y, serenándose al punto,
«Bien, caballero: ¿sois vos
(Me dijo con voz resuelta)
Mi guarda ó mi conductor?
—¿Y vos?
—Señora—la dije—
Otro el Rey os preparó.
—¿Y ella?
—Añadió: «Pues decidles
De mi parte á ambos á dos,
Que apresuren nuestro viaje,
Que estoy pronta y noble soy;
Y al Rey en particular,
Que excuse toda ocasión
De sincerarse; que siento
Tal desprecio por su amor,
Que si al paso se me pone,
Ni aun he de mirarle yo.»
—¡Bravamente lo ha pensado!
No lo hiciera yo mejor.
¡Pobre muchacha! En las redes
Que la he tendido cayó.—
Callaron por un instante
El privado y el señor,
En consulta cada cual
Con su propia reflexión.

En esto confusamente
Del muro en el interior,
Con misteriosa cautela
Llamada ó seña sonó.
—¿Han llamado?
—Sí, por cierto.
—Ellos serán.
—Sí, señor.
—Abrid, y en mis conjeturas
Ayúdeme el vino y Dios.—
Con un oculto resorte
Don Beltrán la puerta abrió,
Y entraron por ella un paje
Y el Flamenco vencedor.
Tendió el Flamenco la vista,
Sin señal de turbación,
Por todo cuanto le alumbran
Las luces en derredor.
Y sereno, altivo, inmóvil,
En la misma posición
Con la visera calada,
Callando se conservó.
—Venid—le dijo, dejando
El Monarca su sillón;—
Venid al igual conmigo,
Ilustre batallador.
Aliviaos de esos hierros,
Ocupad ese sillón,
Y tendedme vuestras manos,
Que á fe que me harán honor.
Beltrán, que sirvan la cena;
Y en tan dichosa ocasión,

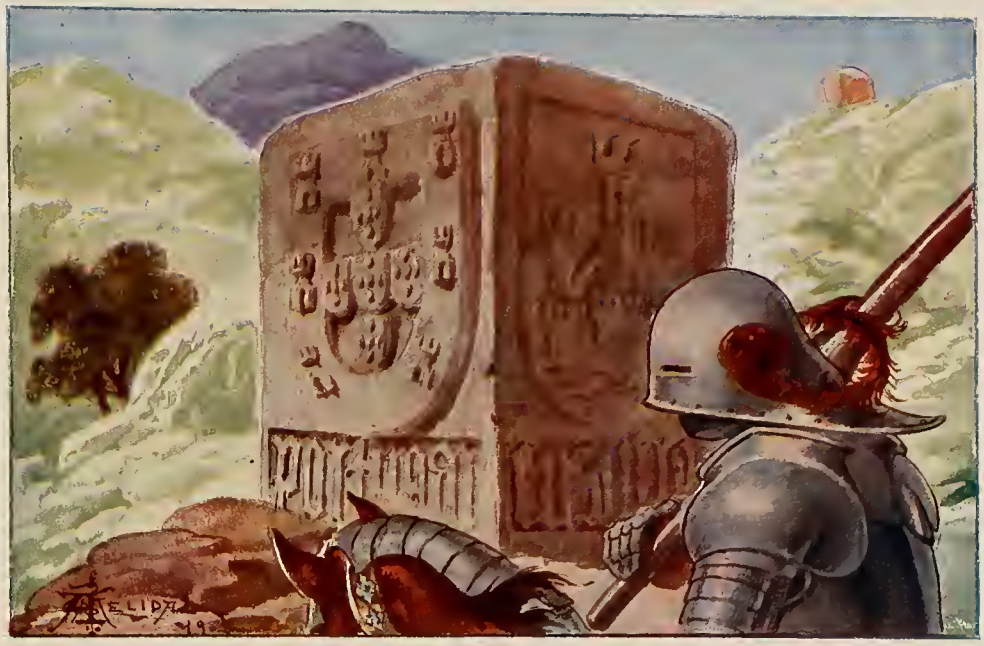
Chipre, el Vesubio y Falerno
Nos presten gozo y valor.
¿No os sentáis?—El encubierto,
Sin moverse, respondió:
—Yo soy un aventurero
Que por mis desgracias voy
Cumpliendo una penitencia
Que me han impuesto, señor.
No puedo mostrar mi rostro,
Mi nombre ni mi blasón
Sino al hombre que me venza
En las armas superior;
Y entonces será pidiéndole,
En nombre del sumo Dios,
Que me pase compasivo
Con la daga el corazón.
—Caballero, pues que todo
Me convence que lo sois—
Díjole el Rey,—¿no pudiera
Alzar ese voto en vos
La voluntad de los reyes,
Ni aun por haceros honor?
Porque en verdad que me aflige,
Al daros por galardón
Mi amistad y mi palacio,
No saber á quién los doy.
—Por respeto á mi rey sólo
Voy sin ventura, señor;
Ved si estimo vuestras dádivas
Como de quien ellas són.
Miró al caballero el Rey
Con ojo escudriñador,

Y, comprimiendo los labios,
Á Don Beltrán los volvió,
Diciendo:—¡Cómo ha ser!
La voluntad es de Dios.
Mas ya, señor caballero,
Que la suerte me privó
Del placer que me esperaba,
Pediros quiero un favor.
—Será mandato, y cumplirlo
En mí será obligación.
—Jurad que lo cumpliréis.
—Jamás he jurado yo;
Que tengo en más mi palabra
Que el juramento mejor.
—Dispensad, que anduve torpe;
Concededme en galardón
Un brindis.
—Eso más bien;
Con mil amores, señor.—
Llenó Don Beltrán las copas;
Una cada cual tomó,
Y, alzándose la visera
El flamenco lidiador,
Encubiertas las mejillas
Con un antifaz mostró.
—Engañasteis mi esperanza—
Díjole el Rey.
—¡Ah, señor!
Para encubrir mi desdicha
Es doble mi precaución.
—¿Y quién tanta penitencia
Á imponeros alcanzó?

—Mi vergüenza.
—¿Y por qué causa?...
—De una mujer se valió.
—Basta y brindad, caballero;
El que buscaba sois vos.—
Bebieron ambos; la mano
El Monarca le tendió,
—Y ahora—le dijo—escuchadme,
Si os place, con atención.
¿Queréis llevar en secreto
Una dama de alto honor
Á Portugal?
—Á la misma
Constantinopla, señor—
Centelleándole los ojos
El hidalgo respondió.
—Está bien; Beltrán, mis órdenes
Llevad á esa dama vos;
Que al punto partan. Tomad.
En ese pliego que os doy
Encontraréis, caballero,
Mi voluntad superior.
En pasando la frontera
Le abriréis, pero antes no;
Ni vos ni nadie á la dama
Mantengan conversación.
Ved que en ello os va la vida,
Pues gentes os daré yo
Que os velen y os acompañen
Por mi reino.
—Eso, señor,
Más es castigo que premio.

—Negocios de corte son,
En que á par necesitamos,
Yo prudencia y vos valor.
De vuestros treinta jinetes,
Hasta diez irán con vos;
Los demás á la frontera
Los enviaré luego yo.
¿Comprendisteis?
—Comprendí.
—¿Prometéis?
—Delante á Dios,
Os aseguro que nunca
Mi ventura fué mayor.
—¡Ah! Mirad, se me olvidaba:
Este pequeño cajón
Llevaréis á su destino.
—Decidme su dueño.
—Vos.
Es un presente que os hago,
Que os probará, salvo error,
Que es mi memoria tan larga
Cuanto la vida en los dos.
Conque, si os cumple, brindemos
Á vuestra vuelta.
—Señor,
Nadie cuenta con su suerte.
—No me lo aseguro yo;
Mas, si á Castilla volvéis,
Tal vez halléis lidiador
Que os arranque vuestro nombre,
Si no vuestro corazón.
¡Á vuestra salud, hidalgo,

Y á que nos ayude Dios!—
  El Rey apuró su copa,
Y, apartando el pabellón,
Por una puerta secreta
Del gabinete salió.



CONCLUSIÓN

Es una tarde nublada,
Que espléndido el sol no alumbra,
Velado entre las neblinas
Que el cielo cóncavo enlutan.
Recio y Norte sopla el viento,
É interceptada y confusa
La vista, á distancia corta
Los objetos no columbra.

Es un estrecho camino
Do entre la arena menuda
Brota á pedazos un césped
Que la marcha dificulta,
Y por entrambos sus lindes
Mecen sus ásperas puntas
Zarzas que guardan con ellas
Frutos que nunca maduran.
Por él, á rápidos pasos,
Temiendo la noche obscura,
Las fronteras españolas
En triste silencio cruzan
Una dama en su litera
Á la merced de dos mulas;
Un caballero que el rostro
Bajo el capacete oculta,
Y hasta cuarenta jinetes
Que les custodian la ruta.
Apenas en Portugal
Fijaron planta segura,
Oyóse del caballero
La pujante voz robusta:
«¡Alto!—dijo.—Nadie pase.
Cada cual consigo cumpla:
Los españoles á España,
Y mis gentes aquí juntas.»
  Á este mandato obedientes,
Como cosa en que no hay duda,
Los de España, saludando,
Tornan á su España grupas,
Y á la espalda los flamencos
De su capitán se agrupan.

Este, entonces, con la risa
En sus labios insegura,
Exclamó: «Ya está en mis manos
Tu secreto y tu fortuna,
Enrique: si en esta dama,
Que en verdad lo será tuya,
Á aclararme tu vergüenza
No sirve cuanto discurra,
Me libro de mi palabra,
Pues mi razón me disculpa,
Y á recibir te prepara,
Por tus injurias, injurias.»
Y rasgando el sello real
Que el pergamino le oculta,
Leyó estas negras palabras
Escritas de la real pluma:
«Mi valiente aventurero,
Don Ruy Pero Sandoval:
Pues, según me son testigos
Las justas de Don Beltrán,
Tanto os place los corceles
De nuestras damas guiar,
Ahí lleváis á Doña Inés,
Á quien, en Dios y en verdad,
Podéis adonde os contente
Desde este punto llevar.
Y porque memoria mía
No os falte desde hoy jamás,
El regalo que me hicisteis
En ese cajón lleváis.
Mas os prevengo que, cauto,
No entréis en Castilla más;

Que en ella os espera una horca
Más alta que la de Amán.»

Los ojos desencajados,
La lengua en la boca muda,
Contemplando el pergamino
Que entre las manos estruja,
Quedó el duque Don Ruy Pero
Sin intención que le acuda.
Volviendo al fin en su acuerdo,
Víctima de interna lucha
Con que le acosan á un tiempo
Los recuerdos y las dudas,
Á la litera lanzóse,
Y, asiendo las vestiduras
De la dama, á viva fuerza
Sacándola, la pregunta:
—¿Quién sois? ¡Por Cristo bendito
Que lo diga y se descubra!—
Ella, de dolor transida,
Á tales voces se turba,
Y el Duque la arranca el velo
Cogiéndole de las puntas.
Blasfemó el Duque, y, asiendo
Con mano audaz é iracunda
El cajón que le dió el Rey,
Le estrella en la tierra dura.
Rodó por el campo estéril
Una cabeza insepulta.
Desmayóse Doña Inés;
Corrió una lágrima turbia

—¿Quién sois? ¡Por Cristo bendito
Que lo diga y se descubra!

(*Príncipe y Rey*, pág. 236.)

Por los párpados del Duque,
Más amarga que cicuta,
Y en el solemne silencio
De aquella tragedia muda,
De entre un pabellón de nubes,
Pálida asomó la luna.

ÍNDICE

	Páginas.
Dedicatoria á S. M. el Rey D. Alfonso XIII.	VII
Prólogo de D. J. O. Picón.	IX
El Capitán Montoya. Ilustraciones de D. J. Jiménez Aranda.	1
I. La Cruz del Olivar.	3
II. Cuchilladas en la calle.	9
III. Ofertas.	15
IV. El capitán D. César.	19
V. Insuficiencia del poeta.	27
VI. El novio.	33
VII. Doña Inés.	39
VIII. Aventura inexplicable.	49
IX.	63
X. Hechos y conjeturas.	69
Nota de conclusión.	77
Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan. Ilustraciones de D. E. Simonet.	79
Introducción.	81
Primera parte	83
I.	85
II.	91
III.	97
IV.	103
V.	111
Segunda parte.	115
VI.	117
VII.	123
VIII.	133
IX.	143
Príncipe y Rey. Ilustraciones de D. M. Unceta.	147
La cortina verde.	157
Justos por pecadores.	167
Un apéndice á las ventanas de la Duquesa.	171
Á luengas edades luengas novedades.	177
El paso de armas de Beltrán de la Cueva.	199
Recuerdos.	215
Favor de Rey.	223
Conclusión.	233

PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS SUELTAS

		Páginas.
I.	Retrato de D. José Zorrilla.	IX
II.	Portada de El Capitán Montoya.	3
III.	Y haciendo el último esfuerzo.	13
IV.	Halló asido de la mano.	15
V.	Venia le hicieron gran pieza.	21
VI.	Cuanto hay en Castilla entera..	27
VII.	...tomó—La mano á Diana y besóla,	35
VIII.	Tal vez desde una ventana..	42
IX.	Está el Capitán en pie.	51
X.	¿Para quién abren la hoya?	54
XI.	Y Don Fadrique colérico.	64
XII.	Portada de Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan.	81
XIII.	Echó pie á tierra y á poco.	88
XIV.	De una mujer se despide.	89
XV.	Una figura embozada.	106
XVI.	Esperan como en familia.	121
XVII.	Disponed que á vuestra esposa.	139
XVIII.	¿Sabéis que mujer sin honra.	145
XIX.	Don Mendo, yo soy Rui Pérez.	146
XX.	Portada de Príncipe y Rey.	149
XXI.	Por ella dos embozados.	173
XXII.	Un brazo que sacó un hombre.	175
XXIII.	Y tiene consigo un hombre.	191
XXIV.	¿Y si el mismo Rey se empeña?	197
XXV.	¡Espléndida cabalgada!	199
XXVI.	Por eso vienen ligeros.	205
XXVII.	Cerráronse á toda brida.	207
XXVIII.	Mientras á los pies del Rey.	211
XXIX.	Se percibe allá en la obscura.	217
XXX.	¿Quién sois? ¡Por Cristo bendito.	237